

# La Esfera

AÑO XV.—NÚM. 743

MADRID, 31 MARZO 1928

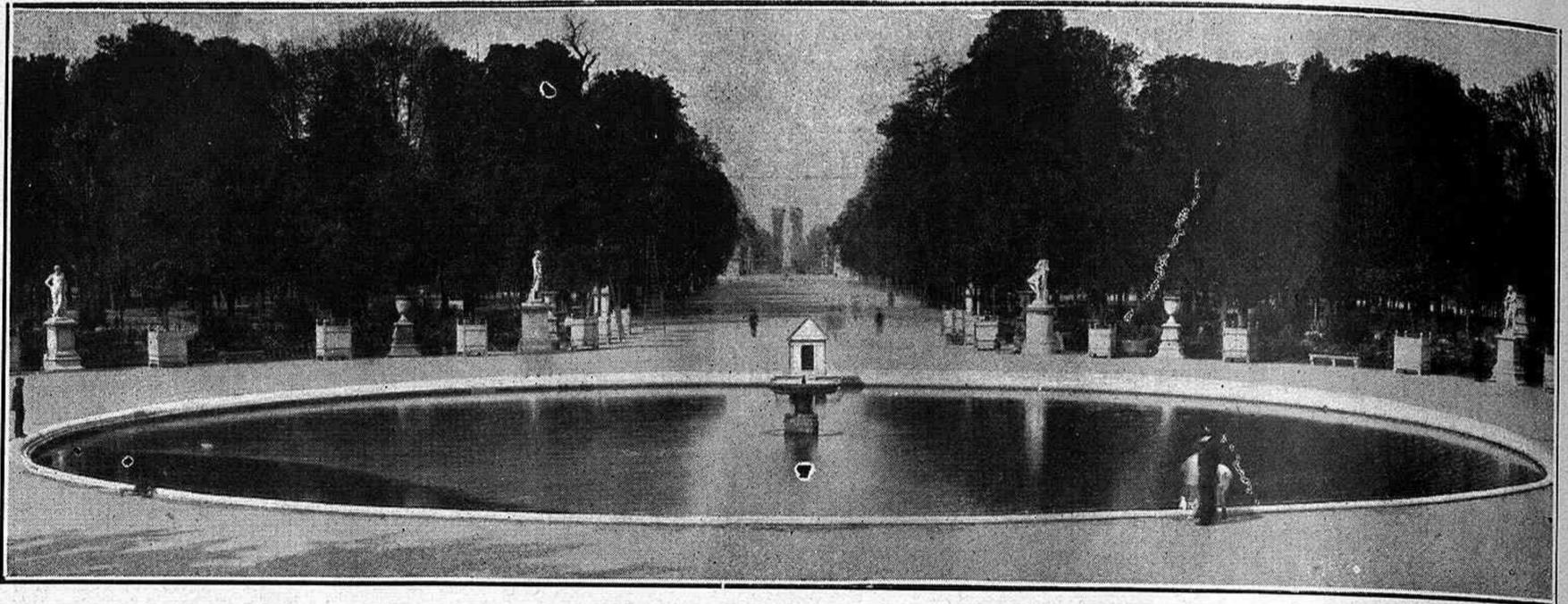
ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



FIGURAS ARTISTICAS  
DE ACTUALIDAD

ARTURO RUBINSTEIN  
Extraordinario pianista, que recientemente  
ha dado una serie de recitales en Madrid.



Avenida principal del jardín de las Tullerías

## LOS DIAS FELICES DE LA EMPERATRIZ

UN historiador francés, Mauricio Paleologue, conversando un día—en 1901—con la ex emperatriz Eugenia en un salón de hotel, ante las ventanas ampliamente abiertas sobre los jardines de las Tullerías, preguntaba:

—¿Cómo puede vuestra majestad soportar ese espectáculo?

Y Eugenia de Montijo contestó:

—Sí; ya lo sé; me creen insensible porque me hospedo en este hotel, en que tengo constantemente ante mis ojos las Tullerías. Pero, vea usted, nada me importa nada... ¡He sufrido tanto! ¿Qué más da un espectáculo que otro, comparado con los recuerdos que llevo en el fondo de mi alma?

Hacia treinta años que la Emperatriz había sido destronada, y seis lustros de destierro habían llevado a su alma, tan solicitada en su época juvenil por las más diversas impresiones extremadamente intensas, aquella aparente insensibilidad que no era tal. Era la augusta serenidad de los que agobiados, aunque no vencidos por los años, después de mirar al mundo desde las alturas más elevadas, parecen vivir fuera de él y están por encima del bien y del mal.

Todas las alegrías y todos los esplendores de su vida los pagó muy caros con el destronamiento y el destierro, con la muerte del Emperador y con la muerte, allá lejos, a manos salvajes, del príncipe imperial, aquel Luis tan amado para quien fué ambiciosa, más aún que de poder, de la gloria de realizar una misión histórica que llevase a Francia a la hegemonía de las naciones.

Su hermosura y su gentileza la conquistaron un trono imperial con todos los esplendores de la corte francesa y todos los halagos de aquel pueblo, tan extremado en sus entusiasmos febriles como en sus odios implacables. Capaz de las mayores apoteosis de amor; pero capaz también de alzar la guillotina para sus reyes en el mismo lugar en que los aclamó entusiástica.

Ante ella, en los tiempos magníficos, se alzaron alguna vez, mostrándose como espectros ejemplares, los fantasmas de los Capetos. En sus paseos triunfales pudo ver siempre alzarse ante ella, al otro lado del río, las torres de la Conserjería; pero tales augurios fueron borrados pronto por el fragor de la multitud aclamadora, que la exaltaba por soberana y por bella. ¡Belleza fatal que, tras aquellas apoteosis de fervor popular y tras los esplendores cortesanos, la reservaba las más terribles desventuras! Nadie con más razón que la Emperatriz pudo repetir:

—¡Ay! ¡Infeliz de la que nace hermosa!

Los mismos que aclamándola frenéticamente la dieron los instantes más felices de su vida, haciéndola soñar para su hijo un porvenir glorioso, la denigraron después con mayor encarnizamiento. Fué víctima de las más atroces calumnias;

se la acusó de haber causado todas las desdichas, y se llegó a repetir que ella provocó el desastre de 1870; y todavía más: que quiso aprovechar la guerra francoprusiana para desembarazarse del Emperador y reinar, como regente, hasta la mayor edad del príncipe Luis, que entonces sólo tenía catorce años.

Mauricio Paleologue, que ha publicado verdaderas confesiones de la Emperatriz en la *Revue de Deux Mondes*, tuvo el valor de preguntarla en una de sus conversaciones, si era cierto que al encargarse del mando del ejército, como generalísimo, Napoleón III, no estaba en las condiciones físicas ni morales necesarias para hacerlo.

La Emperatriz contestó rápida y valientemente a la pregunta. Conocía la calumnia, y la había soportado resignadamente por obedecer a una lección del Emperador, que un día, cuando en los primeros tiempos del destierro, le había excitado ella a defenderse de los que tan acerba, tan despiadadamente los acusaban, la contestó:

—No; no me defenderé... Ciertas catástrofes son tan dolorosas para una nación, que la dan el derecho de lanzar, aun injustamente, sobre su soberano todas las culpas. Un monarca, un emperador sobre todo, se degradaría tratando de exculparse, porque defendería su causa contra su pueblo. No hay excusas ni circunstancias atenuantes para un soberano. Su alta prerrogativa es asumir todas las responsabilidades en que incurrieron los que le sirvieron... ó le traicionaron.

Aquellas nobles y elevadas palabras, y más aún la conducta, tan ajustada a ellas, del Emperador en el destierro, estoica, serena, impasible, ante el encono implacable de los primeros tiempos, en que aún hervía el furor galo contra los que creyó causante de la desventura de Francia, forjaron de nuevo el alma de la Emperatriz, dándole un temple de sublimidad.

—Sí—contestó a la pregunta de Paleologue—; sé que se me calumnió, atribuyéndome un razonamiento maquiavélico: «El Emperador no resistirá mucho tiempo al *surmenage* que va a imponerse. Pronto sus fuerzas le traicionarán. Si se ve obligado a confesar su impotencia física, será de un modo ó de otro su abdicación. Si se aferra al mando, morirá; en ambos casos reinaré hasta la mayor edad de mi hijo.» Tal es el monstruoso designio que habría concebido en los bajos fondos de mi alma. Realmente, ni Agripina ni lady Macbeth lo hubieran hecho mejor.»

En efecto: se dijo, y aun se escribió con visos de verdad histórica, que uno de los más famosos clínicos de la época, Germán See, había diagnosticado la enfermedad del Emperador de cálculos vesicales; había prohibido que montase a caballo y había pronosticado que la menor agitación le sería fatal; y se añadió que la Empera-

triz, sabiéndolo, había impulsado al Emperador a que tomase el mando supremo y saliese a campaña. De haber sido cierta la hipótesis, los consejos de la soberana hubiesen tenido realmente el carácter de un asesinato; pero la hipótesis era inexacta: la Emperatriz no conocía el diagnóstico ni la gravedad de su marido.

Es cierto que Germán See fué llamado en consulta; pero entregó su dictamen, en sobre sellado, al jefe de los médicos de cámara, que no creyó necesario comunicarle ni aun a la misma Emperatriz.

Aquel diagnóstico, por otra parte, no fué aceptado como exacto por los médicos oficiales del Emperador, que ni admitieron la existencia de cálculos vesicales, ni vieron la gravedad de la dolencia, ni desaconsejaron que el soberano emprendiera la campaña con todas sus consecuencias. Fué más tarde cuando los hechos demostraron que Germán See tenía razón.

La Emperatriz no podía creer en la inminencia del peligro. Como la mayoría de los franceses, cuya opinión reflejaban muy exactamente aquellos patriotas a quienes Zola ha pintado tan admirablemente gritando en las calles de París: ¡A Berlín! ¡A Berlín!, creía que la guerra era indispensable y que Francia triunfaría rápidamente. Con el Emperador envió a la campaña al príncipe imperial, a su Luis tan amado, niño aún.

Le envió haciendo de antemano el sacrificio de aquella tierna vida, que ofrendó calladamente en la última misa que antes de la partida oyó en Saint Cloud con el Emperador y con el príncipe. Más que el riesgo que el augusto niño pudiera correr, la preocupó que sintiese terror en la batalla. Por eso la llenó de júbilo el telegrama que el 2 de Agosto, después de la batalla de Sarrébrück, en que recibió el príncipe su bautismo de guerra, la dirigió el Emperador, que decía: *Soy feliz al comunicarte que Luis ha mostrado una sangre fría admirable. Parecía que estaba paseando por el bosque de Bolonia. Ha llegado en una ocasión a recoger tranquilamente una bala que acababa de caer a sus pies. Algunos soldados de la Guardia lloraban viéndole tan tranquilo.*

Aquel telegrama, que trajo tanta alegría, trajo también la primera decepción: Emilio Ollivier, que no se había dado cuenta de que el espíritu del pueblo había comenzado a reaccionar, quiso que fuese publicado, seguro de que produciría extraordinario entusiasmo.

Se equivocó: lo que en el campo de batalla de Sarrébrück había hecho llorar a los soldados de la Guardia, hizo reír a los parisienses. Aquellas risas eran ya trágicas: había llegado el principio del fin.

Antes de evocar esos recuerdos tristes, Paleologue, en su primera entrevista con la Emperatriz, había procurado evocar los recuerdos gra-

tos. Preguntó á la Emperatriz cuáles habían sido sus días más felices.

Todos los que recordaba la augusta señora eran los que parecían anunciarla la felicidad y la gloria futura de su hijo, á quien, sin embargo, el destino reservaba muerte tan trágica.

—En primer término—contestó la Emperatriz—, el bautizo del príncipe imperial, el 14 de Junio de 1856. Durante todo el trayecto desde las Tullerías á *Notre-Dame* fui sola con el Emperador en la carroza pomposa de nuestra boda. El príncipe, sus ayas y su nodriza iban en el coche que nos precedía. Serían las seis de la tarde. Dos mariscales cabalgaban á los estribos. Eramos frenéticamente aclamados. El sol, que comenzaba á declinar, teñía de púrpura la calle de Rivoli; caminábamos bajo una luz deslumbradora. A mi lado, el Emperador permanecía silencioso, ocupándose sólo en saludar. Tampoco yo decía nada, porque una alegría inefable me llenaba el alma; me repetía interiormente: «Por este niño, por mi hijo, la dinastía napoleónica arraigará definitivamente en la tierra francesa, como arraigó, hace ocho siglos, la dinastía de los Capetos. ¡El coronará definitivamente la obra de su padre!...» Y, sin embargo, una voz secreta me susurraba que las mismas pompas oficiales, las mismas ovaciones populares, las mismas salvas de artillería, los mismos volteos de campanas habían celebrado los bautizos del Delfín Luis XVII, del rey de Roma, del duque de Burdeos, del conde de París, y ¿qué había sido de aquellos pobres niños? ¡La prisión, la muerte, el destierro! Pero una voz más fuerte me tranquilizaba al punto, me dilataba el corazón, llenándome de confianza y de orgullo. Al terminar la ceremonia, cuando el Emperador alzó en sus brazos á nuestro hijo presentándole al pueblo, mi emoción fué súbitamente tan recia, que mis piernas se doblaron, y tuve que sentarme precipitadamente.

El más brillante recuerdo, después de ése, que he conservado se encuadra también bajo las bóvedas de *Notre-Dame*: el 3 de Julio de 1859, el *Tedéum* por nuestra victoria en Solferino. Durante la campaña, el Emperador me había confiado la regencia. Fui, pues, á *Notre-Dame* en calidad de Regente, llevando á mi izquierda al príncipe imperial. No hay modo de pintar el entusiasmo de la muchedumbre. En algunos momentos las aclamaciones eran tan ruidosas, que no oíamos á las músicas militares al pasar ante ellas... Cuando volvíamos nos acibillaron con flores, que resonaban como metralla al chocar con las corazas de los *cent-gardes*. Nuestro coche estaba lleno; mi hijo saltaba de alegría, aplaudía y enviaba gentilmente besos á la muchedumbre. También aquel día tuve la certeza de que Dios reservaba á mi hijo la misión gloriosa de coronar la obra de su padre.

.....  
Mi cuarto recuerdo deslumbrador—el último— es del 18 de Noviembre de 1869, en la inauguración del Canal de Suez. ¡1869! Año triste para el Imperio!... Era el cielo de Egipto una magia de luz, un esplendor ideal. Cincuenta navíos empavesados me aguardaban en la entrada del lago

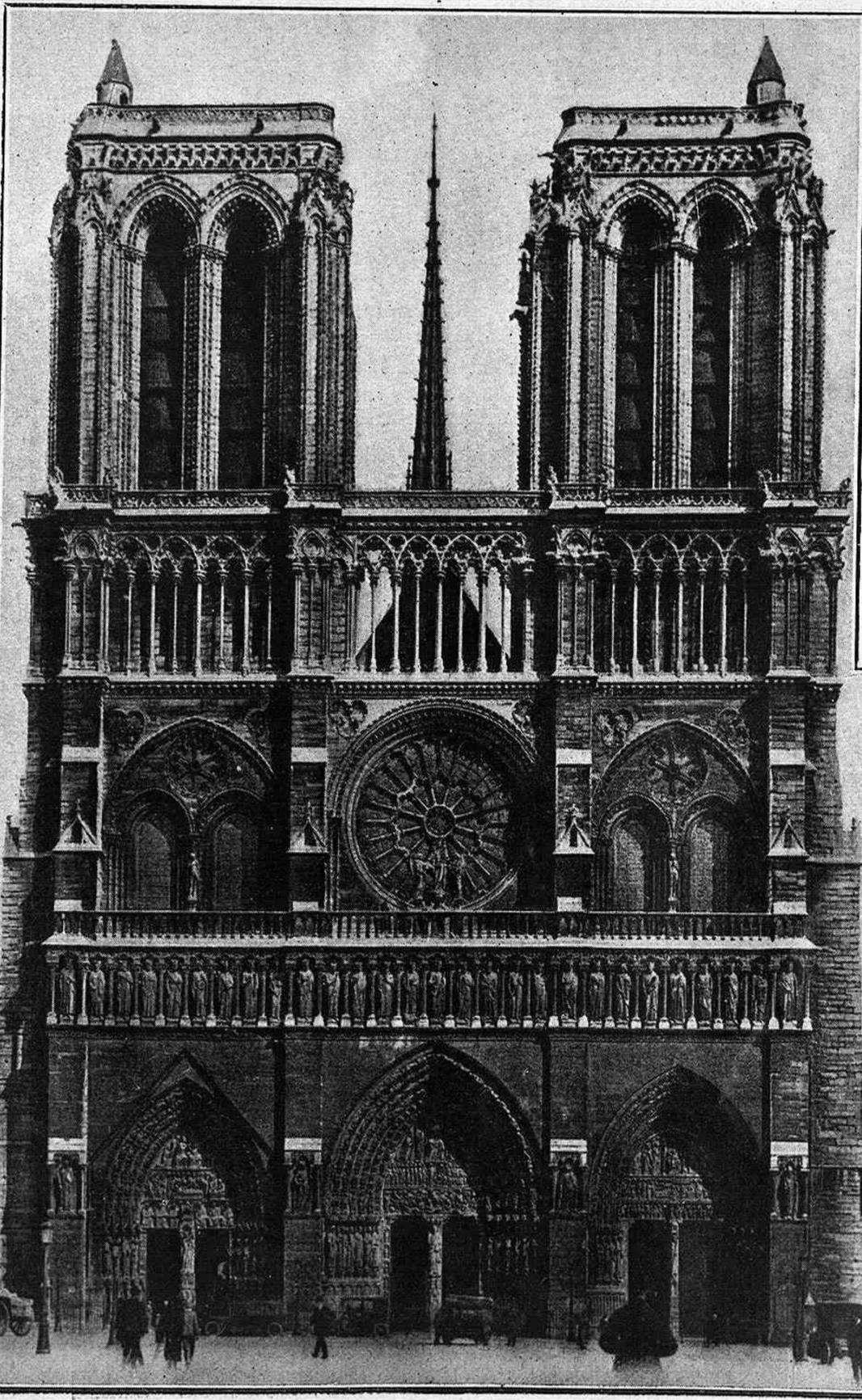
de Ismailiá. Mi *yacht L'Aigle* se puso inmediatamente á la cabeza del cortejo; los del Khedive, del emperador Francisco José, del príncipe real de Prusia y del príncipe Enrique, de los Países Bajos, me seguían á menos de un cable. El espectáculo era de una maravillosa magnificencia y proclamaba tan altamente la grandeza del genio francés, que yo no podía contenerme, exaltada... Entonces creí, por última vez, que mi hijo tendría un gran porvenir, y pedí á Dios que me ayudase en la pesada carga que pronto caería sobre mí si el Emperador, enfermo, no mejoraba... ¡Un año después estábamos destronados!»

La gloria del príncipe Luis estaba en el espíritu de la Emperatriz muy íntimamente unida á la de Francia. Por Francia trabajó después constantemente la que fué su soberana y sin rencor, sirviendo á gobiernos de la República, porque eran gobiernos de Francia; logró la gratitud y el respeto más hondo de los grandes hombres franceses. Loubet, siendo presidente, y Delcasse, siendo ministro de Estado, quisieron visitarla para darla personalmente las gracias por un gran servicio en la política internacional. La Emperatriz los excusó: había aprendido muy

costosamente cuán torpemente suelen interpretar esos actos los que, por no conocer sus motivos íntimos, casi siempre más elevados de lo que la opinión pública puede creer, no están capacitados para juzgarlos.

Fué una prueba más de la elevación y la serenidad de juicio que dieron á la Emperatriz sus desventuras, cristianamente llevadas, y que hizo á Mauricio Paleologue escribir, como final de su trabajo:

«Tales confesiones suponen en el alma una nobleza y un valor poco comunes. Imagino que ni aun en las fiestas más hermosas del Imperio, ni aun en las ceremonias brillantes en que llevaba la corona sobre la frente, la Emperatriz tendría tanta majestad.»



Iglesia de «Notre-Dame» de París

## ACABA DE PUBLICARSE

## «La bohemia española en París á fines del siglo pasado»

Por ISIDORO L. LAPUYA

Isidoro L. Lapuya, el «viejo cronista» de «El País» en la capital de Francia, ha publicado un libro interesantísimo, porque es un libro vivo y porque está escrito con la autoridad del gran periodista perfectamente compatible con el mejor arte literario. De ese libro excelente son las páginas que damos á continuación:

## CAPÍTULO DE ARTISTAS

José Llaneces.—Benlliure y Sarasate.—Blay.—Domingo Marqués.—Obiols, Inglés y muchos más.—Miguel Latas.—Germán Valdecava y su vendedora de legumbres.—Niceto Dapousa y su real visitante.

La vanidad parece condición inseparable del artista. Pintor ó músico, escultor ó poeta, actor, cantante, cualquiera que sea el arte cultivado, la vanidad le envuelve, le avasalla, juega con él y no pocas veces le aniquila. Escasas son las excepciones; algunas hemos conocido, y en ese capítulo daremos testimonio de ello; pero la regla general es esa: la vanidad hace difícil el trato con artistas.

Llaneces no era excesivamente vanidoso; un poco nada más, para estar en carácter. Tenía talento, luchaba por hacerlo valer y no lo conseguía. Como buen madrileño, no gustaba de abrirse camino á puñetazos; no empujaba; cedía el paso fácilmente, y el resultado fué en París lo mismo que en Madrid: con una sola diferencia: que en París pudo vivir y en nuestra capital acabó por suicidarse.

En una ocasión, José Llaneces me decía:

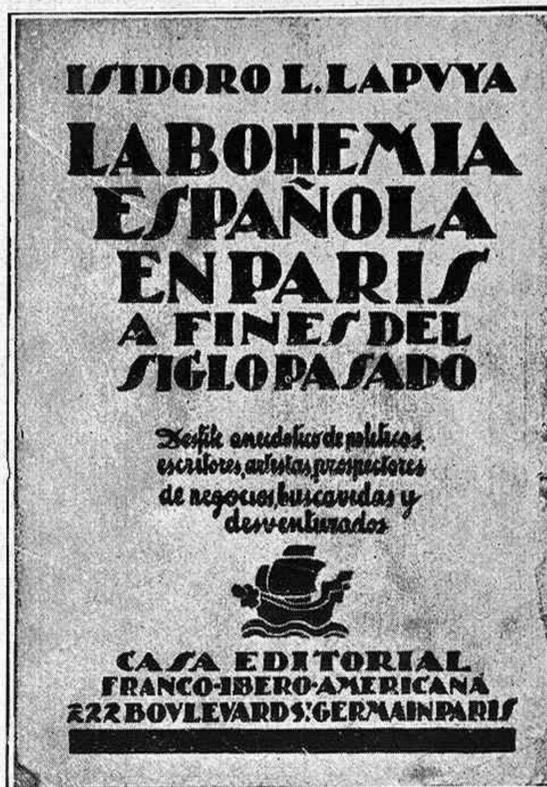
—He pasado unos días en Madrid, ¿sabe usted? Es una cosa muy notable. Se encuentra uno á un amigo, y lo primero que le pregunta este amigo es «¿Cuándo se marcha usted?» Allí todo el que llega estorba. Acogida muy buena; pero en el fondo todos, háganla ó no la hagan, sienten la comezón de la consabida preguntita: «¿Cuándo se marcha usted?» Y añaden sin palabras: «¡Por Dios, que sea pronto!»

Y Llaneces, no pudiendo regresar á París, no pudiendo volver á la Argentina, se marchó á donde pudo. La Gloria, que le volvió la espalda en vida, quizás le haya acogido por allá con los brazos abiertos.

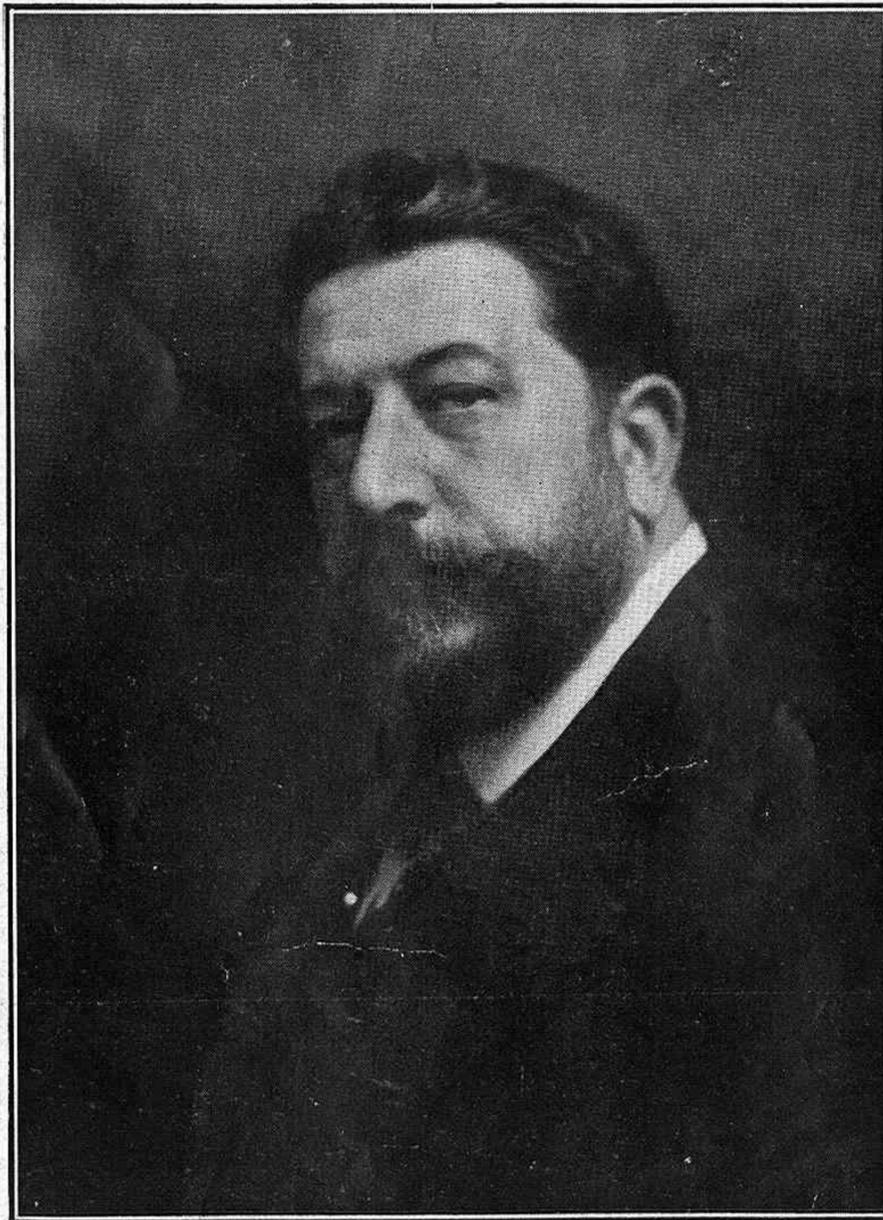
La Fama: este era el sueño de Llaneces. Lo era también ganar un poco de dinero. Pintor, educado en Velázquez, tenía grandes concepciones que expresaba en bocetos. Pero necesitaba vivir, quería vivir y hacía retratos. Los hacía es una afirmación errónea; digamos más bien «deseaba hacerlos». Le faltaba la clientela rica. Si él la hubiera buscado...

Vivía en un hermoso piso, en la Avenida de la Grande Armée. Portero de librea, ascensor... Por los años anteriores á la Exposición Universal, del fin del siglo, el estudio de José Llaneces se clasificaba en lo lujoso. Estudio, decimos, pues el piso que ocupaba Llaneces tenía las habitaciones consiguientes á la vida doméstica, más un hermoso estudio, de luz cenital y lateral, amplio, bellamente adornado con tapicerías y ropajes, cuadros de caballete, lienzos murales, cachivaches diversos y si no recuerdo mal, objetos arqueológicos, capacetes, armas y armaduras.

Quien haya visto aquel estudio, si lee estos recuerdos míos se preguntará por qué incluyó á Llane



Portada del libro



OSE LLANECE

ces en mi bohemia. Y á riesgo de parecer indiscreto, contestaré que, raspando un poco aquel dorado, aparecía la situación forzada. Además de que la bohemia entre artistas no es un estado material, no está precisamente constituida por la carencia de satisfacciones corpóreas; obedece más bien á la obligación, al acto privativo de libertad, que fuerza á la realización de actos ajenos á las inspiraciones de arte. Así Llaneces, obligado á decorar una zapatería lujosa, hizo acto de bohemia. Pintando cuadritos para marchantes del desnudo, aun conservando la pulcritud del medio cuerpo arriba, estaba lejos de su esfera. Dado á la escultura, con la estatua sedente del Goya, que hoy se halla en Madrid, ante el Museo del Prado, estuvo bien; pero modelando figurinas de encargo no hacía más que bohemiar.

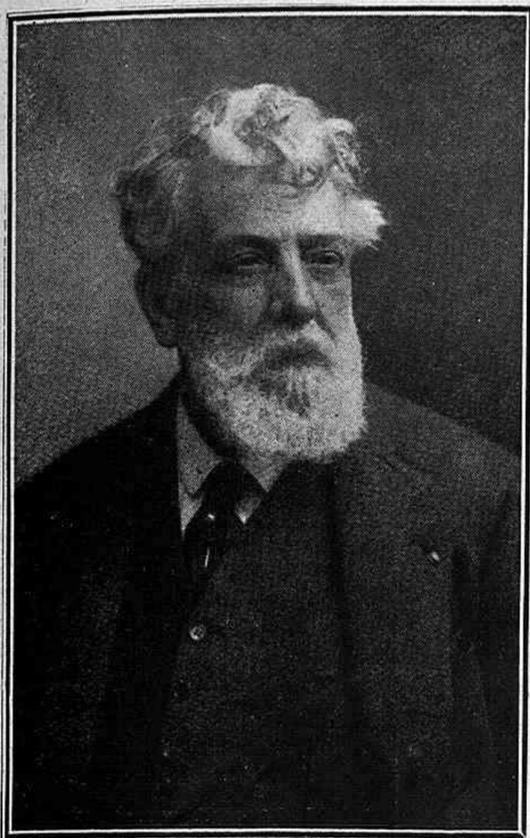
Ya no las hacía Benlliure; éste había llegado á escultor de gran firma. Le citamos solamente á título de referencia, como muy adicto á Llaneces en cuyo estudio le encontrábamos. Decíase, entre los que en París se ocupaban en estas materias, que Benlliure daba lecciones, consejos acertados á Llaneces y que en la escultura fundamental suya, su Goya, no sería difícil señalar toques del maestro. Menciono este rumor por lo que, de ser cierto ese hecho, tendría de camaradería cariñosa y desinteresada; esto es, bohemia.

Llévanos esta misma reflexión al recuerdo del eminente Sarasate. En París era inseparable de Llaneces. Este pintó cierto lienzo grande, que siempre nos pareció lejos de ser gran lienzo: Sarasate, de pie en un escenario, pronto á tocar acompañado de la orquesta. En España hemos visto este cuadro, si nuestra memoria no es infiel, en el Museo Sarasate. Suponemos que el artista músico lo tendría en su posesión, y lo habrá incluido en su legado.

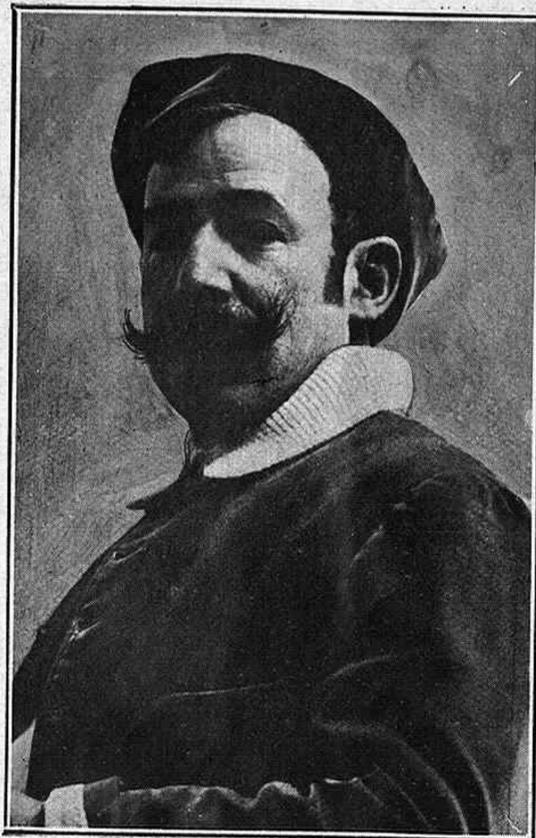
No era tampoco Sarasate un bohemio en el concepto vulgar de la palabra. Sin embargo, tenía, ó conservaba reminiscencias de ello, por haberlos tenido antes, rasgos que no son habituales en la ordenada vida del burgués. Sarasate era un solterón recalcitrante. Se le creía misógeno. No era tal; su soltería radicaba en un terreno psicológico más que en el fisiológico. Artista libre, corredor de naciones, seguido de la Fama, no yendo detrás de ella, su hogar estaba en su cerebro. El mundo exterior le parecía indiferente. Habitaciones de un hotel ó salas de un Palacio, lo mismo daba; él no vivía en ellas. Sin embargo, tenía Sarasate una pasión que, sin hacer sombra á la Música, quitaba á ésta bastantes ratos de atención, y era el gusto á comer bien: la buena mesa. Nuestro gran violinista comía con deleite, justificando el apotegma de Brillat-Savarin. «De todos los placeres del hombre, este (el de comer bien) es el último que nos abandona.»

•••••

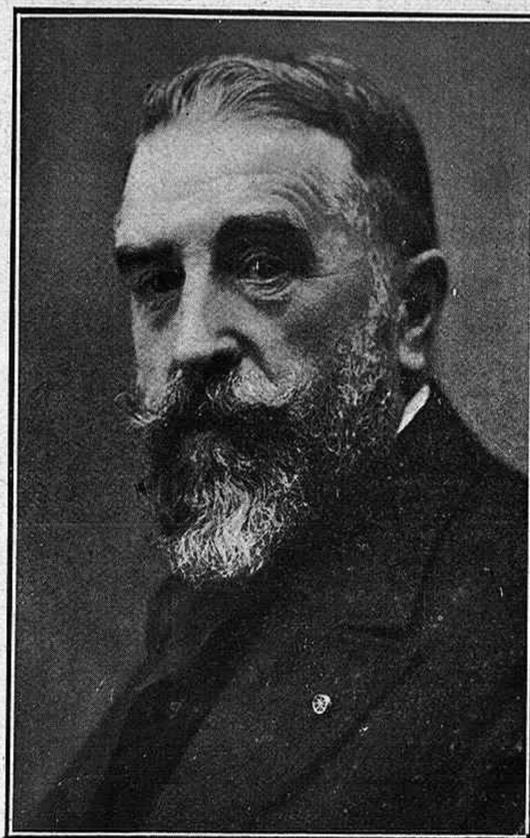
Miguel Blay sí era, por entonces, bohemio. Acababa de llegar á Pa-



DOMINGO MARQUES



MARIANO BENLLIURE



MIGUEL BLAY

rís, pensionado por una Diputación catalana. Se había distinguido haciendo santos en un tallercito provinciano, y de este seudomisticismo pasó rápidamente á las brusquedades de Rodin. Nos parecía inverosímil á los que con él tomábamos cerveza en Montparnasse.

[Muy modesto este joven, fué adquiriendo altivez, dejando plaza á esa manera de atavismo que, á menos de gran pulimento educativo, reviste á todo catalán de toscas asperezas. Miguel Blay se hizo catalanista, lumbreira del *Centre Catalá* y oyente de los *Segadors*. Para ello no tuvo inconveniente en aceptar la presidencia de un sastre, maniquí de una casa lanzada. Han cambiado los tiempos y hoy es Blay académico y excelencia en el Madrid tan detestado. El sastre también ha hecho progresos, ascendido á patrón y gran contribuyente. No importa lo pasado. Ambos tienen talento, cada uno á su manera. El lugar de Blay en estos recuerdos es simplemente el propio de sus mocedades, el de un santero con pretensiones cuya justicia el tiempo y el «saber hacer» han confirmado.

Domingo Marqués era otro artista, aparentemente rico. Vivía en Neuilly, en una villa con jardín, donde picoteaban unos solemnes ibis.

—¿A que no acierta usted—me dijo una vez Domingo *el Bueno*—en cuánto se ha vendido el cuadro que estaba aquí en el caballete, junto al balcón? El que no conseguía vender, desde tiempos inmemoriales. No gustaba el *sujeto*. ¡Qué quiere usted! La moda causa destrozos en el arte lo mismo que en todos los usos y costumbres. Carece de sentido y es inútil buscárselo.

Y como yo me declaré incapaz de la adivinación, añadió:

—Vino á verme Fulano (un marchante de los más conocidos) y con gran displicencia me dijo: «Todavía tiene usted aquí el cuadro... ¡Vaya, señor! Póngalo usted un precio de ocasión y me lo llevo.» Me tentó la oportunidad y se lo vendí, al fin, en tres mil francos. Esto era una mañana. Por la tarde recibí otra visita; la de mi amigo X... «Te felicito—me dijo—; ya sé que has vendido tu cuadro. Muy bien, me alegro, chico, me alegro; no ha estado mal el precio... ¡Cómo! ¿Que se lo has vendido á Fulano en tres mil francos? Pues yo acabo de verlo en casa del coleccionista Zutano, que ha pagado por él quince mil francos.»

El ser explotado de este modo, ¿no constituye otra especie de bohemia?

German Valdecara: he aquí nuestro eminentísimo bohemio. Saludemos con sinceridad, con gran afecto, su memoria. Valdecara era un San-

to. Si el protestantismo reconociera santos, nuestro amigo tendría derecho á una hornacina, sobre un altar de alma perpetua. Valdecara vivía en una especie de bohardilla, inmediatamente bajo las tejas de un tejado vetusto. Tenía chimenea; pero, careciendo de tiro, no había para ella combustible. El habitante hacía uso de un hornillito de carbón de leña; era forzoso que la ventana estuviera constantemente abierta. En invierno se helaba el agua en las botellas, y el pobre artista pasaba sed ó tenía que chupar los carámbanos.

—La *popote* (la *popót*)—me decía—. Así me guiso mi *popote* tranquilito. Unas patatitas, con un poco de aceite, de ordinario. Arroz algunas veces. Judías otras. Lentejas, que tienen mucho fósforo. Los domingos y alguna festividad notable, una chuletita, un chorizo. No alcanza para más mi pensión; es de 500 francos al año...

*Quinientos francos*; no digo cinco mil. Un franco diario, para el plato. El resto para el alquiler de la bohardilla. Si había una entrada extraordinaria, alguna tabla, una acuarela, ven-

dida por casualidad, Valdecara tenía el medio de vestirse.

Además, nuestro héroe acostumbraba ir á comer á casa de algunos amigos, de mucha confianza, por supuesto... Una vez por semana á casa de éste, otra vez por semana á casa de otro, cada quince días aquí, cada quince días allá; unos cuantos francos de economía en el menguado presupuesto. Verdad es que todo era economía, pues aquellas comidas, para su pobre aparato digestivo temibles comilonas, exigían, él nos lo afirmaba, al siguiente día el dispendioso menester de una prudente lavativa.

Valdecara procedía de la Escuela de Bellas Artes de Madrid, y en ella y en la Sociedad de Acuarelistas había ganado muy honrosas medallas. Pintaba con anteojos, es decir, poniéndose anteojos; pintar lo hacía con unos pinceles menuditos. Los anteojos le agrandaban las pinceladas y las miniaturas se le antojaban grandes trazos. Esto es lo que imagino para explicarme aquella minuciosidad microscópica que caracterizaba á Valdecara.

En fin, se me dirá, ¿cómo este hombre pintaba y no vendía? Pintaba y vendía; todo para una sola persona y por el importe anual de los 500 francos. En esto consistía su pensión—por darla un nombre—. Nuestro pintor había conocido en Roma á una señora austriaca, un duquesa auténtica, protectora de artistas. Esta dama se había impuesto la muy laudable carga de comprar á Valdecara todos los años, por Nochebuena, unas acuarelititas, dos ó tres, á su gusto. Y para que la compradora escogiera, Valdecara remitía con la mayor puntualidad media docena de docenas; resultado, seis acuarelas que pintar por mes y un mes con otro. En esto se fundamenta la razón del pintar y la manera de dar salida á lo pintado.

A la verdad, no había salida. Con la pequeña merma dicha, la obra de Valdecara retrocedía de Roma y tornaba á manos del artista. Ella se acumulaba de año en año. En vano aconsejábamos, unánimes, sus amigos todos, que ofreciera su mercancía á los marchantes. En vano también hicimos, nosotros mismos, de corredores entusiastas. Ni Valdecara pretendía vender ni nosotros, pretendiéndolo, llegábamos á conseguirlo. El mercado se nos cerraba á piedra y lodo.

Nuestro resignado pintor se había creado un singular teatro de vida. Cada día de la semana tenía su ocupación, previamente arreglada. No faltaba ni el itinerario, por calles ó paseos. Por nada del mundo hubiera modificado Valdecara la línea del trayecto. Por las noches, en determinados días también, asistía al culto protestante. Este aragonés, de Zaragoza me parece, era tozu-



PABLO SARASATE

do como Miguel Servet. Se le parecía grandemente hasta en lo físico. En la estatua de nuestro gran heterodoxo situada en la Plaza de la Mairie del Distrito XIV, no habría más que cambiar la inscripción para hacer de la estatua del aragonés, quemado por Calvino, la del otro aragonés, el nuestro, discípulo del quemador ginebrino.

Hablar á Valdecara de amores era como animar á un esquimal hablándole del fuego ecuatoriano. Una sola vez le oímos mencionar lo femenino... admitiendo que fuera femenino el género de una desventurada y vieja verdulera, á quien nuestro pintor compraba coles.

—Es una viuda—nos explicó en aquellos días—, y me dice que quisiera casarse conmigo. Porque, ya se comprende, ella sola no cuida bien del establecimiento. Es una tiendecilla pequeña pero que da de comer, según dice la viuda.

—¿Qué ha contestado usted?

—He dicho que lo pensaré; pero ya está pensado. No quiero poner en peligro mi pensión, distrayéndome con otras cosas. Lo que siento ahora es que, para evitar el compromiso de decirla que no, tendré que ir á comprar en otro puesto mis patatas.

¡PobreValdecara!

De aquellos fines del siglo XIX llegamos ambos hasta la Gran Guerra. La duquesa austriaca desapareció tan por completo que nunca más se supo de ella.

La pensión se acabó, y la humilde vejez perdió su báculo. Madrid, piadoso, ha dado paz y serenidad á los últimos días de Germán Valdecara.

#### ESTÉBANEZ BOHEMIO

Estébanez bohemio; pero entiéndase que vivía con el mayor decoro. No cobraba (tampoco Ruiz Zorrilla) su pensión de ex ministro; mas tenía un retiro militar; y éste, considerándolo muy suyo, lo aceptaba. No era bastante, sin embargo. Esto, por lo que tiene de íntimo, no debiera escribirse, á no requerirlo así el enlace con otros hechos públicos. Veamos un caso de este enlace.

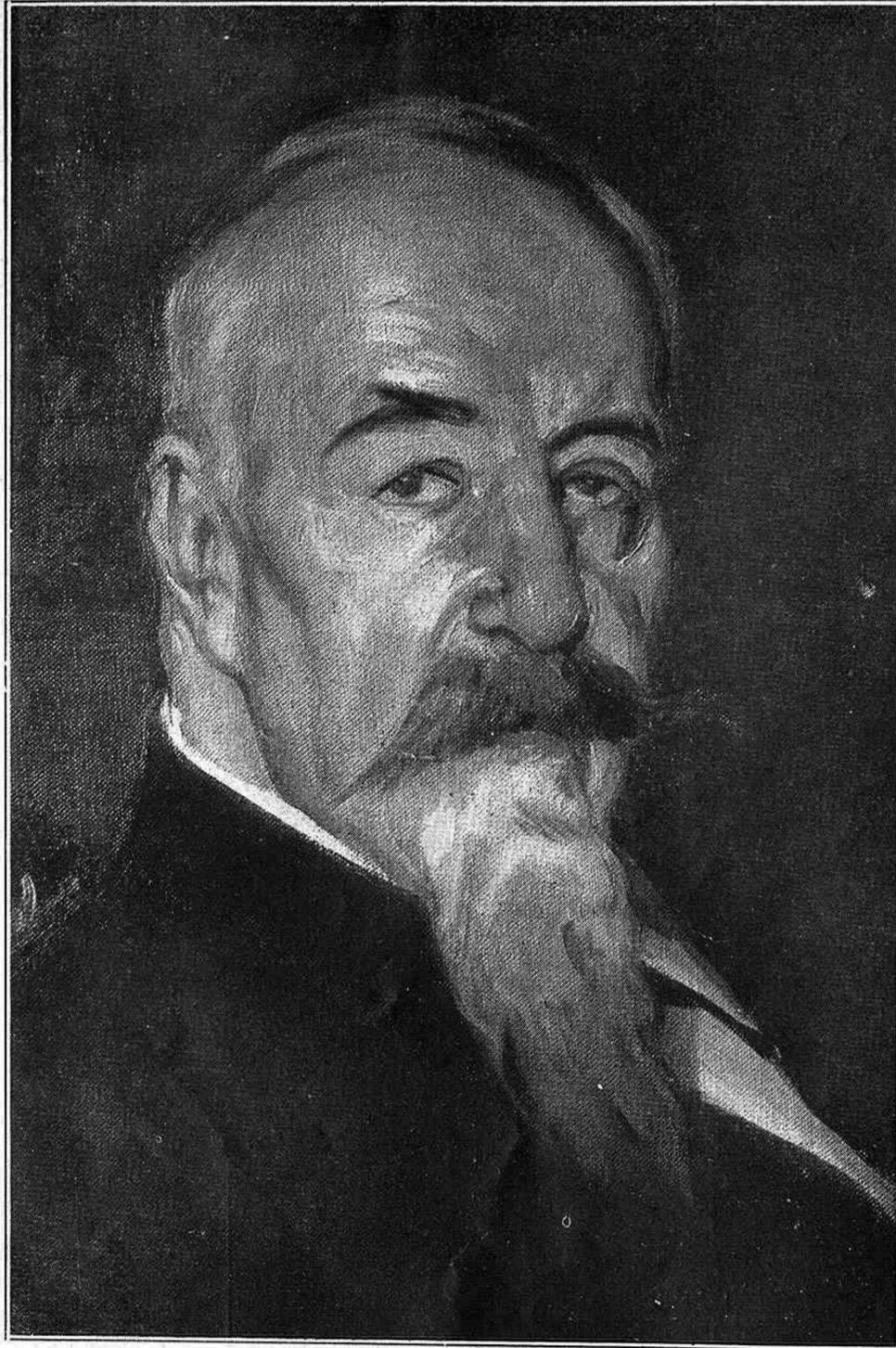
Siendo gobernador de Madrid, en la época de Maisonnave, este ministro de la Gobernación se empeñó en suprimir en el Gobierno de Madrid la policía secreta.

Esto no era obstáculo para que Gobernación la tuviera y para que en el mismo centro confiado á Estébanez el ministro pagara indicadores. Don Nicolás me dijo el nombre de alguien, más tarde notable republicano centralista, que en el Gobierno Civil de Madrid tenía la misión de vigilar al gobernador. Pero la caridad no me deja nombrarlo. Las discordias, rivalidades, envidias, entre los directores de la República española constituyen una página tan bochornosa, una tal prueba de incapacidad para gobernar que justifica el derrumbamiento de aquel régimen.

Continuemos. Estébanez no podía—y él daba irrefutables razones—, no podía suprimir aquella policía á su servicio. En consecuencia, la mantuvo. Careciendo de consignación en el Presupuesto, y pensando que al cabo éste se reharía, pagó de su bolsillo particular los gastos consiguientes. Resultado: que no se restableció el crédito, que Estébanez tuvo que dejar el Gobierno

y que, como para pagar aquel servicio había pedido dinero prestado, hubo de devolver las cantidades recibidas. Y las pagó, siguió pagando, durante mucho tiempo después de desaparecida la República: desde París mismo pagaba.

Por respetos á su propio partido, á los millonarios (acordémonos de aquel manifiesto republicano en que sus prohombres, queriendo inspirar confianza á los burgueses, decían «en nuestro partido hay millonarios») relacionados con Estébanez, éste no revelaba el caso que exponemos..., no sin temor de que la memoria de Don Nicolás nos lo reproche.



DON NICOLAS ESTEVANEZ

Estos hechos constituyen una demostración de que nuestro eminente amigo no era hombre para guardar dinero. Obligado estaba á trabajar de *arranca pie*, como el modismo francés dice.

•••••

Habitó Estébanez en distintos lugares de París. Su último domicilio, donde vivía al estallar la gran guerra, se hallaba en el Boulevard Raspail (para precisar, número 111). Ocupaba un pisito, y en éste su gabinete de trabajo tenía un balconcillo que daba al Boulevard, y desde donde se veía el cementerio de Montparnasse, en la acera de enfrente. El balconcillo estaba en un ángulo de la pieza y contiguo á la puerta. A continuación, en el hueco de la pared, y hasta el otro ángulo de la habitación, se encontraba una mesa, donde escribía Estébanez. Encima de la mesa lo primero que se le ofrecía á la vista—y lo primero que D. Nicolás ofrecía—eran los cigarrillos y los fósforos,

La otra pared, la que formaba ángulo recto con la de apoyo de la mesa, soportaba una pequeña estantería. Y sentado Estébanez á su mesa escritorio, daba espaldas á un lecho de campaña, un humilde catre de hierro, frecuentemente por hacer y siempre cargado de ropas heteróclitas. A la derecha de la puerta de entrada, una maleta.

En este cenobítico interior vivía Estébanez. En aquella mesa, dirigiendo de vez en cuando la mirada á través de las cortinillas, á la luz de un cielo encapotado, redactaba Estébanez lo que pocos españoles sospechaban: hermosos versos octosílabos.

El romance español satisfacía sus sentimientos y sus delicadezas de arte. Y lo decía cuando, leyendo en la mayor intimidad alguna de sus composiciones, movía la cabeza á compás de sus gratas cadencias.

Allí se expansionaba Estébanez hablando de política nacional é internacional; tomando la defensa de Lerroux tantas veces como le parecía indispensable: equivale á decir siempre que le visitaba un correligionario.

De aquí la conocida frase de D. Nicolás: «Lerroux combate á la Monarquía, y los republicanos le combaten á él.» No todo, sin embargo, eran elogios; algún resquemor exteriorizaba Estébanez cuando explicaba que Lerroux era un caso nunca visto en política; el caso de un jefe de partido que dirige á éste no en virtud de servicios acreditados, sino en razón de los servicios que de él se esperan. Digo que era un caso y no que lo es porque la actualidad no me corresponde; no importa quién podría hablar de esto hoy con mayor conocimiento de causa.

De Castrovido hablaba bien, y de Salmerón, mal. A Castrovido le trataba con afecto filial, como los viejos tratan á los hombres á quienes conocieron en su infancia, y para los cuales conservan, con el cariño de otros tiempos, el afecto y la consideración que estima merecida.

De la ironía con que Estébanez mencionaba de cuando en cuando á Salmerón referiré dos casos. Uno en París, que el mismo D. Nicolás me dijo á las pocas horas de sucedido, y fué que habiéndole visitado un hombre político,

republicano centralista, y hallándose Estébanez en el asiento que hemos descrito, al lado de su mesa, el visitante observó que en la estantería se encontraban unos gruesos volúmenes. Eran un libro Mayor, un Diario y un Inventario, en blanco, que alguien había regalado al maestro y que á éste no le servían para nada.

—¿Qué libros tiene usted ahí, D. Nicolás?—preguntó el centralista.

—Las obras completas de Salmerón.

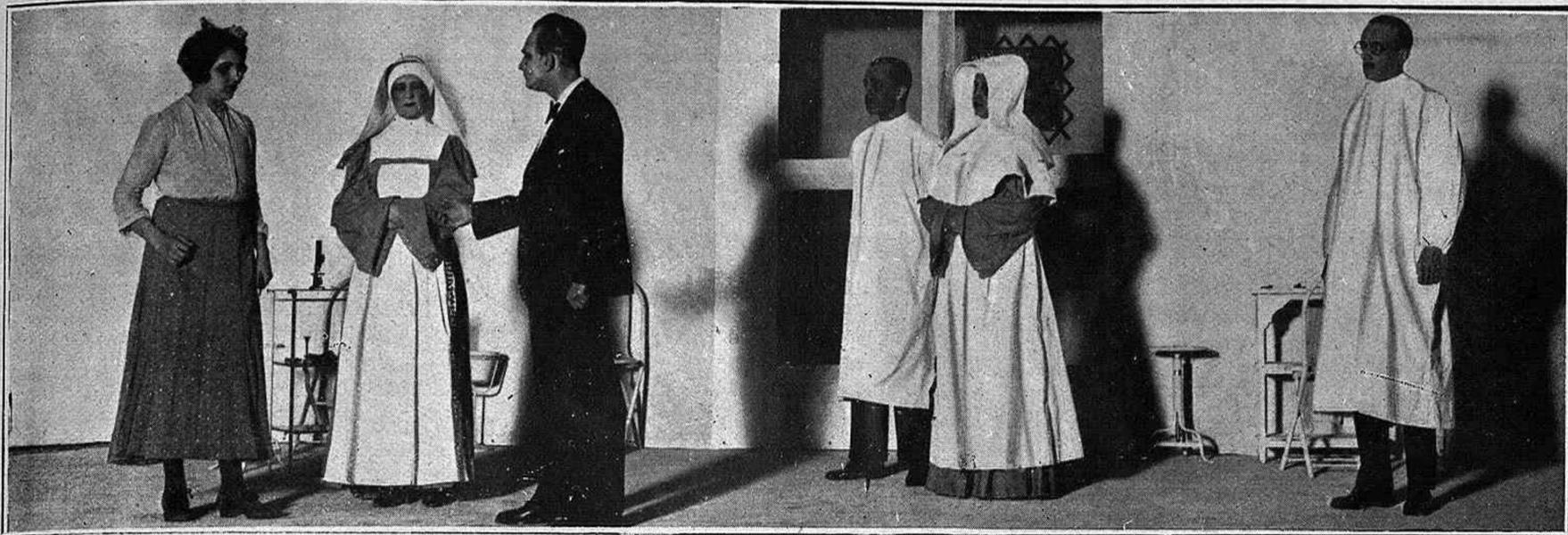
La otra frase á que nos referimos, y que también nos contó Estébanez, fué dicha por él en un pasillo del Congreso á no sé qué diputado.

—Saludo á D. Nicolás II—dijo el diputado queriendo lisonjear á Estébanez al darle mentalmente sitio detrás de D. Nicolás Salmerón.

—Segundo, no—replicó Estébanez—. *Tercero.*

Con esta alusión al gran D. Nicolás María Rivero, nuestro ironista rebajó á Salmerón poniéndole en su sitio.

ISIDORO L. LAPUYA



Una escena de la obra «Sinrazón», original de Ignacio Sánchez Mejías, estrenada, con éxito, en el Teatro Calderón (Fot. Díaz Casariego)

Es muy interesante que al llegar por primera vez a un escenario español, cansado de recorrer durante muchos años los de otros países, Freud sea llevado por un matador de toros enteramente novicio en literatura dramática y casi igualmente novel en todo género de literatura.

Antes que Sánchez Mejías, ningún dramaturgo español—á lo menos, en obra que yo conozca—abordó de frente el problema obsesionador del psicoanálisis. Benavente—¡había de ser él!—tiene en algunas de sus obras alusiones más ó menos despectivas á la teoría de Freud; pero ninguno de sus congéneres en literatura llegó á tanto y, menos aún, se atrevió como este torero dramaturgo—tan dispar de aquel famoso *Memento*, mal picador y peor literato—á plantear en el teatro el problema total del método, llevándole, para hacer de ella el conflicto trágico, hasta una de sus más peligrosas y por desgracia más frecuentes complicaciones.

Le plantea, además, sin que su obra aparezca como reflejo de lecturas puramente literarias, de esas que suelen traslucirse en las obras de nuestros dramaturgos cuando alguna vez, por rara excepción, abordan temas más ó menos trascendentales, pero distintos del eterno problema de la infidelidad conyugal. Tales obras, reflejos de otras obras, suelen mostrar demasíadamente que son de segunda mano; la de Sánchez Mejías tiene el mérito de aparecernos como de concepción propia, fruto de lecturas también; pero de lecturas de carácter muy distinto á las de obras puramente literarias: el nuevo dramaturgo tal vez no ha sacado su drama completo de la realidad; pero, cuando menos, su fuente ha sido más próxima á la realidad misma, porque las obras documentales que le han servido para construir la suya han sido comentarios directos de la realidad ó hipótesis alzadas, directamente también, sobre ella misma.

Por eso, y quizá también por cierta falta de habilidad técnica, que no basta para no admitir, desde luego, como autor dramático á Sánchez Mejías, su drama—juguete trágico le llama el autor—no huele á literatura, y ése es, á mi juicio, si no el mérito único, el capital de *Sinrazón*.

Nuestra literatura dramática, y quizá podría decirse lo mismo de toda nuestra literatura, se resiente, sobre todo, de la preocupación literaria; nuestros literatos en general, y nuestros dramaturgos particularmente, por poco que lean, suelen ser más lectores que observadores de la realidad: no ven sus obras en la vida, sino en la literatura, y si á ese vicio inicial añaden, como suelen, el de invertir el orden de valores tomando como principal la técnica y como secundario el contenido, casi nunca trascendente, de sus obras, no es mucho que sea un torero quien haya de llevar al teatro los problemas trascendentales que la teoría freudiana plantea: Sánchez Mejías ha sido suficientemente curioso

para leer á Freud ó á sus más inmediatos comentaristas ó expositores, casi seguramente al maestro vienés mismo; nuestros dramaturgos, en general, todo lo más habrán conocido á Freud á través de Pirandello, por ejemplo, y de haber traducido al autor italiano, hubiese sido porque les interesase más la técnica que las ideas del autor de *Seis personajes en busca de autor*.

Y es curioso que Sánchez Mejías coincida en uno de sus elementos dramáticos de su obra con el famoso dramaturgo francés, «príncipe del terror» y abastecedor máximo del *Grand Guignol*, André de Lorde, que en *El hombre misterioso*, drama escrito en colaboración con el más grande de los psicólogos de su época, Alfredo Binet, utilizó esa misma anécdota del loco aparentemente curado que finalmente denuncia su locura con un homicidio.

Entre la obra de André de Lorde y Binet y la de Sánchez Mejías hay la distancia que va de una producción primeriza hecha por mera impresión y sin preparación alguna, á una obra á la que sus autores aportaron, respectivamente, su indiscutible habilidad técnica el uno, y su profundo análisis del alma humana, sana ó enferma, el otro.

Alfredo Binet, compañero de Freud en la clínica de Charcot, en aquellas lecciones tan fecundas, y que además definió consecutivamente á estudios muy prolongados y minuciosos las características psicológicas de los diversos tipos de locura, podía pintar, y pintó, los locos en *El hombre misterioso* con más riqueza y profundidad de rasgos, y, por tanto, con mayor fuerza emocional que podía hacerlos quien, como Sánchez Mejías—aunque sea cierto que *vió* su obra en un manicomio—, no habrá estudiado centenares de enfermos para lograr los elementos básicos de su pintura, y algo más que como mero espectador del drama eterno, inmensamente vario, de la locura.

Sánchez Mejías, con menos datos directos iniciales, ha sabido abocetar las figuras de su drama con suficiente aproximación á la realidad, para que nadie pueda tomarlas como figuras puramente imaginativas; y si sus locos no son completamente locos de clínica, comienzan á no ser totalmente «locos de teatro», buenos sólo para personajes centrales ó accesorios de melodramas truculentos.

Quizás alguno de esos locos fué realmente visto por el nuevo dramaturgo en un manicomio; otros, como la marquesa, la duquesa y el obispo, responden ya á la concepción inicial del drama como expresión, muy acertada por cierto, de ideas adquiridas en las lecturas hechas para documentar la obra; pero saber hallar esas ideas y encontrar las figuras propias para escenificarlas es ya arte de dramaturgo verdadero, no de mero copista de técnicas y aun de ideas de otros dramaturgos.

Fruto de esa misma documentación es, segura y forzosamente, la aplicación de la teoría freudiana; y si es cierto que el torero dramaturgo al

aplicar la técnica psicoanalítica, comete errores de bulto, no son tan graves como los que han hecho famoso algún psicoanálisis—el autor le llamaba así—practicado por un especialista de los más famosos; y, sobre todo, lo que importa en ese caso no es la rigurosidad de la técnica, imprescindible en el gabinete del psiquiatra, sino la fuerza expresiva de la escena de la que no puede prescindirse en el teatro.

De todos modos, Sánchez Mejías muestra la teoría freudiana y algunas de sus aplicaciones con sintética claridad que acusa una perfecta comprensión, y el conflicto dramático creado por el amor recíproco de enferma y médico no es una invención arbitraria; la verosimilitud de ese conflicto está demostrada por la realidad y frecuencia de semejante complicación contra la cual han de vivir constantemente en guardia los psicoanalistas, del caso, de la anécdota fundamental del drama, puede decirse con verdad aquello de *si non e vero...* El psicoanálisis es arma demasiado peligrosa para emplearla sin todo género de garantías y precauciones, y Sánchez Mejías nos lo hace ver con toda claridad.

No estamos, pues, ante un dramaturgo definitivo, ni ante un superrealista, ni ante un profesor de psiquiatría; pero ya iba siendo hora de que nos naciera un dramaturgo capaz de enseñarnos con clásica sencillez que parece á veces estudiada sobriedad; algo que, respecto á la terapéutica apropiada para el espíritu enfermo, nos interesaba conocer. Si ponemos en parangón esa obra del torero dramaturgo con casi todas las estrenadas con agobiadora pertinacia durante los últimos quince días por dramaturgos «de cartel», seguramente que no serán las de éstos las que juzguemos preferibles, y es que si no es totalmente cierto que el dramaturgo nace, pero no se hace, lo es de seguro que para hacerse necesita tener innata alguna condición especial. Con ella y con «vivir su vida», sin perjuicio de leer lo que para la interpretación de esa vida sea necesario, pueden hacerse dramas muy dignos de aplauso y, sobre todo, de más enjundia de la que suelen tener los literatos que, confundiendo á veces el medio con el fin, sólo tienen la preocupación literaria.

Sánchez Mejías tiene algunas más. Para él, á lo que vimos y á lo que nos dejaron entrever algunos cortes muy ostensibles—sobre todo el que parece interrumpirle el camino cuando el dramaturgo parece lanzarse por el que siguieron el autor de *Sebastián Roch* y algún novelista español cuyo nombre sería inoportuno citar ahora—, la literatura es medio, no fin.

Los actores de Calderón interpretaron el drama con acierto; se destacaron Fernando y Carlos Díaz de Mendoza, María Guerrero, Socorro González y Carlos Casterol. Su discreción y un director excelente los hizo ser locos como la obra los pedía, no como suelen serlo los actores efectistas.

ALEJANDRO MIQUIS

## LA RESURRECCION DE LAS DANZAS CLASICAS

## ISADORA DUNCAN Y AUREA DE SARRA



Aurea de Sarrá bailando en el templo de Dionisios

MIENTRAS las *estrellas* españolas del género ínfimo continúan disputándose el último puesto del cartel, pensando evangélicamente que los últimos son los primeros, la prensa extranjera comenta las memorias de la gran bailarina Isadora Duncan, muerta trágicamente no hace mucho. La *Revue de Paris* ha publicado algunas páginas de esas memorias, y entre ellas, las que relatan el viaje a Grecia de que Isadora trajo a Occidente la exaltación definitiva de su arte.

Esas páginas tienen, leídas ahora en España, un interés de actualidad gracias a la excursión que está realizando por los escenarios españoles otra gran bailarina, Aurea de Sarrá, también evocadora de los tiempos clásicos, y que, como Isadora, ha viajado por Grecia para impregnarse de clasicismo y traducirle en sus danzas paganas. La Duncan y Aurea son por igual danzarinas de las que creen necesario preparar el espíritu para bailar bien. Para ambas, el baile es una especie de sacerdocio del ritmo y de la belleza plástica, y buscaron en Helade la fuente, la admirable fuente de la belleza y del ritmo.



ISADORA DUNCAN

La Duncan estaba enamorada de Grecia. Su hermano mayor, Raimundo, era un helenista consumado, y no un helenista seco, de cátedra, sino un espíritu formado por el amor a la civilización, a la cultura y, sobre todo, a la belleza griega. Raimundo contagió ese amor a toda su familia, y apenas los primeros éxitos de Isadora le permitieron acumular algunos miles de francos, la familia Duncan Isadora, sus tres hermanos y su madre, emprendieron el viaje conque habían soñado mucho.

Raimundo fué el jefe de la expedición, y, siempre que pudo, evocó, siguiendo sus mismas rutas, las figuras más gloriosas, reales ó imaginadas, de la gran Grecia. Así, para su primera excursión por el mar Jónico, alquilaron un barco de vela con sólo dos marineros, y Raimundo pidió al patrón que su camino fuese el que siguió Ulises. La Duncan, en sus memorias, no se muestra muy segura de que el patrón entendiera la orden, ni menos de que la siguiera; pero los viajeros, mientras la barca los llevaba, muy perezosamente á veces, por falta de brisa, recitaban versos de la *Odisea*, y la ilu-

sión era completa. En Karavassara no habían podido dormir porque Raimundo pasó la noche elogiando la prudencia de Sócrates... y porque el duro *sommier*, formado por tablas duras, tenía una copiosa fauna de animalillos variados, pero iguales en su encarnizamiento; pero al partir de allí siguieron el mismo camino que Filipo de Macedonia, con su ejército, 258 años antes de Jesucristo. La madre de Isadora iba en un carro, donde además llevaban los equipajes. Sus hijos la escoltaban cantando y bailando ritmos clásicos y agitando en sus manos ramos de laurel.

En aquel viaje bebieron por primera vez el vino clásico conservado con resina en pellejos de cerdo, y su entusiasmo por Grecia los llevó a proclamar que era magnífico; eso sí, desmintiendo la afirmación con muecas muy expresivas, porque aquel vino sabía de un modo terrible á barniz de muebles.

Por fin, después de discutir mucho si debían ir primero á Olimpia ó á Atenas, porque Isadora deseaba consagrarse pronto á Atenea, fueron á la capital de Grecia.

«Aquella misma tarde llegamos á Atenas, coronada de violetas — cuenta la Duncan —, y el alba nos sorprendió subiendo por la escalinata de su templo, con el paso tembloroso y el corazón desfalleciente de adoración. A medida que subíamos, me parecía que toda mi vida anterior se desprendía de mí como un vestido abigarrado, que yo no había vivido hasta entonces, que nacía por primera vez en el amplio aliento de belleza de aquella primera contemplación. Alzábase el sol tras el Pentélico, revelando su claridad maravillosa el esplendor de sus flancos de mármol, que constelaban bajo los primeros rayos del día.

Franqueamos el último escalón de los Propileos y admiramos el templo, que brillaba en la luz matinal. Por acuerdo tácito permanecemos silenciosos: ¡cada uno de nosotros estaba solo ante la Belleza! Era el momento demasiado sacro para expresarlo en palabras. Llenaba nuestros corazones de un terror extraño. Cada uno habíamos encontrado el objeto de nuestra adoración, y permanecemos largo tiempo sumidos en una meditación, de la que salimos desfallecidos y como trastornados. Me he preguntado muchas veces por qué los mortales que llegan á ta-

les altitudes han de descender. ¿Por qué no podemos, por magia, transformarnos en sacerdotes del templo y perdurar en él perpetuamente, al servicio divino de Atenea, la de los ojos claros, conquistando la perfección por el éxtasis?

Estábamos entonces todos reunidos: mi madre y sus cuatro hijos; decidimos que el *clan* Duncan se bastase á sí mismo, que las otras gentes no habían hecho sino apartarnos del ideal. Nos parecía también, contemplando el Partenón, que habíamos llegado al pináculo de la perfección. Nos preguntamos por qué habíamos de salir de Grecia, puesto que encontrábamos en Atenas todo lo necesario para satisfacer nuestro sentimiento estético. Quizá asombre que después de los triunfos que yo había logrado algunos meses antes en la escena, no tuviera el deseo de volver á ella. Cuando había emprendido aque-

lla peregrinación, no buscaba ni gloria ni fortuna: era una peregrinación absolutamente espiritual, y me parecía que el espíritu que yo buscaba era la invisible diosa Atenea, que vivía aún en las ruinas del Partenón. Acordamos, pues, que el *clan* Duncan permanecería para siempre en Atenas y construiría un templo que llevara la marca de nuestro genio.

Desde mis representaciones en Berlín, teníamos en un Banco un cantidad que me parecía inagotable. Partimos, pues, en busca de un terreno conveniente para nuestro templo... Para no manchar el suelo de mármol blanco del Partenón, habíamos adoptado ya las sandalias. Habíamos decidido también que aun mis trajes Directorio y los amplios pantalones, los cuellos abiertos y las corbatas blandas de Raimundo, eran trajes inadmisibles, y que era necesario

volver á la túnica de los antiguos griegos; cosa que hicimos, con gran asombro de los griegos modernos. Una vez vestidos con túnicas, clámides y peplos, y puestas las redecillas sobre nuestros cabellos, partimos, pues, en busca de nuestro solar. Exploramos todos los valles del Atica sin encontrar nada digno de nuestro templo. Por fin, un día, en un paseo hacia el monte Himeto, franqueamos una elevación del terreno, y súbitamente Raimundo, dejando en el suelo su cayado, exclamó: «Mirad: estamos á la altura de la Acrópolis»; y, efectivamente, mirando hacia el oeste, vimos el templo de Zeus extrañamente próximo, aunque distaba, realmente, cuatro kilómetros.»

Isadora y sus hermanos compraron aquella colina, que tenía el nombre antiguo de Kopamos, y eligieron como modelo para su templo el palacio de Agamenón. Como única materia digna de él escogieron el mármol del Pentélico, el mismo de que habían salido las columnas del Partenón; pero modestamente hubieron de conformarse con la piedra roja que abundaba al pie de la colina.

Cuando llegó el instante, acarreados ya los materiales, de poner la primera piedra, pensaron, aunque eran librepensadores, que era imprescindible una ceremonia religiosa, á la manera griega. Buscaron para presidirla á un sacerdote anciano é invitaron á ella á los campesinos que vivían en dos kilómetros á la redonda.

«El anciano sacerdote — dice aún Isa-



AUREA DE SARRA

dora—llegó vestido con sotana negra y cubierto con un amplio sombrero negro también, como el velo que le cubría. Nos pidió un gallo negro para sacrificarle, según un rito perpetuado por los sacerdotes bizantinos desde la antigüedad. Entretanto, bandas de aldeanos iban llegando de todos los rincones del país, y algunas personas de la sociedad elegante de Atenas llegaron también. Al ponerse el sol había una enorme muchedumbre reunida en Kopamos.

El sacerdote comenzó con una solemnidad impresionante: en el momento en que el sol inmenso, rojo, se ocultaba, cortó el cuello del gallo negro, y la sangre escarlata brilló sobre la primera piedra de nuestra casa. Llevando en una mano el cuchillo y en otra el gallo degollado, recorrió tres veces las líneas—previamente trazadas—de los cimientos. Luego vinieron las plegarias y los exorcismos. Bendijo todas las piedras, y después de preguntarnos nuestros nombres, pronunció una plegaria, en que le oímos repetir muchas veces los nombres de Isadora Duncan (mi madre), de Agustín, de Raimundo, de Isabel y de la joven Isadora. Nos exhortó varias veces a vivir en paz y santamente en aquella casa. Rezó aun para que nuestros descendientes viviesen también santamente y en paz en aquel hogar. Luego, cuando hubo terminado, los músicos tañeron los instrumentos primitivos del país. Grandes toneles de vino y de *saki* (el coñac de la tierra) fueron abiertos. Encendimos sobre la colina un fuego sonoro, y durante toda la noche danzamos, bebimos y nos regocijamos con nuestros aldeanos.»

«Aquel templo, tan generosamente proyectado, no pudo alzarse como sus fracasados habitantes le soñaron: un día, sus fundadores se percataron de que en Kopamos no había agua, y se percataron además de que el mármol y la piedra roja resultaban enormemente caros. Volvieron á la capital. «Atenas—dice Isadora—estaba, como



ISADORA DUNCAN

siempre, en revolución. En aquel momento, la causa del disturbio era una divergencia entre la Casa Real y los estudiantes, sobre si debía darse de las tragedias clásicas una versión en griego moderno ó en griego antiguo. Cuando llegamos de Kopamos los estudiantes rodearon nuestro coche, aclamaron nuestras túnicas y nos pidieron que les acompañáramos en manifestación; cosa que hicimos muy gustosos, por amor á la antigua Hélade. El mismo día los estudiantes or-

ganizaron una representación. Los diez muchachos que formaban un coro griego y el seminarista bizantino que los aleccionaba, vestidos con túnicas flotantes y multicolores, cantaron los coros de Esquilo, y yo bailé. Estalló en los estudiantes un delirio de alegría.

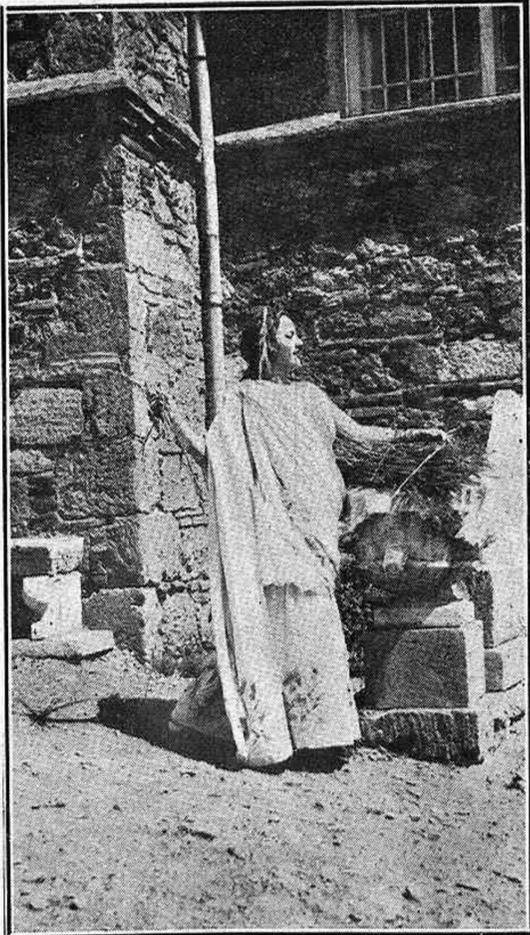
«El rey Jorge, que tuvo noticias de la manifestación, expresó su deseo de ver el espectáculo en el teatro. Pero la representación ante la Familia Real y todo el Cuerpo diplomático no tuvo la llama de entusiasmo que en el teatro popular. Los aplausos con guantes de cabritilla blancos carecían de convicción. El Rey vino á mi cuarto y me pidió que fuese al palco regio á saludar á la Reina. Ambos parecían satisfechos; pero tuve la impresión de que no les gustaba mi arte, que no le comprendían. El *ballet* será siempre, para los reyes, la danza por excelencia.»

En cuanto á Isadora, aquellos honores no la interesaban tampoco: antes de aquella fiesta, cuando aun estaban en Kopamos, supieron un día los Duncan que el rey Jorge, á caballo, subía á visitar las obras del nuevo templo. «Permanecemos impassibles—dice Isadora—al relatar el acontecimiento, porque vivíamos en el reinado de otros reyes: de Agamenón, de Menelao, de Príamo.»

Durante aquella estancia en Atenas, los Duncan fueron á Eleusis: para tener propicios á los dioses, hicieron el viaje bailando danzas clásicas por los bosquecillos de Platón, á la orilla del mar.

Por la noche, con permiso especial, iban al templo de Dionisios. Llevaban su coro, y allí cantando y bailando resucitaban la Grecia antigua, la Grecia amada.

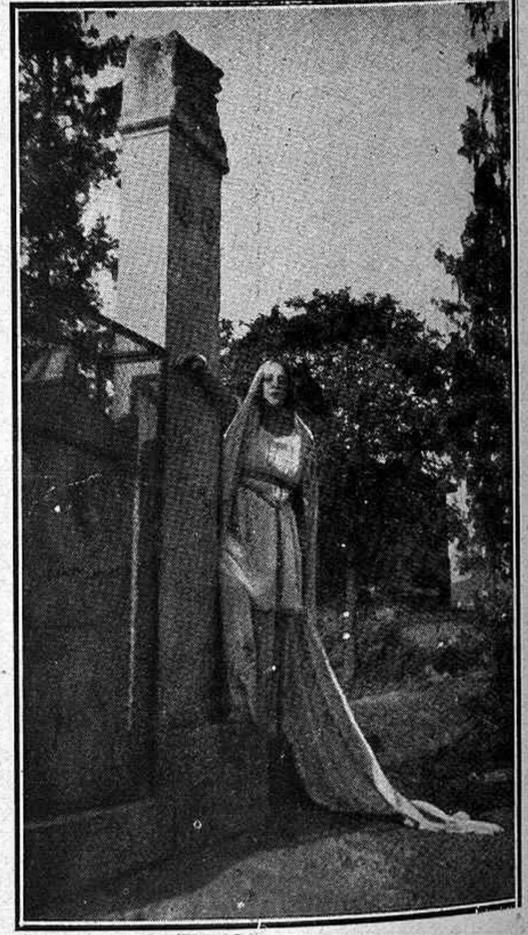
Pero un día, al siguiente de la función regia, Isadora no pudo dormir: había sabido que su cuenta corriente en el Banco estaba casi agotada. Al amanecer se fué sola á la Acrópolis. Entró en el teatro de Dionisios y bailó. «Sentí—dice—que era por última vez. Entonces subí á los Propileos, y de pie contemplé el Partenón. Súbita-



Aurea saliendo del Museo encarnando la diosa Verex



Aurea junto al pozo sagrado de Eleusis, encarnando el dolor de Dunutia



Aurea en la Acrópolis encarnando la diosa Atenea



*Nelly's*

Aurea haciendo una ofrenda en un templo de la divina Grecia

mente nuestros sueños se deshicieron como pompas de jabón, y comprendí que no éramos, que no podíamos ser más que modernos. No podíamos sentir como los antiguos griegos. Aquel templo de Zeus había tenido en otros tiempos otros colores. Yo no era, después de todo, más que una americana, mitad irlandesa y mitad escocesa,

más próxima, probablemente, por alguna oscura afinidad, á los Fieles Rojas que á los griegos.»

Pero en su arte, Isadora guardó siempre aquella impregnación de helenismo que la dieron su cultura y su viaje á Grecia.

Aurea, la danzarina española, ha seguido las

mismas rutas: como Isadora, ha bailado en el templo de Dionisios y ha tratado de arrancar su secreto al pozo de Eleusis. Su arte ha de tener también, forzosamente, la serena majestad y la soberana belleza del arte clásico.

D. T.



## UN CAMBIAZO

Yo era ya una mocita. Iba dándome cuenta de las cosas y conociendo el mundo cuando advertí un cambio en mi madrastra.

«¿Qué le ocurrirá?—decía yo—. Dos años, día por día, guardando el luto a mi pobre padre, que esté en gloria, y de repente esta mudanza... Vestidos claros, flores en la cabeza, mucho ventanear, mucha conversación con los huéspedes... Antoñilla, ojo al Cristo, que es de plata... Aquí hay que andar con tiento. Aquí pasa algo...»

Pues, señor, que me pongo en guardia y comienzo mi obra. ¿A quién dirigirá los tiros? ¿Será al registrador? Pero el infeliz, con sus papeletes y su dolor de estómago, tenía bastante. ¿Será al agente ejecutivo? Menos... Era un tío rústico, casi negro, que en sacándole del tresillo y del copeo, hombre al agua. Además, que paraba poco en la fonda. Siempre andaba por los cortijos; y cuando regresaba, al anochecer, sudando y cubierto de polvo, pedía su «copita» y se sentaba en el patio, al fresco, a reposar. ¡Bueno estaba para ajeteos de amor!...

De los huéspedes fijos, sólo quedaba don Gregorio, el coadjutor. ¡Un santo! ¡Un verdadero santo! Su misa, su parroquia, sus paseos por la carretera, con el quitasol y el breviario... Y contestando el «Vaya con Dios» sin levantar los ojos...

¿Para quién se emperejilaba mi madrastra? Porque había que verla maniobrando en el tocador con tarros y menjurjes, remetiéndose los postizos del pelo, ciñéndose el corsé hasta reventar; fofa y fondona, con sus caderazas de yegua, todo se le volvía decir:

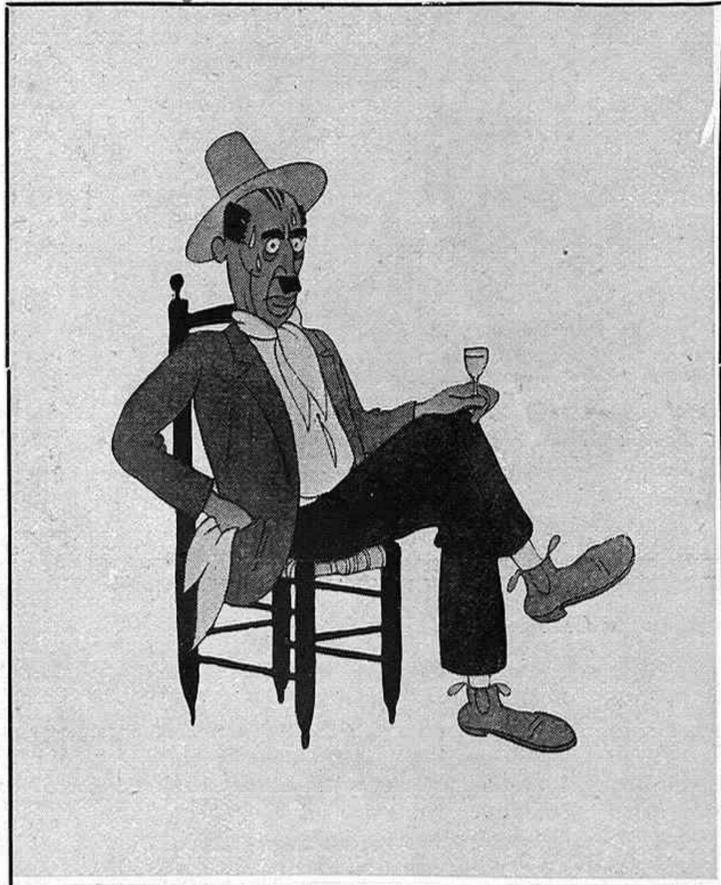
—¡Ay, hija! Está ya una hecha un vejestorio.

—¿Vejestorio?—decía yo—. Pero... si está usted casi en la flor de la vida...

—Sí, sí... En la flor...

Y hacía unos mohines, unos dengues... ¡Se lo creía la muy idiota! Con cincuenta años bien corridos, tres barbillas y un andar lento y resoplante, se emperifollaba como una novia... Tanto y tanto dió en adornarse, y tan estrambóticamente, que le llamaban *La Tarasca*... A mí me da una vergüenza. ¡Y un coraje!...

Cierto día, por la siesta, cogí el regador y me puse a regar las albahacas del portal. En la tienda de enfrente, Cayetano, el de los recados, se hacía el *litri*, agachándose para verme las pantorrillas, porque entonces llevábamos las faldas arrastrando... Yo, con mi mala sangre, ha-



cía revolver el vestido. El pobre estaba frito, negro...

Pasaban jornaleros, con sus bestias cargadas de alcarcel. La jaca de Felipe el correo pasó cascabeleando sus campanillas. Joaquín, el tartamudo, se acercó con su espuerta de alcachofas.

—¿Mer..., mer..., mercas te alcachofas?

Mi madrastra acudió en seguida, recién peinada, pechugona, pidiendo guerra. Trabajó conversación con el vendedor, metiendo mano en la esportilla. De repente, la oí exclamar:

—¡Josús, y qué exageración de hombre!

¿Cómo? ¿El tartamudo? ¿Sería posible?... Creyendo que lo de exageración se refería al precio, no hice caso. Pero unas carcajadas escandalosas de mi madrastra me hicieron acudir a la puerta... ¡Vamos, señor! ¿Pues no estaba aquel bolido humano derritiéndose, ó poco menos, con don Jacinto, el médico nuevo?

—Lo que usted oye—decía él—. Que me parta un rayo si miento... Aquí lo que no hay es gusto, ni juventud, ni «lacha»... Este es un pueblo de avefrías... Mujeres como usted, en Madrid arman la revolución... ¡Jé, qué pechuga! ¡Qué caderas! ¡Qué brazos! ¡Y sabiendo lo

que es canela fina, señor! ¡Menudas «exuberancias»! Por algo hay un refrán que dice: «Dame gordura y te daré hermosura...»

Mi madrastra venga reír. Retemblaba gorda y rolliza, ante la letanía de don Jacinto...

## EL MÉDICO NUEVO

Don Jacinto, el médico nuevo, era más guasón que su sombra. Hablaba por los codos, mentía más que Manolito Gázquez y suplía su poca ciencia con su mucha labia.

Tenía al pueblo alborotado. Le gustaban todas. Una escoba con faldas lo sacaba de sus casillas. Y en cuanto se oían risas, alborotos, regocijos, ya estábamos diciendo: «Don Jacinto. Cosas de don Jacinto.»

A poco de llegar comenzó con las bromas a mi madrastra. Había que oírlo: «Que si usted es una «otoñal» estupenda. Que si la mujer «hecha» es el manjar de los dioses. Que debían pagar por verla, como un fenómeno de hermosura...» Y la tonta, retonta, se lo creía a puño cerrado. Tan se lo creía, que en dos semanas ahorcó el luto, se vistió de claro, se empavonó, y ya todo era aguardar a que pasase don Jacinto, a recrearse con don Jacinto, a soñar con don Jacinto... ¡Virgen del Carmen!...

Aquella tarde, el mala idea del médico se conoce que estaba de mejor humor que nunca. Había tomado una copita de más, ó ganado al «monte», ó cobrado algunos atrasos. Ello fué que con el sombrero en los ojos, ambas manos sobre el bastón y unas posturitas de jaque matorras, amontonaba disparate sobre disparate:

—No vuelvo á pasar por su casa. Me trae usted loco. Estoy que muerdo...

—¡Josús, y qué exageración de hombre!... Las viejas no servimos para nada...

—Las viejas, ¿eh? Con esos ojos..., con esos brazos..., con esa pechuga... ¡Au!...

—¡Uy, por Dios! ¡Qué barbaridad de hombre!... Y sería capaz de morderme...

En la tienda de enfrente se habían congregado el principal, su mujer, sus hijas; Socorrito, la del estanco... Medio pueblo... Todos se retorían de risa, como en el *cine*, ante una película de Harold.

—¡Hay que ver!... ¡Y qué vieja loca!...

—¿No le dará vergüenza?

¿Vergüenza? Era verde y se la comió un pollino. Mi madrastra seguía encantada, coqueteando con el médico, en un temblor de sus carnes fofas, dándole empujones de malicia:

—¡Manos, quietas, so retémalo!... Manos, quietas...

LA ESCARAMUZA

La cosa pasaba de castaño obscuro. El espectáculo cundió en seguida por el pueblo. Yo estaba volada. Por supuesto que había oído hablar de que á cierta edad las mujeres—ciertas mujeres—sienten la acometida del amor con más vehemencia que las jovencitas. Pero creí que eran cosas de novelas. Y ahora, ante la inesperada conducta de mi madrastra, la verdad, no sabía qué hacer. De una parte, yo la tenía voluntad. Al fin y al cabo, en vida de mi padre se portó con leal decencia. Mas, de otra, aquello no podía consentirse. Todo el mundo burlábase de *La Tarasca* y de mí. La fonda se ponía de uñas. El registrador, el agente ejecutivo, has-

ta el mismo prudente coadjutor, mostraron su enojo. Sobre todo el agente llegó á insinuarme que se iba. Que aquello era una vergüenza. Que á él los «líos» del médico y mi madrastra lo tenían harto.

—Pues no me ha dicho ese trasto de mediquillo que á él le entretiene hacer de Voronoff con las viejas...

¿Con que de Voronoff? Me indigné. Resolví cortar por lo sano... ¡Lo veríamos! Y lo vimos... ¡Vaya si lo vimos! En cuanto me lo eché á la cara insiné unas miraditas, unas palabritas... ¡Qué quería él más!... Vino á mí como moro á pascua; pero yo le paré los pies. Muy seriecita, muy modosa, le dije:

—Quite usted, Voronoff, novio de viejas... ¡Quite usted!

¡Se puso!... Creí que le daba algo. Palideció, le tembló la boca, no acertó á pronunciar palabra, y al fin se fué, refunfuñando:

—¡Qué niñita! ¡Vaya una niñita!

Pasaron unos días. Creí que había surtido efecto la lección. Pero hombres como don Jacinto no escarmientan. Genio y figura...

El domingo, al salir de misa mayor, pegó otra vez la hebra con mi madrastra. Y ahora con más ahinco, haciendo más visajes, gritando más, como dándome en la cabeza.

—¿La juventud?—le decía á *La Tarasca* y á mí de paso—. La juventud es tonta de capirote. Donde hay una mujer madura, y sabiendo lo que es canela, ¿qué pintan las niñas bitongas?...



Entonces apelé al supremo recurso. Mientras él piropeaba á *La Tarasca*, yo, á hurtadillas, hícele señas, guiños... El hombre se dió cuenta en seguida y acusó recibo, con gestos muy disimulados, pero inconfundibles. Cuando salió, salí tras él al portal. Hice como que cambiaba el agua de las jarras y canturreé, por lo bajo, esta copla, que dió en el blanco, como yo esperaba:

«Aunque te pongas en cruz,  
como Jesús Nazareno,  
y me des las tres caídas,  
en tus palabras no creo...»

Salió, diciéndome entre dientes:

—Me creerás... Te juro que me creerás...

LA VICTORIA

Aquella noche, entre dos luces, á la hora en que él solía pasar, me puse á la ventana. Llegó y tosí... Tosí tres veces, como en seña: «¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem!...»

—¿Entro?—balbuceó, sofocado...

Entró al portal, torció á mano izquierda, á la salita. Yo, sobre aviso, me situé estratégicamente, de espaldas á la puerta...

—Antoñita...

Le abandoné mis manos en las suyas. Luego, con voz miedosa, plañí:

—No, don Jacinto... No... Que no...

—Sí, Antoñita... Gloria... Princesa...

Al sentir los ansiosos pasos de *La Tarasca*, preparé el golpe final magistralmente. Fué una feliz contradicción entre el dicho y el hecho. Le dije, para que me oyese *La Tarasca*: «Que no y que no... Suelte, mal caballero.» Pero le retenía las manos, apretándolas convulsivamente entre las mías... Unía mi cara á la suya... Me desvanecía en su hombro como una novia seducida...

—Suelte... Mal caballero... Suelte...

—Tonta... Celosilla... Pero, ¿te has creído que la vieja?... ¿*La Tarasca*?...

*La Tarasca*, frenética, feroz, cayó sobre él como una mole...

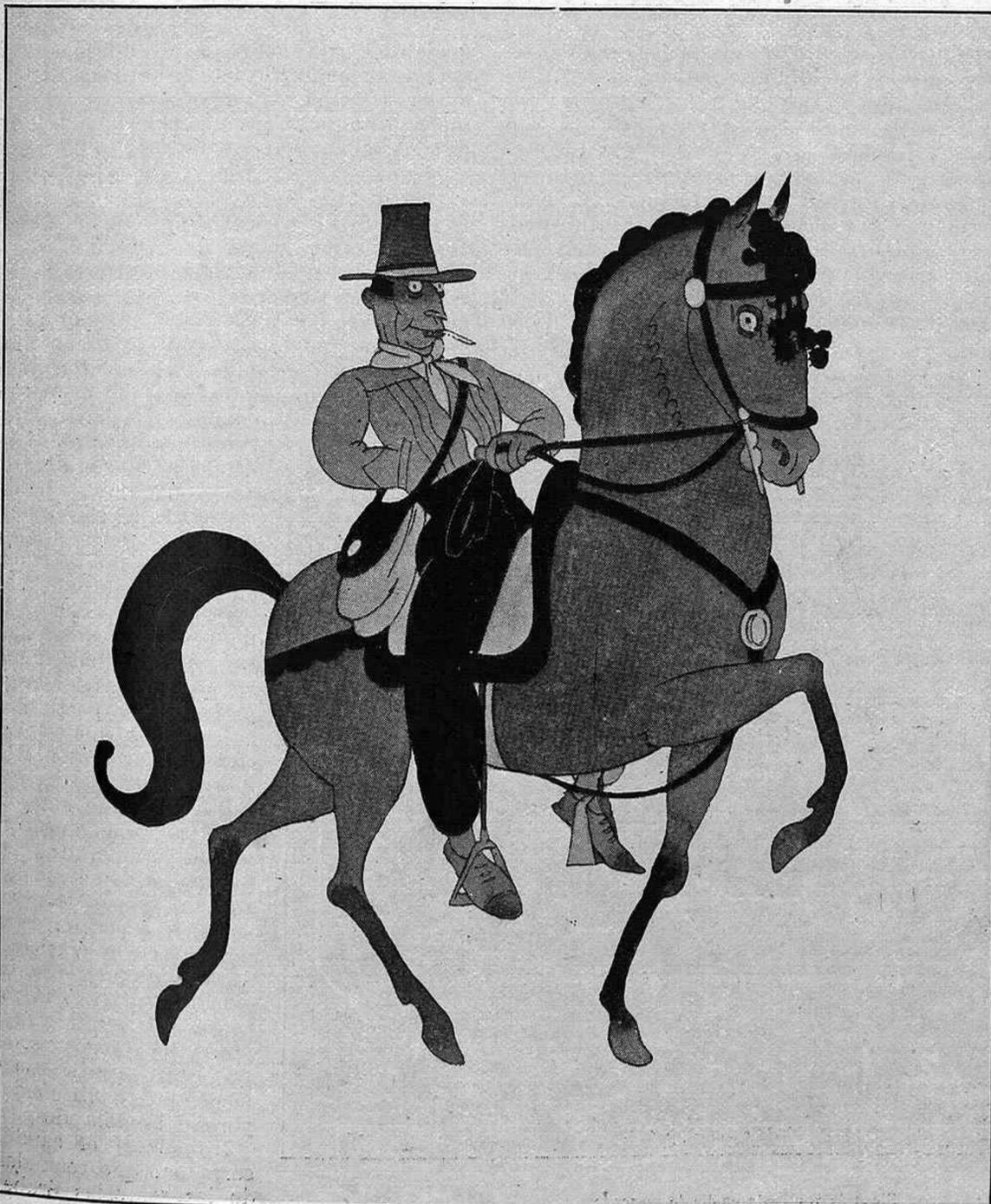
—¡Granuja!... A la calle, ¡granuja!

Y mientras él, lívido, torcida la corbata y desencajados los ojos, salía del portal como del Infierno, la pobre *Tarasca*, sollozando, me abrazaba efusivamente:

—¡Dios te lo pague, Antoñita, hija!... ¡Dios te lo pague!...

CRISTÓBAL DE CASTRO

(Dibujos de Echea)





Vista panorámica de la histórica ciudad de Sepúlveda

## MIRANDO A CASTILLA LA HISTÓRICA Y PINTORESCA SEPULVEDA

En alguna ocasión afirmó el articulista que Segovia es la provincia más rica en lugares vetustos, que, con sus vestigios de piedra y el carácter de sus gentes, con su ambiente y costumbres, hacen evocar el neto espíritu castellano. Larga sería la reseña que á este tenor hiciésemos de esos rincones poseedores de castillos y templos, historia y leyenda tales, que ponen ante los ojos de quienes los visitan todo un poema incomparable de arte y ensueño. De algunos de esos pueblos segovianos, como Cuéllar, Coca y Pedraza, ha escrito en estas mismas columnas sendas crónicas; pero faltábale hacerlo de Sepúlveda, que ocupa tan preeminente puesto entre las villas históricas y pintorescas de España entera.

¿Qué sabemos de Sepúlveda al visitarla por vez primera? Nuestros conocimientos referíanse casi por entero al orden histórico, en el que cuenta la insigne villa con la más brillante ejecutoria. Bien merece que la tracemos, siquiera sea en líneas generales, en seguida. Sepúlveda es la antigua *Septempública* de tiempos romanos y godos, tan antigua, por ende, como Numancia, Cauca (Coca) y Colenda (Cuéllar), las otras ciudades castellanas de prócer historia. Empero, faltan detalles de su actuación en la vida española de aquellos tiempos, hasta que vémosla, llegada la dominación árabe, constituyendo una de las plazas más importantes de la Castilla musulmana, que tomó por primera vez á los sarracenos Alfonso I,

el *Católico*, el año 746. En poder otra vez de los anteriores dominadores—merced á las alternativas de la lucha secular entre la Cruz y la media luna—, fué atacada por el famoso conde Fernán González hacia el 960, habiendo en esta lucha episodios que bien merecen relatarse. Excelentemente fortalecida Sepúlveda por los alcaides Abubad y Abismen, capitanes de Almanzor, éstos, al ver al ejército cristiano acampado á sus puertas, enviaron un moro con muestras de paz para decir al conde que abandonara el cerco, pues sería vencido. Famosas son las palabras con que contestó Fernán González: «Dirás á tu señor que yo le haré que cumpla con su obli-

gación.» Pero el moro, acercándose con disimulo al conde, tiróle un alfanjazo, del que aquél salió milagrosamente ileso. Intentaron matar al agresor los soldados; mas el caudillo castellano quiso demostrar su desprecio al enemigo con el perdón al cobarde. En esto, y trabada que fué una escaramuza con las avanzadas defensoras de la plaza, Fernán González mató, cuerpo á cuerpo, á Abismen. Mas, apretado el cerco, el otro cabecilla, Abubad, igualmente jactancioso, reto al castellano para dirimir la victoria, que quería subordinar al resultado de la lucha entre los dos. «Acetó el conde—dice un cronista—, y, dispuesta la seguridad, salió el moro á caballo, de robusta y descomunal estatura. A las primeras lanzas llegaron ambos á pique de perder las sillas, y, recobrados, el moro, con su alfanje, menudeaba fuertes golpes sobre el conde, que bien opuesto el escudo, afirmado sobre los estribos, tiró tal cuchillada al moro, que le partió adarga, yelmo y gran parte de la cabeza, con que cayó en tierra.» Encerráronse los moros dentro de sus murallas al verse sin jefe; pero los castellanos, que vieron reforzadas sus huestes en aquel momento con tropas leonesas, entraron á poco en la villa y pasaron á cuchillo á parte de su gente, haciendo cautiva á la restante. El conde mandó prenderla fuego; pero á poco hizo que cesase el incendio, reedificándola y repoblándola después. Almanzor, el caudillo sarraceno que, reanudando las victorias árabes,



Plaza de Sepúlveda en día de mercado

llegó hasta Galicia, apoderóse de Sepúlveda, así como de otras plazas castellanas, en el 986; pero la recuperó á poco D. Sancho García, tercer conde independiente de Castilla, tras su gran victoria de Calatañazor, concediendo á sus moradores el famoso *fuero*, que tomó el nombre del pueblo; fuero que comprendía tan importantes derechos y franquicias, que debe ser tenido como verdadero origen de las libres y democráticas instituciones de Castilla. Llegado el turbulento reinado de doña Urraca, separada y enemiga de su esposo, Alfonso el *Batallador*, rey de Aragón, libróse en las cercanías de Sepúlveda la famosa batalla de *Candespina*, en la que vencieron los aragoneses y murió D. Gómez, favorito de la Reina, que era conde del linaje de los González de Sepúlveda, descendientes todos del famoso Fernán González.

Tras los hechos señalados, son dignos de mención en esta ojeada cronológica el intento del inquieto guerrero y poeta D. Juan Manuel por conseguir adeptos en Sepúlveda, hacia el 1319; el apoyo que prestó el castillo de esta villa—al igual que los vecinos de Coca y Ayllón—á D. Enrique de Trastámara, en sus luchas contra D. Pedro; la confirmación que dió Enrique III á los vecinos de esta villa en 1406, de no pagar tributo alguno; el destierro sufrido aquí por D. Alvaro de Luna desde 1479; la persecución de los judíos, acusados de haber matado á un niño en 1468, y, finalmente, el brillante combate librado el año 1808 entre las tropas del general Sanjuán y la vanguardia de Napoleón.

•••••

Pero si la historia de Sepúlveda, con ser tan brillante, ya predispone á todo espíritu entusiasta de los pretéritos esplendores de nuestro solar y nuestra stirpe á ir á evocar fastos tan gloriosos ante sus piedras milenarias, nada puede decir, en cambio, de la maravilla natural que constituye la ciudad con su paisaje y emplazamiento; con su fisonomía, en una palabra. Así, pues, el viajero, que desde el primer momento ya se encuentra sorprendido ante lo bello, lo pintoresco de Sepúlveda, se dará cuenta, cuando bien la conozca, de que por igual han colaborado en ese conjunto de maravilla tres factores supremos: la Naturaleza, el tiempo y el hombre.

Aunque apartada á un centenar de kilómetros del ferrocarril, Sepúlveda, que tiene excelentes carreteras, puede visitarse con comodidad hoy día, en que el automóvil ha abierto todas las barreras y ha acertado todas las distancias.

Faltando todavía algunos kilómetros para llegar á ella, y lo mismo yendo por el lado de Segovia que por el de Boceguillas, desde la carretera de Francia, ya se columbra la villa famosa, pues asentada sobre una ladera, hacia el mediodía, mirando al agreste valle por donde discurre el Duratón, que baña la paramera en que se pierden las últimas estribaciones carpetanas, la carretera serpentea, ya alejándose, ora acercándose, antes de llegar, por fin, tras haber sorteado quiebras, pasar terraplenes y cruzar desmontes, buscando siempre la favorable conformación del suelo. Es entonces cuando ya ofrece Sepúlveda la estupenda visión de conjunto. Se la observa como disgregada sobre infinidad de pequeñas colinas, que la dan una irregularidad encantadora. Los zigzagueantes caminos á ella afluentes; las torres de las iglesias que emergen salientes de las casas; las arboledas en el fondo de la ribera; las huertas en la hondonada, y, finalmente, el anchuroso campo de horizontes de ensueño, en el que predominan los labrantíos aledaños, y los pinares lejanos, ponen su severa pincelada; todo

esto constituye un conjunto armonioso de encanto y sugestión difícilmente superado por ningún otro paisaje de Castilla.

Y si antes de penetrar en el pueblo la vista ha abarcado la totalidad del lienzo poliermo del panorama, adentrados en él, nos sentiremos aturridos por la diversidad de rincones dignos de atención y estudio que atesora. Admiran las callejas tortuosas, algunas de las cuales conservan tan patente el espíritu de la España medieval como las más típicas de Segovia ó Toledo. Tan pronas son muchas de ellas, que hay casona señorial que por su fachada se yergue con cuatro pisos, y apenas si levanta uno por el lado opuesto. Son pasmo de los ojos los pisos superiores salidos, sostenidos con vigas y ménsulas; los arcos, ora de pétreas dovelas románicas, ó ya de gracioso ladrillo mudéjar; los enormes escudos señoriales; las inmensas rejas de forja. Y llegados á la plaza Mayor, tendremos á nuestra vista el arquetipo de la plaza castellana; la que, preparada con tendidos y vallas de madera y las carretas para las famosas novilladas de feria, inspiró al gran Ignacio Zuloaga uno de sus mejores cuadros, que plasma, con el prodigio de su línea y la armonía de su color, aspecto tan significativo de la vida española.

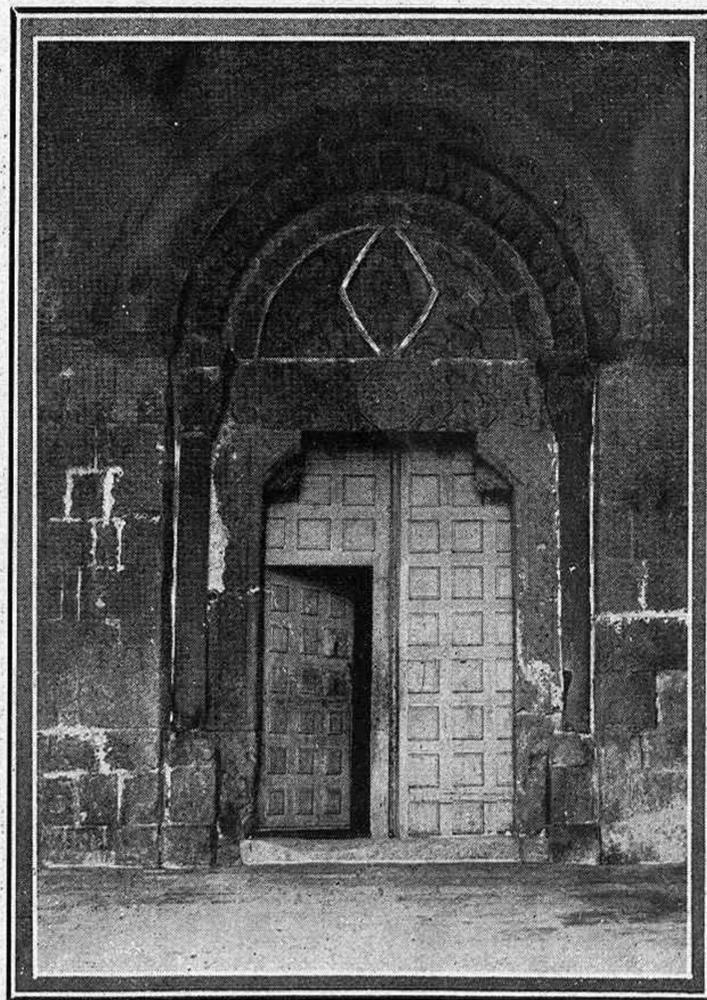
Entre los monumentos de Sepúlveda, el castillo ocupa el primer lugar. Este baluarte, dominador de la villa y su campo, tan famoso en las contiendas antiguas, cuando pasó sucesivamente del poder de unos dueños á otros, fué unas veces adicto y otras enemigo de los reyes. Cuéntanse después los templos del Salvador y de la Virgen de las Peñas, con pórticos del más puro románico del siglo XII, y el de San Justo, con notable cripta, que data de la misma fecha. Y no hay que olvidar los antiquísimos palacios, algunos de los cuales están señalados por la tradición como cuna de preclaros varones. Aunque alterados y destruidos por la acción ineluctable del tiempo y la lamentable incuria de las gentes, obsérvanse en muchas de estas edificaciones detalles de la huella, de la influencia de las distintas razas y los diversos gustos que se sucedieron hasta que, llegada la era moderna, tuvo realidad nuestra unidad racial y de civilización.

Y lo mismo que el alma del pueblo, con

sus calles, con sus mansiones, con sus piedras venerandas, nos hablan del prestigio español de otrora, la luminosa edad del sacrificio heroico, las conquistas sublimes y el imperio caballeresco, las gentes de Sepúlveda ofrecen la visión del genuino tipo castellano. Sepúlveda es uno de los pueblos de Castilla en que aun perduran, siquiera en parte, algunos de los usos y costumbres ancestrales. Y es digno, en tal sentido, de visitarlo en los primeros días de Septiembre, cuando, con ocasión de las fiestas anuas, se exhiben y manifiestan los típicos indumentos, las canciones, músicas y bailes populares.

Nadie hay que, estando aun sólo un día en este pueblo atrayente y acogedor, deje de ir á la famosa ermita de San Frutos, distante diez kilómetros, Duratón abajo. Este es seguramente el paraje más simbólico de la provincia entera, porque aquel Santo patrocinó á la capital y la tierra segovianas. El santuario se encuentra asentado en una enorme roca circundada por el río, que allí tuerce en originalísimo meandro encañonado á cien metros de profundidad. Para el acceso á la ermita sólo existe una lengua de tierra peligrosa y difícil. Bien merece que, para terminar, recordemos la vida de San Frutos y sus hermanos, y el origen del santuario. El patrón de Segovia, con sus hermanos Valentín y Engracia, nacieron en la ciudad del Acueducto, y al quedar huérfanos, jóvenes á la sazón, decidieron distribuir su hacienda entre los pobres y retirarse á un lugar solitario, huyendo del mundo y de las calamidades y vicios de España. Ocurrió esto á fines del siglo VII, por el año 692. Escogieron el yermo de la ribera septentrional del Duratón, y allí levantaron tres ermitas: una al comienzo de la peña, para Engracia; otra en un costado de la montaña, para Valentín, y en la cima la tercera, para Frutos. Grande fué la fama de los hermanos por sus virtudes y vida ejemplar, creyéndose por muchos que profesaron la Orden de San Benito. Pero al acontecer la invasión árabe y acoger á los cristianos que huían de los invasores, Frutos pidió para ellos la protección divina, y salió al encuentro de los infieles, mandándoles, en nombre del Creador, que no pasasen de una raya que trazó con su báculo, al punto de lo cual abrióse la peña, dejando en medio de cristianos y moros una profunda abertura.

A este sensacional milagro siguieron otros hechos por el Santo, como aquel originado por el atrevimiento de un moro, que blasfemó de la Eucaristía diciendo que la religión cristiana adoraba imposibles al creer que el pan se convierte en cuerpo de Dios, permitiéndose comer igual a los hombres que á los animales, por lo que, si se pusiese con el pienso de los segundos, éstos lo comerían. Consintió Frutos en hacer la prueba, confiando en las promesas divinas, y consagró una hostia, que fué puesta sobre un harnero de cebada que había de ofrecerse á un jumento. Llegó el animal y, viendo la hostia, inclino su cabeza y se postró en tierra, lo cual causó la admiración de fieles y moros. Frutos murió el 25 de Octubre de 725, después de toda una vida ejemplar que le valió después la canonización, siendo uno de los más preclaros santos españoles. Sus hermanos, también santos, por mártires de los infieles, se habían retirado al cercano lugar de Caballar, en donde murieron á manos de los moros, siendo llevados sus cuerpos á enterrar con el de Frutos, pero quedando allí sus cabezas, en donde aun se conservan como la más preciada reliquia, á la que apelan los segovianos en años de sequía, siendo fama que, merced á la invocación devotísima que con ella hacen, obtienen siempre el milagro de que se provoque la fecundante lluvia.



Una artística portada románica del siglo XIII

ANGEL DOTOR



## LOS TESOROS ARTÍSTICOS DEL VATICANO

Magnífica pila bautismal regalada por la Emperatriz Eugenia al Papa Pío IX, que la consagró en 1846, y que se conserva en la Sala Sixtina, de la Biblioteca Vaticana, después de haber sido utilizada para el bautismo del príncipe imperial de Francia

## Una ojeada á la intimidad de Mussolini

# MÚSICA, ENSUEÑOS, ÁGUILAS...

UNA antigua y empinada calle en el corazón de Roma. Silencio. Soledad. En el fondo de la calle, el Palazzo Tittoni. En el fondo del palacio, en el último piso, tiene establecidos sus cuarteles de invierno el señor Mussolini.

El dictador vive la mayor parte del tiempo «alejado del mundanal ruido». Su casa es un fuerte, y su calle, un campo atrincherado. Pocas personas pueden vanagloriarse de haber pasado ante la guardia pretoriana que custodia la vida del émulo de Sila. Y menos aun de haber atisbado algo de la intimidad de sus horas en tan solitario retiro. Ni los espías ni los reporteros pueden fisgar allí dentro donde el *duce* tal vez sueña con la túnica de César y su imperio.

Parvos y simples muebles decoran las estancias del palacio inaccesible. Mussolini vive solo. A largos intervalos la mansión se anima con juveniles risas. Esto sucede en fiestas y vacaciones cuando su mujer y sus hijos llegan de Milán, donde Edda, Vittorio y Bruno, los tres hijos del *duce*, están siendo educados.

El resto del año, las noches de Mussolini se desvanecen en la soledad. Entonces el dictador lee á los griegos y toca el violín. Los griegos, y principalmente Aristóteles, le han dado á Mussolini un concepto filosófico de la música, cuyo culto, según Aristóteles, profundiza las armonías del alma. En opinión del *duce* ese fué el filósofo más grande que el mundo conoció.

Si no tenéis una espontánea y personal invitación del propio Mussolini, no intentéis franquear la calle donde mora. Si acaso la tuviéseris, llegaréis á la entrada de la calle y dos «carabinieri» os atajarán el paso. «Soy Fulano, hay que decir; tengo una invitación especial de su Excelencia.» Entonces se apartarán para dejaros pasar, pues ya tienen aviso y saben vuestro nombre. Un instante después, el coche que os conduce penetra en el ancho portalón, y entonces os saldrán al paso dos policías (vestidos de paisano), ante los cuales habréis de repetir la misma cantinela. Ellos os escoltan hasta el ascensor, un pequeño cajoncito tapizado de verde. El ascensor sale disparado, suena un timbre y arriba abren una puerta en la que aparece una mujer esbelta, morena, de pelo negro abundante y fuerte, partido en el centro de la espaciosa frente por una raya blanca que trepa hasta la parte posterior del cráneo, formando dos tren-

zas recogidas á los lados del cuello. Tiene ojos oscuros, y de las orejas le cuelgan largos zarcillos. Representa unos treinta y tantos años; tiene el aspecto bravío de las montañesas de los Abruzzos; se llama Cesira, y es el ama de llaves y persona de confianza del señor Mussolini.

El primer zaguán donde se entra está amueblado con utensilios de roble, muy simplemente: una arqueta, dos sillones, cuatro sillas y una percha. De esta pieza se va, á través de un ancho corredor en cuyas paredes hay grabados al agua fuerte, al despacho donde trabaja el *duce*. Es espacioso y sin adorno alguno. Las paredes y el techo están pintados de blanco. Hay estantes llenos de libros, una gran mesa de escritorio, otra mesa redonda sobre la que se ven dos violines allá al fondo delante de un sofá, y más lejos todavía, en el límite del largo salón, un gran piano y butacas, butacas hondas, profundas, confortables, en una de las cuales está sumergido el dictador leyendo periódicos. Delante del mirador que da á la más bien angosta calle, un águila disecada se dispone á volar hacia el cielo. Mus-



La señora de Benito Mussolini, el supremo jefe del fascio



Mussolini, gran aficionado á la música, tocando el violín en unos de sus breves ratos de ocio

solini, como César, tiene su águila. Quien haya visitado á Su Excelencia en el grandioso y magnífico palacio Chigi, su residencia oficial, no podrá imaginarse la sencillez y naturalidad de este retiro. Allí es el caudillo de una nación exaltada envuelto en el esplendor y la suntuosidad de la Roma de ayer; aquí es un buen burgués que toca el violín y sueña con la Roma de mañana...

Sabíamos por la notable periodista señorita Gibson, que poco tiempo antes había tenido el honor de penetrar en el solitario recinto, que la Sociedad Inglesa de los Gatos le había enviado á Mussolini un magnífico ejemplar de puro linaje persa. Le preguntamos por él, y á poco lo trajo Cesira en brazos. Es, en efecto, un gato precioso.

—Entró en Roma con el retumbante nombre de Diomila—dice Mussolini—; pero nosotros la llamamos «Mignonne» nada más. El otro gato, un gato negro que anda por ahí, lo recibió mal, y los primeros días le quiso arrancar los ojos. Pudimos evitar la tragedia—añade el *duce*—; pero los gatos no se han reconciliado.

El persa, al que Cesira acaricia insistentemente, da señales de inquietud. Quiere saltar, escaparse.

—No puede estar en presencia de nadie—exclama el ama de llaves sujetándole.

—Si sonara ahora una tecla del piano ó una cuerda del violín—añade Mussolini—, no habría quien pudiera sujetarlo. No puede soportar la música. Se le ponen los pelos de punta; se vuelve selvático y fiero...

Llegado á este punto de su disertación, como alargásemos la mano para acariciar al bicho, éste saltó de los brazos del ama y tras intentar una salida en falso, huyó á través del pasillo, perdiéndose en las habitaciones interiores.

Con este motivo se habló de diferentes razas de gatos, y cada cual expuso los conocimientos

que poseía acerca de los diminutos tigres domesticados por el hombre. Mussolini se mostraba expansivo y familiar. Como la política estaba excluida de nuestra conversación, pronto recayó ésta sobre la música, pasatiempo predilecto del *duce*. Sirvieron el te, y aprovechando un instante la ausencia del anfitrión, la señorita Gibson preguntó á Cesira:

—¿Cree usted que Su Excelencia querrá tocar para nosotros?

El ama deslizó una mirada furtiva sobre la interrogadora, y se llevó misteriosamente un dedo á los labios. En seguida, como si se hubiese decidido, respondió:

—¡Oh, la música! La adora. La siente intensamente. Cuando ha tocado, aunque sólo sean diez minutos, se emociona de tal modo que se pone pálido, pálido.

Y como si tuviese el temor de haber sido indiscreta, Cesira se alejó, atareada...

—Los gitanos dicen—exclamó el *duce* llegando de nuevo—que el violín se apoya en el lado izquierdo, porque es el lado del corazón.

—¿Y toca usted todos los días?—le preguntamos.

—No; el instrumento no está siempre dispuesto. Mucho depende del tiempo. Hay días que el violín está blando, receptivo. Es una cuestión de tensión de moléculas, después de todo.

—¿Quién cree usted que ha sido el mejor violinista?

—Paganini. Dudo si hubo ó volverá á haber un violinista igual. La relación que se establecía entre él y su instrumento era mágica. Sus dedos largos, interminables, realizaban milagros. También su vida fué misteriosa, llena de aventuras. Era una especie de brujo.

•••••

—Armonía y unidad son los ideales de este hombre, y como los antiguos griegos ve en ellos el único remedio para las antítesis de que el mundo moderno está tan penosamente enterado; antítesis entre el hombre como ser moral y la naturaleza como ley indiferente, entre la carne y el espíritu, entre el individuo y el Estado. Esta aspiración hacia la unidad armoniosa de las partes y el todo se encuentra en sus palabras y en sus acciones, en su filosofía, en su política y en su fe artística.

Así habló con encendido entusiasmo la señorita Gibson al salir del Palazzo Tittoni.

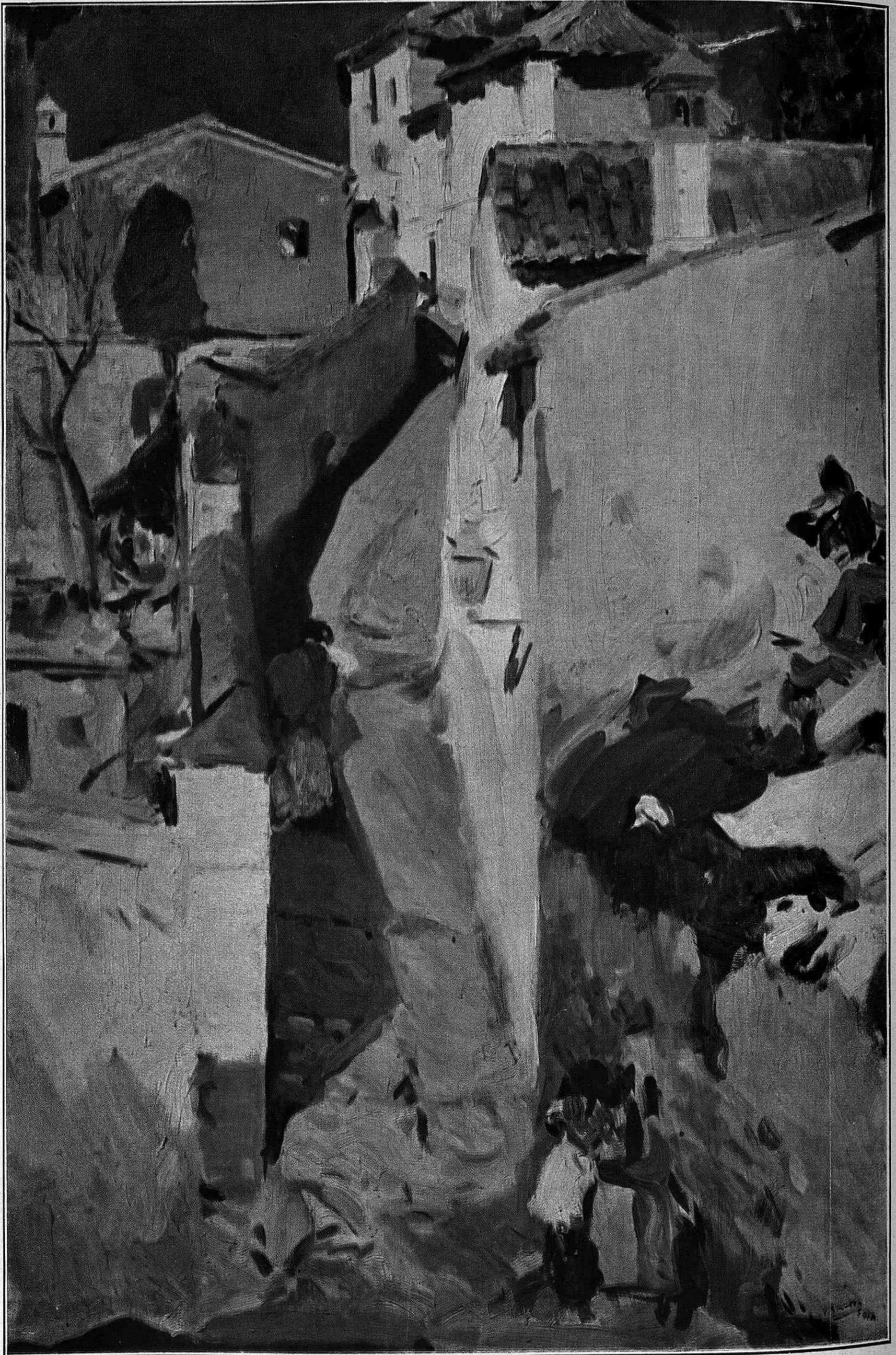
—El *duce* ha sido comparado muchas veces—dijo otro—á un escultor modelando la arcilla viva del pueblo italiano. A mí más bien me parece un compositor dirigiendo la orquesta de la nación en una «Heroica» compuesta por él.

El cronista se calló, tomó nota y no dijo nada.

José RODRIGUEZ DE LA PEÑA



Los tres hijos del dictador italiano: Vittorio, Edda y Bruno



«Calle de Granada», cuadro de Joaquín Sorolla



## CAMINOS DE JESÚS

## PALMERAS

Palmeras sagradas  
de Jerusalén:  
los brazos abiertos al alba.  
En los templos cristianos,  
la ondulante espadaña de las cúpulas  
que le roba la mitra al relámpago.  
Palmas, vecinas del Desierto:  
ataúd de las soledades  
y arco de triunfo de los muertos.  
Bíblicas palmeras sedientas  
que hunden sus gibas de camellos dóciles  
para beber la luna en las cisternas.  
Palmeras como viejos dromedarios,  
donde la Luna, emperatriz regente,  
sigue todas las noches cabalgando.  
Palmeras de las márgenes del Nilo:  
brazos de Cleopatra,  
calenturientos bajo el sol de Egipto.  
Palmeras del oasis:  
tienda lunada de los peregrinos  
y de los ruseñores de azabache.  
Palmeras de los templos:  
brazos primaverales de Cristo  
que convierten la cruz en almendro.  
Palmeras de los parques, las que juegan  
con los niños á las canicas  
en la cruz de las manos abiertas.

Palmeras españolas,  
escapadas del puerto de Palos  
hechas cruces y velas y proras.  
Palmeras de Levante,  
en cuyas copas se durmió el tornado  
que llevaba Juan Doria en sus velámenes.  
Palmeras de Mallorca,  
que despiden la hiedra del viento  
con el ramaje convertido en honda.  
Palmas de Islas Canarias,  
odaliscas morenas en fuga  
de los negros harenes del Africa.  
Huyendo de la llama del Desierto,  
se refrescan los cuerpos desnudos  
en la piscina azul del Archipiélago.  
Se envuelven en el manto de las olas,  
y para verlas junto al mar, se empina  
el viejo Teide, fumador de auroras.  
Palmeras andaluzas:  
talles flamencos, brazos de saetas,  
verdes ramajes de mantón de chula.  
La luna blanca es la peineta  
que en la Semana Santa de Sevilla  
luce la emperatriz de las palmeras.  
Obscura palma ñáñiga,  
panteón de Sinecanecua,  
en cuyo tronco la serpiente danza.

Verdes palmas criollas,  
infecundas y bellas  
como las hembras de esta hora.  
Media melena al viento,  
y en la mano el peine de estrellas,  
frente al jocundo tocador de cielo.  
El majá, larga rúbrica de plata,  
como enorme pulsera de negra,  
le ciñe el talle y el cogollo abraza.  
Palma insurrecta en que se mella el plomo,  
que le niega su sombra al enemigo  
y se desnuda para el buen criollo.  
Palmas de Jesucristo,  
que en las joviales Jerusalenes  
le rinden su ofrenda al pollino  
que camina con cincha de rosas,  
lleva á Jesús en la celeste albarda  
y en las orejas un tropel de alondras.  
Yo me paro á escuchar la música  
floral en las orejas del pollino,  
mucho más noble que el pequeño Judas.  
¡Y desgajo una palma  
del corazón para Jesús y encuentro  
un lucero que duerme en la yagua!

ALFONSO CAMIN



## Los bellos y expresivos rostros de la pantalla

Este semblante, tan conocido de los aficionados al «cinema», es el de Joan Crawford, artista casi desconocida hace un año y hoy catalogada entre las «estrellas» de primera magnitud de Hollywood, merced á sus incorporaciones maravillosas en «West Point» y «El desconocido»

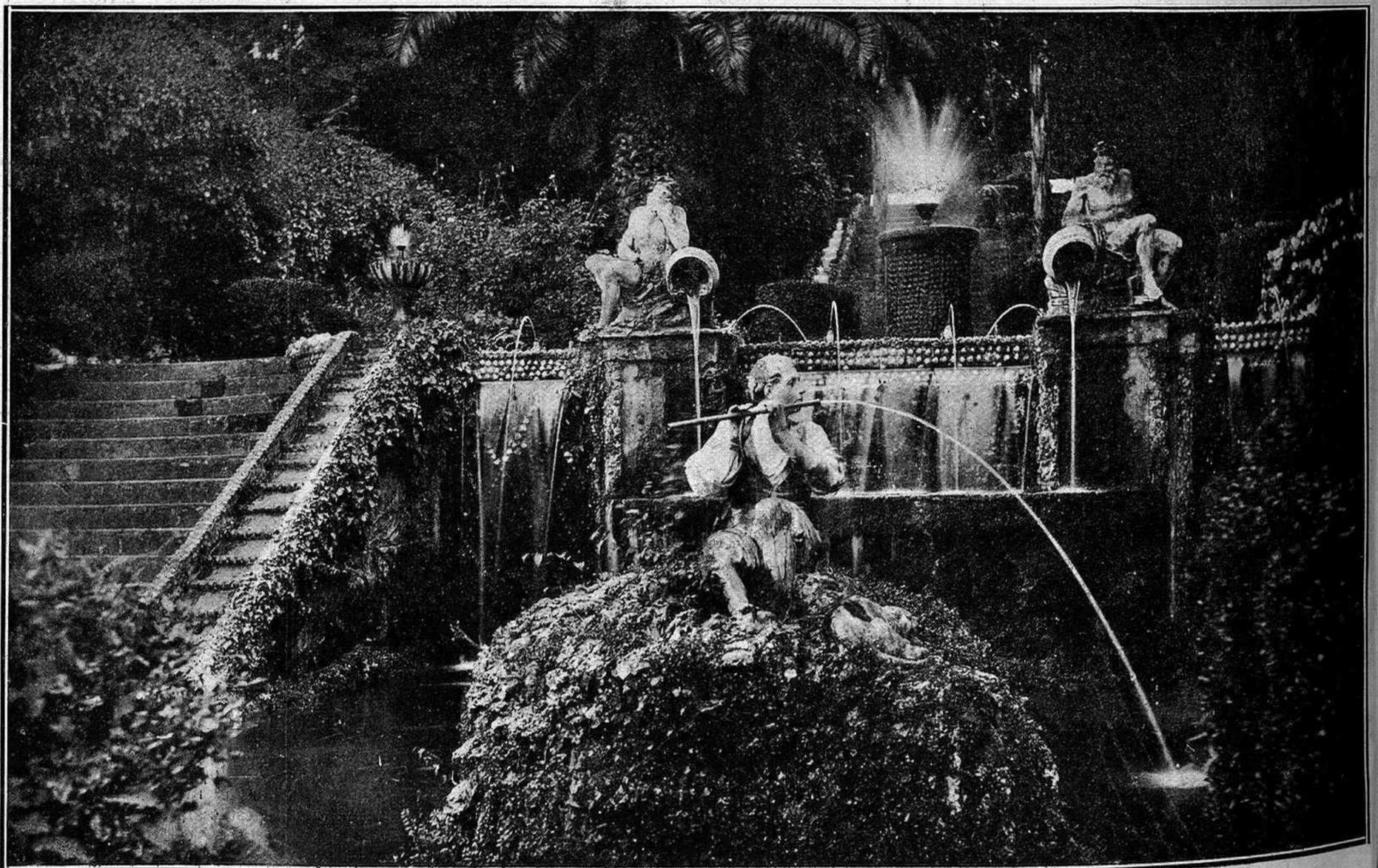


**E L R E T I R O**  
*Un Parque de ensueño  
bajo el cielo azul de Málaga*

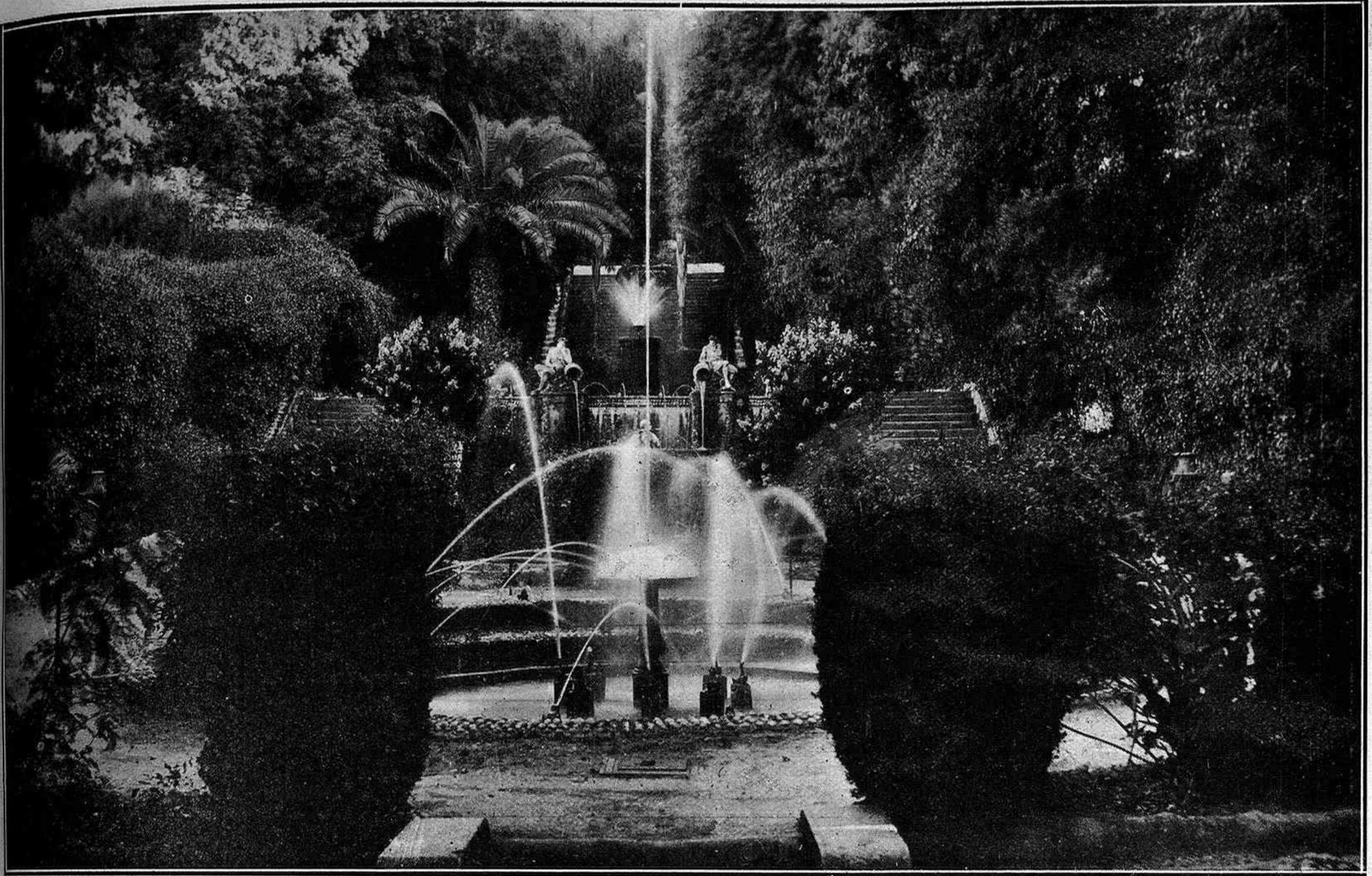
De una tradicional e incomparable belleza son los jardines malagueños. Ahora, sobre todo, bajo la luz clara de la Primavera—en Málaga, donde todo el año tiene la gracia y la belleza de esa estación—, cobran los jardines de la gran ciudad toda su magia deslumbrante. Ved aquí un admirable rincón—«La Fuente de las Ranas»—de la bellísima finca El Retiro, que los marqueses de las Nieves poseen en la capital mediterránea, y que es un verdadero prodigio de luz y de color (Fot. Aguilera)



«La Fuente de las Sirenas», en un rincón del Parque



Un detalle de los juegos de aguas en El Retiro

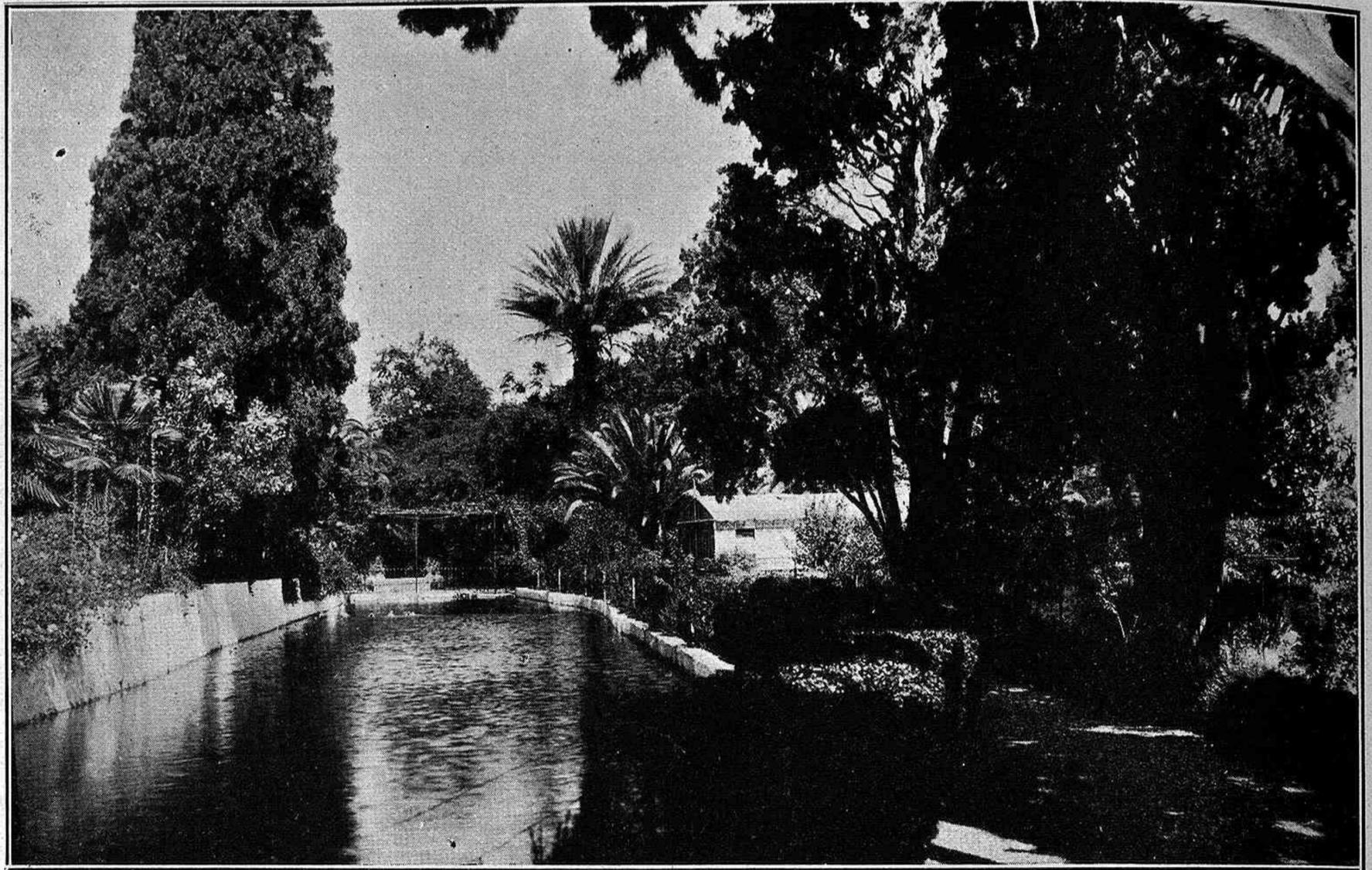


Aspecto de un estanque, y al fondo, las escalinatas principales



Un poético rincón del maravilloso jardín

(Fots. Aguilera)

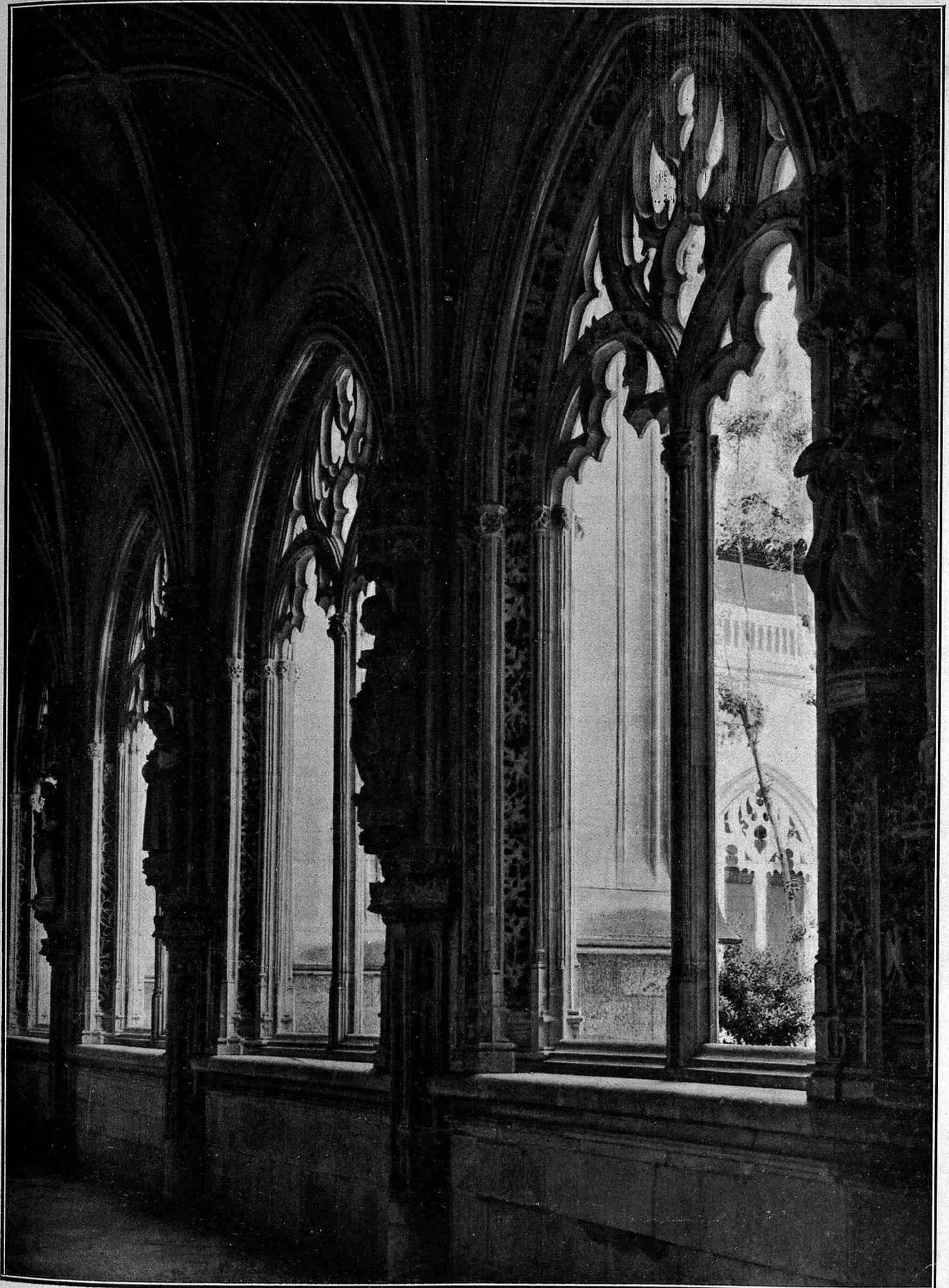


Los jardines y el tranquilo lago de El Retiro



Un rincón de la terraza de la casa-palacio de los marqueses de las Nieves

(Fots. Aguilera)



De la España artística y monumental

Un maravilloso detalle del claustro de San Juan de los Reyes, en Toledo





## CANCION DE GUERRA Y DE AMOR

Salud, preclaros varones que ha elegido la fortuna para añadir nuevos timbres á los laureles hispanos; las legiones vencedoras de la feroz media luna, como en un viejo romance de moros y de cristianos. ¡Salud al noble soldado, salud al fuerte guerrero! En el triunfo de las trompas y los tambores, oid cómo riman vuestras almas al compás del Romancero y se cubre de una nueva flora el sepulcro del Cid. Salud á los que pusieron el prestigio de los patrios pabellones sobre la tierra africana que abrasa el odio ancestral. Salud, preclaras banderas de las brillantes legiones que conocen de la Gloria el áureo beso inmortal. ¡Oh, amor de la Gloria, musa del mármol y del pincel: tu amor, en el corazón es alado, dulce y fuerte! ¡Oh, el ensueño de la Gloria y el siempre verde laurel: tus clarines son los únicos vencedores de la Muerte!

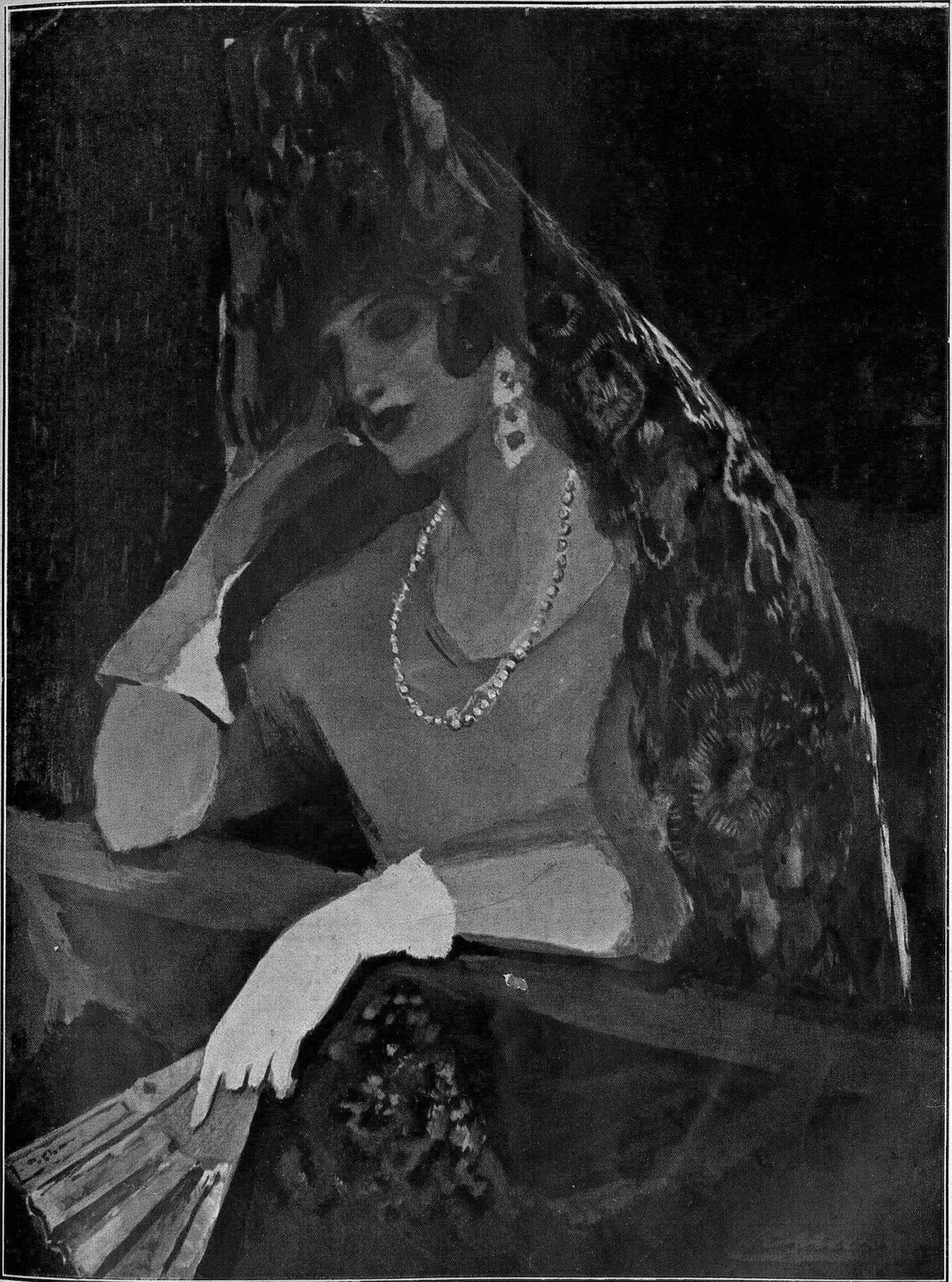
Fuertes brazos, pechos nobles, arrancados á las humildes tareas de la vida de las fábricas, de la paz de las aldeas, que de súbito supieron del horror y la tragedia, y allí mismo cabalgaron el divino Pegaso del Heroísmo. Porque en su sangre tenían la semilla de cien sangres victoriosas, y el alma, como un astro, la leyenda milagrosa de la casta, y sabían de aquel tiempo de las espadas gloriosas que decían en su puño: «Soy de un español... y basta.» Sabían que eran los nietos de aquellos conquistadores que al escudo del solar dieron un rico florón,

á los que echaban las bellas, flores de sus miradores y que á un alma todo ensueño unieron la bizarría de sus garras de león. ¡Alma hispana! Toda ardiente de visionarios anhelos, que entrelazan el Ensueño y el Heroísmo en tu mote. ¡Salud, guerreros de ahora, que saben que sus abuelos son el Cid y Don Quijote!

¡Oh, carne del pueblo, pródiga, que te has vestido en carmines de heroísmo, bien mereces del Romance y los clarines! Aún olfatean los pájaros de la Muerte tu semilla en el trágico dolor de los campos de Melilla. ¡Salud á los que volvieron vencedores á la nativa heredad, que han hecho la santa ofrenda de su carne y su dolor; en el hogar, al retorno, hubo una gran claridad y los labios de la amante se les brindaron tan rojos como una brasa de amor! ¡Los que llegaron, ungidos por los laureles triunfales como adalides de gesta, bienquistos de la Victoria! ¡Salud, insignes banderas de los fastos inmortales, que sois las páginas vivas, oro y sangre, de la Historia! ¡Salve, guerreros de hogaño que ha elegido la fortuna para añadir nuevos timbres á los laureles hispanos, los que tornasteis triunfantes de la Muerte y de los odios de la feroz media luna como en un viejo romance de moros y de cristianos!

EMILIO CARRERE

(Dibujo de Bujados)

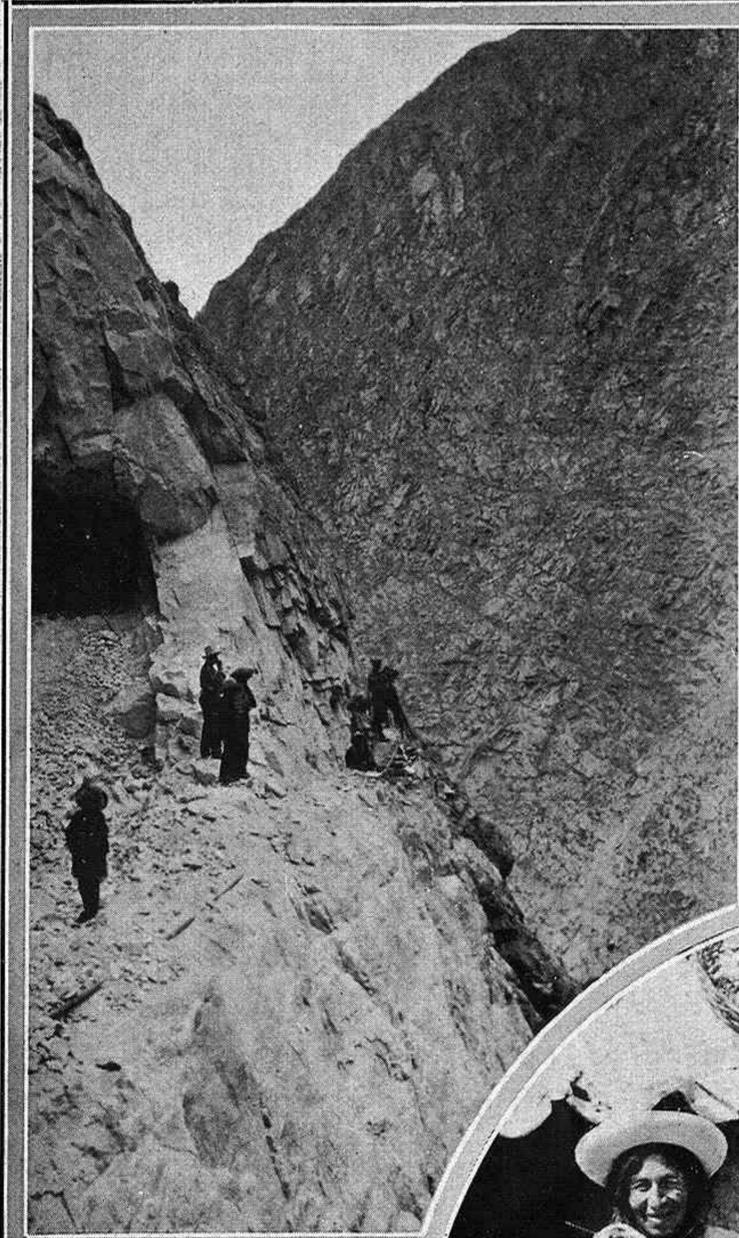


«Tarde de toros», dibujo original de Ricardo Marín

## A TRAVÉS DEL MUNDO

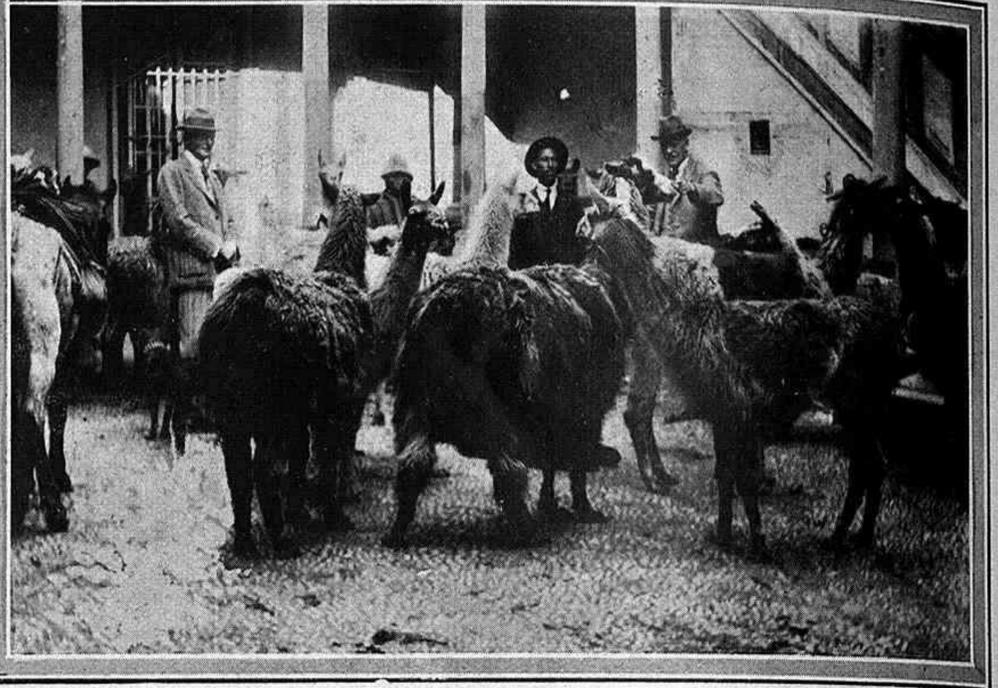
## La llama de los Andes desaparece arrollada por el automóvil

NADIE podría sospechar que entre las múltiples causas que al correr del tiempo originan la desaparición de las especies zoológicas, habría de figurar el automovilismo. Esto va á ocurrir con el utilísimo camélido que lleva el nombre de llama, y que en la región andina del Perú comparte con la alpaca, el guanaco y la vicuña la soberanía de los riscos inaccesibles de la cordillera, proporcionando á los indígenas no sólo grandes provechos como elemento de transporte barato y seguro, sino también por el aprovechamiento de su lana. Pudiera decirse



Un sendero típico y peligroso entre las casi inaccesibles aldeas de los Andes. El actual Presidente, Sr. Leguía, tiene el propósito de ensanchar tales caminos volando la roca, que es el único procedimiento para que por ellos algún día puedan rodar los vehículos modernos

que la vida del indio peruano descansa entera sobre la explotación de la llama. Y se comprende que así sea. La llama no es costosa de adquirir (el tipo medio de cotización es de unos cinco pesos de nuestra moneda); se somete dócil á todos los trabajos y apenas exige cuidados lo mismo en lo que á la alimentación se refiere que en lo relativo á estabulación y cría. Como bestia de carga es insustituible en la región donde se utiliza. Llevando sobre sus lomos cargas de 40 ó 50 kilogramos hace recorridos



Un comprador pidiendo los precios de las llamas que le ofrecen en una de las plazas de Huancayo, ciudad de los Andes, á 11.000 pies de altura, que es uno de los más importantes mercados de la llama del país

diarios de medio centenar de kilómetros á través de senderos de montaña, punto menos que impracticables y casi siempre bordeando terribles precipicios. Llegada la época del esquila, cada llama rinde aproximadamente seis libras de lana de excelente calidad, que tratada en los telares por las mujeres indias, provee al pueblo de ponchos y otras prendas típicas peruanas. No termina ahí, sin embargo, la utilidad de la llama. Su carne, fresca ó seca, constituye, con el arroz y las habas, la base de la alimentación de los indios montañeses, que aprovechan del docilísimo animal hasta los huesos y el estiércol, convirtiendo los primeros en husos y canillas para sus telares arcaicos, ya usados por los primitivos incas, y el segundo en magnífico abono y en combustible para los hogares campesinos.

Pero los tiempos cambian, y con ese eterno mudar de cosas y costumbres le ha llegado á la llama peruana la hora de su desaparición como principal elemento de vida. Ya la construcción de los ferrocarriles andinos, aunque cortos en número, habían dañado notablemente los transportes á lomo de llama, y en particular los que tienen por su más importante mercado las minas de cobre y plata. Mas con ser de gran monta el daño inferido por las líneas férreas á la clase de transporte de que nos ocupamos, no representó la ruina del viejo sistema en la forma radical que había de realizarlo el vasto plan de carreteras andinas (unas ciento cincuenta aproximadamente) emprendido por el Gobierno del Perú, y que está destinado, sobre todo, al mejor servicio del tráfico mecánico. En explotación ya

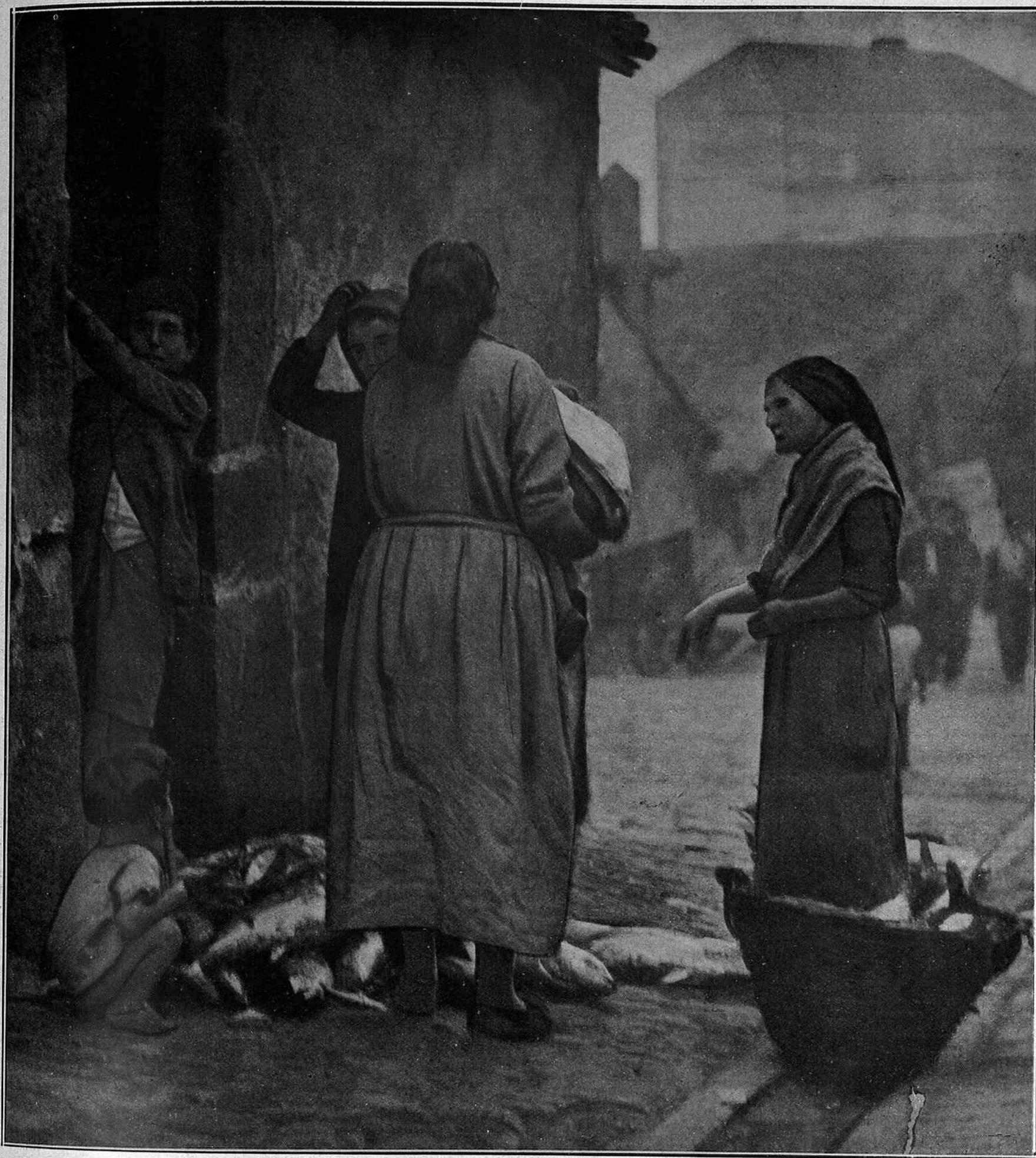
algunas de esas carreteras de montaña, iri rese fácilmente que el llamado «camello de los Andes», vencido por la competencia del motor de explosión y del caballo de vapor, vaya desapareciendo de la vida económica del país. De lo que en ésta significaba la llama, dará idea esta sola cifra: hasta el año 1925 se calculaba en unos 3.000.000 las llamas y alpacas destinadas á la industria de transportes.

El indio peruano ha de ver con honda pena, cómo va extinguiéndose año tras año el altivo y noble animal, que, aparte de representar en la vida de muchos millones de individuos la principal base de sustentación, tiene también una significación tradicional y sagrada. Según la leyenda incaica, el altanero aspecto de la llama se debe á que en este rumiante se refugió el espíritu de Atahualpa—el último emperador inca, mandado ahorcar por Pizarro—, para que los conquistadores blancos tuvieran eternamente á la vista, con la actitud orgullosa del camélido sometido á su servicio, la protesta del desposeído soberano contra la invasión y el ajusticiamiento.—D. R.



Una choza típica de la alta sierra del Perú. Las dos indias están tejiendo la lana de las llamas con que se fabrican todos los vestidos de la familia (Fots. Fitz-Gerald)

## FOTOGRAFIA ARTISTICA



## COMPRA DEL BONITO EN GIJÓN

Las gentes de mar han sido constantemente, y desde antiguo, modelos predilectos para los pintores.

Figuras pintorescas en extremo, sobre ellas flota siempre, aun en los momentos de mayor calma, un viento de tragedia: reflejan el terrible misterio de los abismos insondables, y no hay artista que resista á la atracción de lo misterioso.

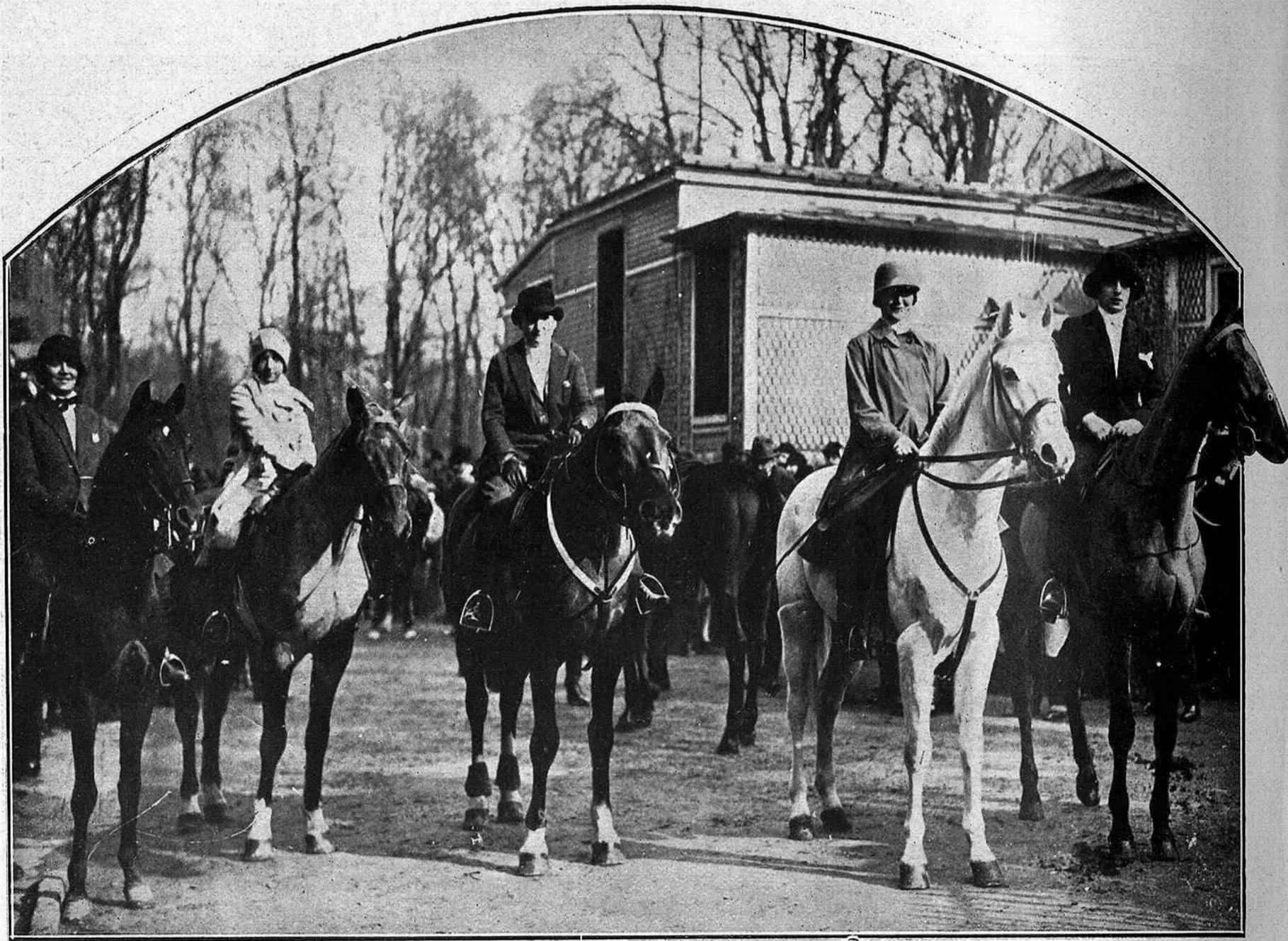
Las gentes que viven del mar y para el mar han sido cantadas por los más grandes poetas, y han brotado con fuerza de evocación potente de las más brillantes paletas.

La fotografía artística había de sentir forzosamente la misma atracción, y así son numerosos los fotógrafos que han encontrado ó han sabido componer verdaderos y hermosos cuadros que son trozos de vida arrancados á la realidad.

Uno de esos cuadros es el que reproduce el grabado que publicamos en esta página: una escena vulgar y corriente en las cercanías de los puertos pesqueros, pero que tiene una indiscutible belleza.

La venta de la pesca es la vida de muchas gentes humildes, miserables casi siempre, cuyo pan tiene la amargura de las aguas salobres: luchan las pobres vendedoras para lograr un máximo margen de ganancia, y el marinero, que luchó exponiendo su vida sobre la barca, defiende, para acrecentarla, la ganancia que logró.

José María Mendoza Ussía, un fotógrafo artista, ha sorprendido una de esas escenas, y la actitud y el gesto de las figuras que en ella intervienen muestran bien los sentimientos que agitan sus almas.



Las cinco concurrentes del raid París-Cannes, al salir de la puerta de Choisy, para dar comienzo á la formidable cabalgada de mil kilómetros

MISS Gaïatry, bailarina indostánica, tiene dieciséis años; pero es tan pequeña y frágil, que no parece mujer y que, vestida con su ambiguo traje de equitación, sugiere esta pregunta: ¿niño ó niña?...

... Y, sin embargo, muñeca exótica y un poco enigmática, miss Gaïatry es hoy la heroína del inverosímil raid París-Cannes: mil kilómetros á caballo, en doce días.

Para intentar la prueba, salieron á un tiempo de la puerta de Choisy cinco amazonas: madame Féraud, miss Cody, mademoiselle Grossi, miss Wedd y miss Gaïatry. Pero á Cannes sólo llegaron, en el plazo propuesto, la pequeña Gaïatry, en primer término, y Raquel Grossi, en segundo lugar. Raquel Grossi tiene diecisiete años, nada más, y miss Gaïatry, ya lo dije, acaba de cumplir los dieciséis. Raquel Grossi montaba un caballo de circo. Miss Gaïatry había alquilado, pocas horas antes de comenzar el raid, el caballo *Colibri* que la condujo á la victoria. Madame Féraud, miss Cody y miss Wedd, mujeres hechas y derechas y amazonas expertas, cabalgaban sobre *Lowe Set*, *Stuart* y *Yarmouth*, prestigios hípicas. La victoria de las *pequeñas* y de sus absurdas monturas ha sido, por lo tanto, el triunfo de la juventud y la improvisación...

•••••

En Cannes, todo son homenajes y fiestas en honor de la señorita Gaïatry y de la señorita Grossi... La ciudad mediterránea sólo ve en las amazonas victoriosas la traviesa gracia de dos chiquillas que un buen día abandonaron las avenidas del Bosque para lanzar sus caballos á galope tendido sobre un gran camino del mundo... La ciudad mediterránea, llena de sol, optimista y benévola, no deduce del raid femenino consecuencias trascendentales, y, sin reservas, ofrece

## PARIS

### *La amazona augural, su trascendencia y su secreto*

á las heroínas obsequios y banquetes, bailes y flores...

París, en cambio, bajo sus brumas, medita, murmura, discute... Y dos opiniones, en parte contradictorias y en parte coincidentes, prevalecen entre las mujeres á quienes el caso importa: una opinión es la de la «carnívora deportiva»; otra opinión es la de la «vegetariana intelectual». Ambos tipos de mujer pertenecen á ese *tercer sexo* creado por la evolución muscular ó por la evolución cerebral... En cuanto á la «mujer-mujer», preocupada de su marido, de sus hijos y de su modisto, sólo tiene para las hazañas de las conquistadoras masculinizantes un comentario desdénoso y breve: el parisiense —*M'en fiche!*

•••••

La «carnívora deportiva»—pleno vigor de los veinticinco ó de los treinta años—toma la ducha fría todas las mañanas, fricciona su cuerpo de atleta con un guante de crin, hace gimnasia, se viste someramente, conduce con temeraria habilidad su seis cilindros, sabe nadar, aprende á volar, y á la hora de comer se las entiende, ella

sola, con una ración de asado que bastaría para alimentar á una familia... Con esto es fuerte, sana y eminentemente práctica... Para ella, las consideraciones de orden sentimental aparecen tan desusadas é inútiles como podrían serlo un polisón ó un miriñaque en la moderna indumentaria...

... Y opina: —Ir de París á Cannes, á caballo, en doce días, galopando y trotando ochenta kilómetros por jornada, es, sin duda, una maravillosa prueba deportiva. En las maniobras del ejército, las jornadas son de cuarenta kilómetros, nada más, con descanso de un día completo sobre cada cuatro de marcha. Las amazonas del raid hípico han demostrado que poseen energía y resistencia mayores que las de los jinetes más avezados... Pero todo esto es perfectamente inútil... ¿A qué ir á caballo desde París hasta Cannes en doce días, si el mismo recorrido puede hacerse al volante de un *auto* en doce horas?...

•••••

La «vegetariana intelectual»—otoño de los treinta y tantos ó de los cuarenta y tantos años—teme al agua fría y á la luz intensa, práctica, á manera de gimnasia, el *maquillage*; se viste complejamente, con artes de una elegancia que no es sino disimulo; anda mucho á pie, para quemar grasas, y á la hora de las comidas se impone un régimen que es de tormento... Para ella, las ternuras fueron también á reunirse con los polisones y los miriñaques en el desván de los recuerdos; pero ese desafecto no es vacío creado por el dinamismo absorbente, como en la deportiva; es tan sólo estatismo ó egoísmo, ya...

Y opina: —Ir de París á Cannes, á caballo, en doce días, supone un magnífico alarde de fuerza



Miss Gaïatry, la bailarina indostánica ganadora del raid de mil kilómetros, con su caballo «Colibrí» y la tortuga viva que le sirvió de amuleto durante la expedición. Miss Gaïatry acaba de cumplir dieciséis años

bres sonríen... Los hombres saben que existieron civilizaciones cuya base fué la autoridad de la mujer, y que el matriarcado impera todavía entre algunos pueblos... Los hombres saben cuanto la leyenda refiere de las Amazonas, hijas de Marte, á quienes temían y combatían los Hé- roes... Al término de sus luchas, las Amazonas y los Héros se amaban... Y en las sociedades matriarcales, la hora del amor es también la hora del hombre...

•••••

Bajo sus brumas, París medita y discute el alcance que pueda tener, allende sus mil kiló- metros de cabalgada, el *raid* de Cannes... En tanto, la ciudad mediterránea, llena de sol y de optimismo, sólo ve en la feliz aventura de miss Gaïatry y de mademoiselle Grossi un motivo de diversiones y de fiestas: un motivo que tal vez haya sido la única, intrascendente y sencilla razón que llevó á las dos heroínas por su fatigoso camino de epopeya...

ANTONIO G. DE LINARES

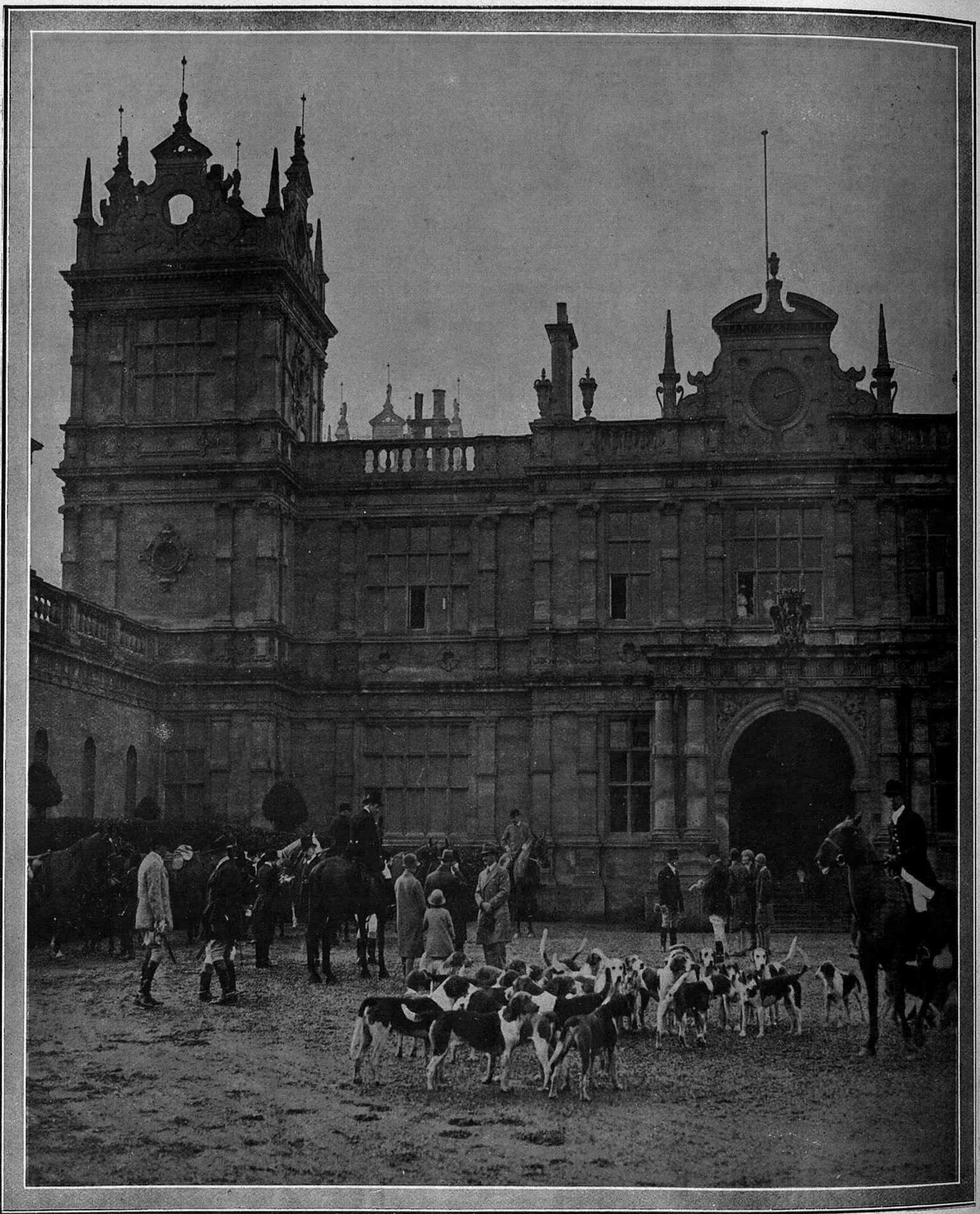
París, 1928.

Mademoiselle Raquel Grossi, de diecisiete años, que terminó segunda el raid Paris-Cannes, con pocas horas de diferencia sobre Miss Gaïatry

y voluntad que viene á probar, una vez más, la capacidad de la mujer para los más rudos em- peños... Esa significación moral del *raid* es lo único digno de atención, ya que en sí mismo el hecho, desprovisto de todo interés, no cuenta...

Bello gesto inútil, para unas; para otras, ges- to augural, y para la mujer-mujer, preocupada de su marido, de sus hijos y de su *garde-robe*, una excentricidad de la que no vale la pena de hablar.

⌚ Queda la opinión de los hombres... Los hom-



Preparativos para la partida de caza. Ante la portada del castillo de lord Dalmeny, la trailla de perros espera impaciente el momento en que los discípulos de San Huberto emprenderán la cinegética excursión

## TEMAS DEL DEPORTE

**N**UEVAMENTE, los animadores de estas preciosas estampas deportivas tienen ocasión de emprender las cinegéticas excursiones. Son cuadros á todo color: caballos apropiados para marchar al paso y hacer veloces carreras por caminos fáciles ó entre breñas y trochas, á los que los ingleses llaman *hunters*; perros de raza especiales, agrupados por traillas, pertenecientes á las especiales destinadas á la caza y divididos en grupos que pueden relevarse cuando algunos se hallan algo cansados y no son efica-

ces para la persecución de las fieras; personal numeroso y acostumbrado á estos lances, que se encarga de las jaurías, de atender á los cazadores, de hacer sonar los cuernos con todos los diferentes motivos propios de cada instante y que anuncian los incidentes de la persecución...

Tal es el aparato de esas partidas de caza mayor, en las que tantos maestros se inspiraron para pintar lienzos maravillosos.

Este grabado que ilustra nuestra plana, es

## CINEGÉTICA É HIPICA

él mismo otro bellissimo cuadro, que la máquina fotográfica copió del natural.

La hípica tiene emociones incomparables; aspectos sin parangón con los que pueden ofrecer los demás deportes.

Las carreras de obstáculos más importantes, aquellas en las que participan los más diestros jinetes sobre los caballos ágiles, educados para los difíciles saltos, proporcionan instantes como este que ha sujetado el objetivo: la doble caída de los participantes más veloces cuando esta-



En la prueba hípica de obstáculos, el salto de la fingida ría es uno de los temas de emoción más viva, cuando todo el pelotón coincide, como en este momento gráfico, al iniciar el violento esfuerzo

ban á dos pasos de la meta codiciada. Son bur-  
 las de la pista: del pelotón numeroso en el que  
 la mejor sangre iba pilotada por los *jockeys* más  
 hábiles, para dar como consecuencia uno ó dos  
 favoritos de la *cátedra*, por un ligerísimo despis-

tè, queda fuera de combate un caballo; pero  
 ese arrastra en su fallo á otro, y éste al que con-  
 taba con las mayores probabilidades... y la más  
 fuerte carga de apuestas.

Casualidades del azar, ó burlas del hípico des-

tino, que proporcionarán indignaciones generales  
 de todos aquellos que confiaron su suerte y las  
 pesetas de los boletos rojos, amarillos ó verdes, á  
 aquellos frágiles caballitos que tanto se semejan  
 á los otros de la irónica ruleta de los casinos.



Una doble y aparatosa caída durante la reciente carrera en el Hipódromo de Kempton, con ocasión del «Gran National»

(Fots. Agencia Gráfica)

## VIDA ARTISTICA

## EXPOSICIONES EN MADRID

ELÍSEO MEIFREN

CADA año visita Madrid Elíseo Meifren con sus paisajes catalanes y mallorquines. Es una amable ofrenda de luz y de color, siempre estimada por su legítima valía.

Meifren conserva un espíritu lozano y una visión juvenil, vencedores del tiempo. Incluso pudiera añadirse que descubrimos nuevos avances evolutivos dentro de esa trayectoria optimista que traza su arte sobre los motivos amados desde antiguo: el pueblecillo pesquero de Cadaqués; la áurea isla balear.

En la Galería Nancy, el veterano pintor ha reunido veinte paisajes. Todos resueltos con esa finura de matices, con esa gracia de toque peculiares al maestro catalán.

Aun estaba reciente el recuerdo de su buen envío á la Exposición de la Agrupación de Paisajistas en el Círculo de Bellas Artes, cuando estas notas más exiguas de tamaño, pero tan henchidas de estética certera, que aquellos lienzos ratificaban el placer de contemplar los asuntos homogéneos, resueltos con tan encantadora y personal manera.

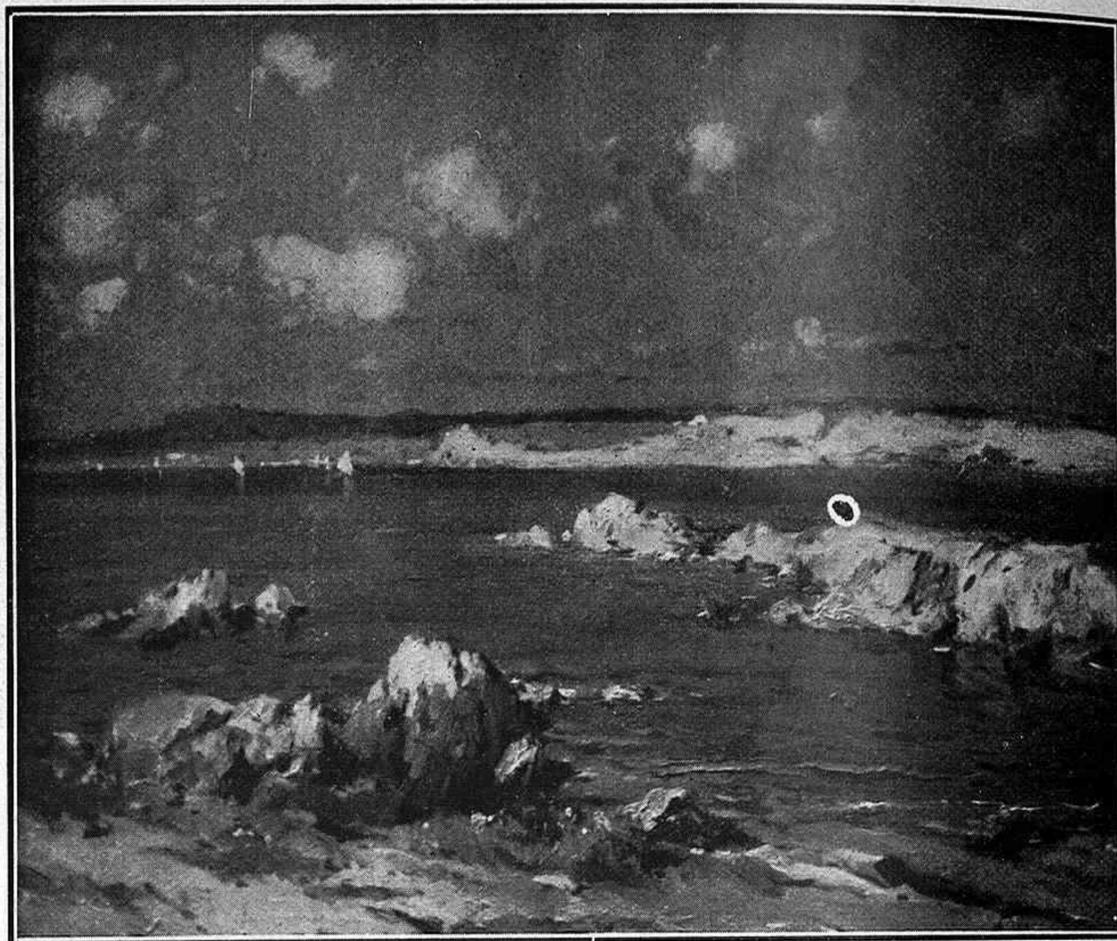
Las «amonías», los «reflejos» de Meifren, como él gusta de titular, modesta y abstractamente, muchas de sus obras, evocan ante la mirada del contemplador rincones característicos de ese Cadaqués afable y sonriente esparcidos por el artista á través de los Museos y pinacotecas particulares del mundo: *Port Alqué*, *El Pianch*, los grupos de casas humildes desdoblándose en las aguas tranquilas; las siluetas panzudas de las barcas semiacostadas sobre la arena; los nocturnos misteriosos y enlunados.

Pero además, cual ya se ha dicho, las notas mallorquinas de mar ó de interior: el olivar milenar de Valldemosa, las calas feéricas, las ensenadas suaves, los altos celajes.

Y todo ello realizado por esa romántica, por esa lírica exaltación de poeta que no deja nunca de poner en sus obras Elíseo Meifren.

ANTONIO BERNI

En otra sala de la misma Galería Nancy, un joven pintor argentino, Antonio Berni, desnuda



Ría Fuenterrabía cuadro de Eliseo Meifren

audazmente los testimonios fértiles de su inquietud insatisfecha.

Acaso pocas exhibiciones de las últimas que Madrid ha presenciado tenían este valor de no sentirse dominado el artista por el halago ajeno, y, sobre todo, de placearlo con esa arrogancia juvenil. Pero acaso también pocos pintores íntegramente, capacitadamente tales, como este Antonio Berni, que sonreía en medio de las contradictorias muestras de su talento positivo.

Sólo conocíamos de él, antes, un paisaje urbano, una finísima evocación en grises del madrileñísimo sitio llamado Puerta Cerrada. Pero ahora le reencontramos estética y técnicamente muy lejos de aquel cuadro.

El artista persigue los valores pictóricos puros, la restitución manual y visual á las calidades pictóricas primigenias. Francia—más concretamente: París—, Italia—más concretamente: Florencia—han pasado por el artista, yendo el artista á pasar por ellas. Se asimila de influencias lo que puede engañar por demasiado externo, siendo así que es muy íntimo y entrañable.

Pero en el fondo resurge el colorista personal á quien los grises, las finezas griseas de la paleta española no abandonan.

En esta Exposición, el inseguro ó el frívolo, el enjuiciador por sistema ó por pasiones enroladas gregariamente, nada tiene que hacer ni comprender. Se aturdiría ó se enfurecería (ó se reiría, que es más estúpido) de esos antitéticos, al parecer, esfuerzos por dispares normas. No estimará bien cómo pueden aliarse afanes por la estampa popular, el florentinismo místico, la pompa tizianesca, la violencia cromática mediterránea y hasta el *utrillismo* adaptado á rincones de Madrid.

En cambio, el que sepa descubrir en la firme y constructiva línea, que no deja de haber nunca en cuanto exhibe ahora Antonio Berni (lo mismo en sus dibujos delicadísimos que en sus cuadros «agresivos»), la sensibilidad vibrante del artista, debe permanecer ante las obras y les irá hallando nuevos motivos de excelencia.

Ahora bien: ni uno ni otro, ni el espectador frívolo de la primera mirada que se encoge de hombros, se encoleriza ó se ríe; ni el espectador inteligente que reitera su atención y busca el sentido de cuanto le disgusta de pronto ó le atrae espontáneo, harán mal en juzgar á Antonio Berni en un convencimiento definitivo.

Nada más lejos de lo exacto. Ya se dice antes. Antonio Berni no ha ocultado las etapas, las rutas transitorias y momentáneas. Está en la plazoleta ó la encrucijada número tantos ó cuantos de las que todavía le aguardan. De ella surten senderos que gustará de recorrer hacia delante ó hacia detrás. Le hallaremos de nuevo en la pró-



«Armonía azul» (Mallorca), pintura de Eliseo Meifren

xima con el mismo proteico afán en su obra é igual sonrisa irónica en sus labios.

EMMANUEL D. BERÉNY

Emmanuel D. Berény es un pintor húngaro que reside hace varios años en España; pero que no ha dejado de buscar los contactos con su país natal y con Francia. Es, además, un espíritu ávido de aprender y de aprehender nuevas cosas y revelaciones inéditas.

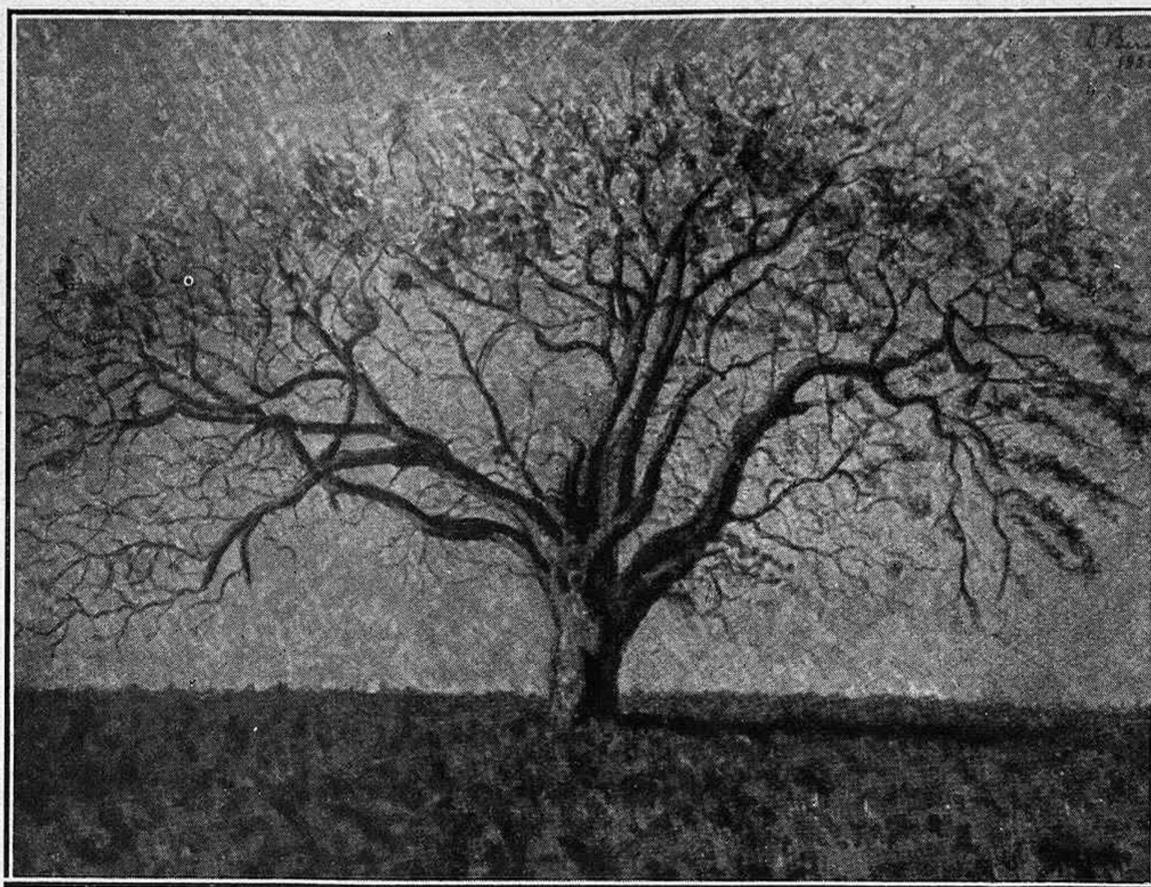
De cuando en cuando reúne el fruto de varios meses de trabajo, y lo exhibe en conjuntos como el reciente del Museo de Arte Moderno.

Muy numeroso, le componían obras de ayer —un ayer todavía próximo, dada la juventud del artista— y de hoy. Se puede seguir á lo largo de estas obras el camino recorrido por el artista hacia una liberación de prejuicios, donde le aguarda el sosiego fatural, la limpidez tranquila, no del todo exenta de turbiezas en otros cuadros nacidos al primer choque con la lección española.

Una gran variedad temática informaba también la Exposición Berény, como resumen y muestra de su obra general. Retratos, paisajes, floreros, naturalezas en silencio, dibujos para la gente que le gusta «salir bien», y dibujos, por el contrario, para ser mostrados sin rubor á los artistas.

Desde luego, lo más considerable era el *Retrato del teniente Garzon*, y, por fortuna para su autor, lo último que ha pintado. Es un lienzo concebido y resuelto con amplitud y justeza. Limpio de color y recio de dibujo.

Después ha de mencionarse el lienzo titulado *Tricentenario*, que representa un viejo árbol solitario, y en cuyo lienzo el artista se propuso un problema de vibración lumínica bastante logrado.



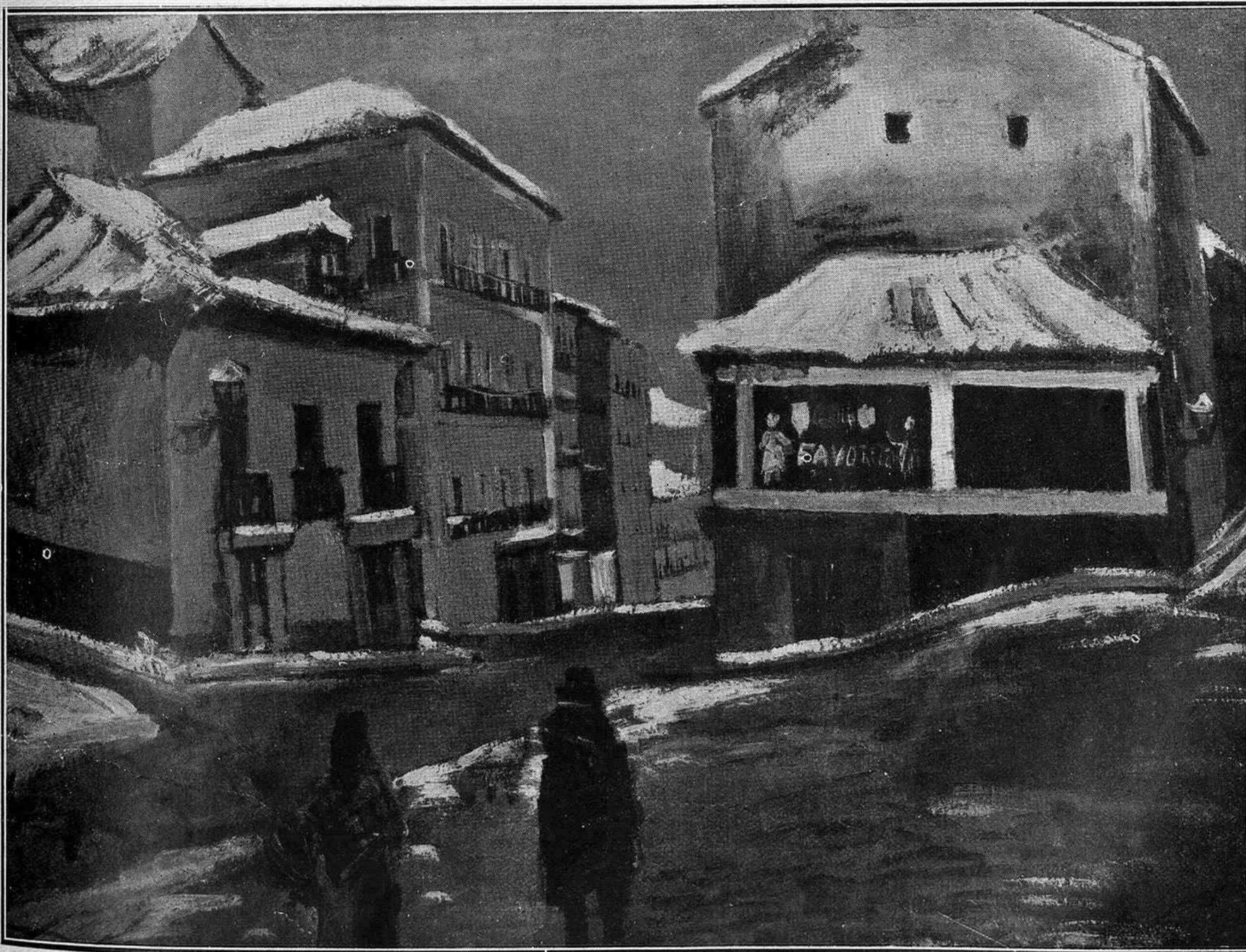
«Tricentenario», por E. D. Berény

Importa añadir á esos lienzos el retrato de Mrs. Baker, original y atrevido de composición, y el titulado *Ensimismamiento*.

Pero, además, encontramos en la serie de ma-

rina y paisajes bretones algunas admirables, en las que se descubren las dotes de notable pintor existentes en el Sr. Berény.

SILVIO LAGO



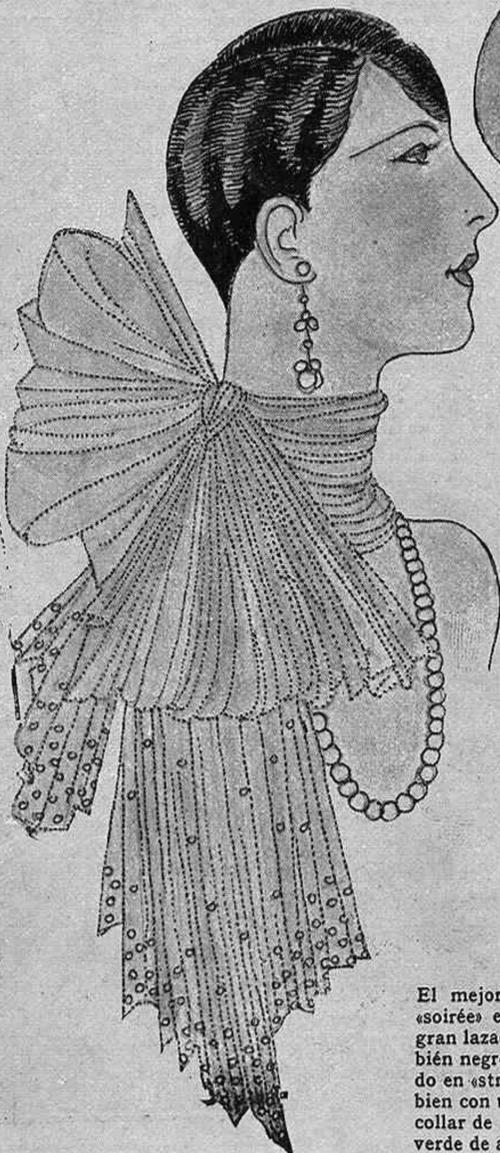
«Día de nieve en Madrid», por A. Berni

# Elegancias

VARIACIONES  
DE PRIMAVERA

La moda actual es arbitraria, desenfada y original. He aquí diversos detalles de ella que lo confirman. El sombrero es de «satin» negro resplandiente y su forma se adapta con toda perfección á la moda de los cabellos muy recortados. El boa está formado de largas plumas de aves truz semirrizadas y teñidas en distintas tonalidades grises metálicas. El bolso y los guantes son de antilope en tonos grises, plata, «beige» claro y tabaco

LEGÓ la primavera, y por ella y para ella, los artistas del indumento se dan á armonizar y fundir líneas y colores resueltos con telas vaporosas y tonos suaves; pero, al parecer, los creadores de las galas femeninas se disponen á proporcionarnos sorpresas y emociones insospechadas trocando por completo la moda actual. Tal lo declaran las mayores au-



El mejor adorno de un traje de «soirée» en terciopelo negro es una gran lazada en tules de seda también negros, con un finísimo bordado en «strass». Esto combinará muy bien con unos pendientes y un largo collar de piedras del Pirineo de un verde de agua de mar y mascasitas



El fieltro, «crustado» es una de las modas en los sombreros. Este modelo va hecho en tres tonos distintos de un azul agrisado

toridades de la costura. Sin embargo, de todo lo tan deseado é imprevisto, algo nos han adelantado los modistos más en boga respecto á lo que ha de llevarse, y así nos aseguran que la nueva línea en el vestir femenino hará resaltar las perfecciones y encantos de la mujer, conservando, desde luego, un principio de pureza y honestidad. El talle se mantendrá alto, como hasta aquí ha venido imperando, complementando la falda, que, desde luego, será más amplia, para dejar á las piernas en toda su libertad, recubiertas tal vez, y en gracia al mantenimiento del pudor, por vuelos y plisados más largos. He aquí la esencial característica en lo que á la silueta se refiere. La línea propende á amplificarse, perdiendo rigidez, ampliación lograda en los costados y en el delantero por plisados ó volantes en espiral ó en línea horizontal, habiendo quedado los tableados tan sólo para los trajes de *sport*, los que todavía se valen del *sweater* y del *pull-over* para formar el modelo acogido hasta la fecha, con mayor entusiasmo, por las dominadoras del gusto en el indumento deportivo.

Respecto á tonalidades, ha de llegarse á no ideadas combinaciones y armonías, y á riquezas ó sobriedades cromáticas, no previstas. No obstante, se trata de que impere en el color no lo excéntrico ni extravagante, sino lo equilibrado y ajustado á uno ó varios tonos. Tiéndese con ello á buscar y encontrar una personalidad que aleje por completo el criterio norteamericano del modelo de serie. Como canon adóptase por nuestras elegantes la norma de aunar á la simplicidad de una línea semihelénica una coloración poco detonante.

Y en esta lucha de tonos habrá uno que como todos los años sostenga su preeminencia. El color verde impone su dominio, y lo impone en toda su gama, aunque desechando desde luego de sus distintos cambiantes la entonación cruda. Las preferencias se tienen para las coloraciones desvaídas, pálidas..., tímidas..., y por tal razón, en el indumento de las elegantes imperará el verde agua, el verde gris y el verde nilo, que tan bien pueden armonizar con el negro, con el gris de topo y con el siena tostado.

Pero si en lo que al vestido de mañana y tarde se refiere lo sencillo es el principal factor que lo inspira, no así en lo que concierne á las *toilettes* de noche y á los abrigos ó salidas de teatro, en las que se buscan y resuelven las mayores suntuosidades y las más esplendentes aplicaciones en bordados y adornos, y á las que ha sido preciso, para distinguirlas por su extraordinaria suntuosidad, darles un nombre en el que se sintetiza una idea de forma y color, y por ello los tiranos de la moda nos hablan del modelo «Cubiste», sinfonía casi siempre en blanco y negro; el «Turquestán», ampulosa combinación cromática en oro y blanco; el «Himalaya», evocación por su blancura total de las eternas nieves que cubren la ingente montaña, y el «Evia» y «Tentación» y el titulado «Hommage a Rousseau», de lar-



De este grupo de la parte superior, el modelo de la izquierda ofrece á la vez un abrigo y un traje de noche. El abrigo es brochado, en cobre y marrón. Está hecho con un tejido de hilos metálicos, guarnecido con pieles de «kolisly». El traje es de crespón «georgette beige», con algunos bordados en perlas. El modelo del centro es de terciopelo-crespón rosa pálido, sin otro detalle de adorno que sus bellos drapeados. El traje de la derecha es, finalmente, también de terciopelo-crespón negro, con bordados en tonos rosados y grises



De estos dos modelos de la parte inferior, el primero, elegantísimo, está hecho en crespón romano azul agua marina, con bordados en cristales diminutos del mismo color. El segundo modelo es de crespón «georgette» negro, profusamente adornado con plaquitas de acero

guísima falda, del más puro corte francés, y en el que se aunan y confunden todas las gracias del indumento del XVIII. En lo que á las tocas se refiere, el sombrero de paja, á pesar de la insistencia con que el de fieltro se mantiene, hasta lo muy avanzado de la *saïson*, conserva su graciosa forma *cloche*, enriquecida con ribetes y aureolas, á las que el oro y la plata prestan, con sus vivos cambiantes, valor indecible. Figúranos un *casque* verde nilo ó frambuesa ornado con rico galón de oro ó plata vieja. Y no sólo del metal se vale la toca de paja para resolver con opuestas tonalidades la finura de su primitiva condición, sino que también busca en el *écharpe* de *tissu* frágil y aïroso elemento con que guarnecerse, é impera en tales complementos el motivo oriental, generalmente de reducida dimensión y estampado ó bordado en tonos vivos. Ha pretendido con ello truncarse un tanto la enfadosa simplicidad de la toca, haciendo así que su línea sea más movida, más variada y más atractiva á la vista.

No quiere decir esto que el sombrero de paja excluya otras formas; muy al contrario; en el rigor del verano la *Pamela* triunfará seguramente, formando adecuado marco á los rostros tostados por el aire y el sol de los montes y las playas, y será bello complemento á los vaporosos y sutiles vestidos de crespón estampado de encaje y de *taffetas*. Una de las novedades de la forma *Pamela* es la de que éstas aparecerán en gasa ó paja totalmente negra, particularidad que desde hace varios años no se había señalado, y sobre su entonación oscura resaltarán de modo violento las aplicaciones y adornos de *tissus*, las que en forma de caprichosos lazos se anudarán á un lado. Los primeros modelos de la nueva fase del tocado han sido acogidos con ver-

dadero entusiasmo por las escasas defensoras de los cabellos largos, en oposición á las mantenedoras recalcitrantes del peinado á la *garçonne*, las que aún pretenden con el nuevo modelo «Turban» justificar la gracia de su melenita.

I. DE P.

APAO-BRIME-927

## ORIENTACIONES NUEVAS

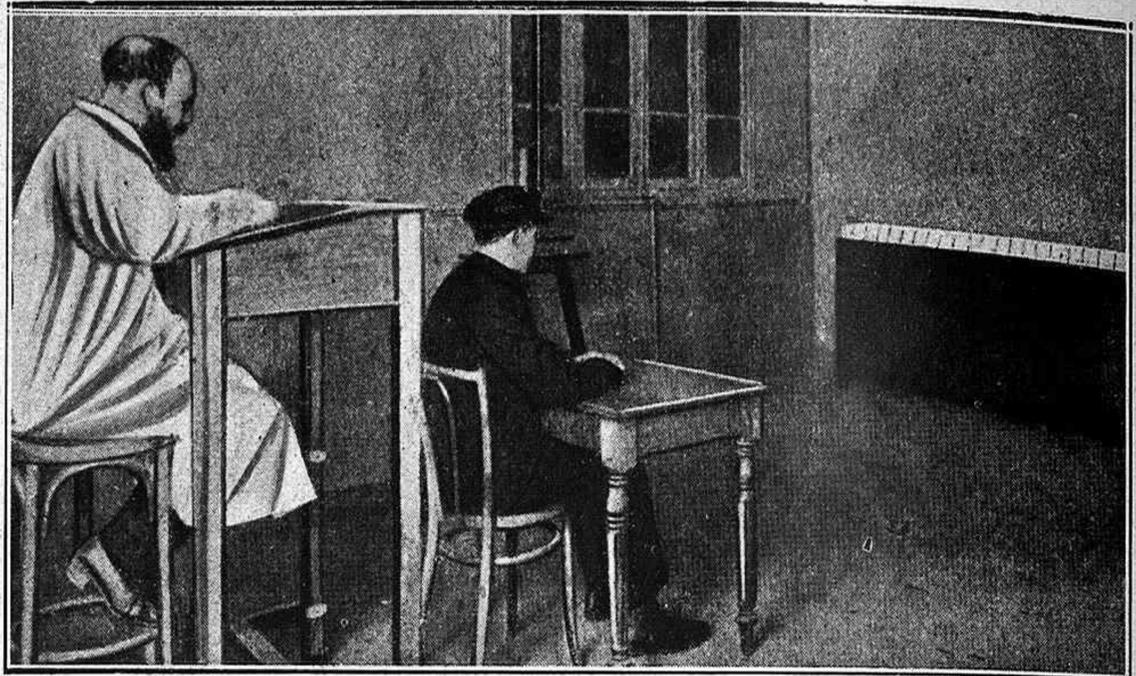
## LA ORGANIZACIÓN CIENTÍFICA DEL TRABAJO

EL Ministerio de Trabajo, y especialmente el director general, D. César de Madariaga, uno de los pocos técnicos que entre nosotros se han percatado desde el primer momento de lo que los alemanes denominan «racionalización de la industria», y los franceses, con más acierto, aunque con más palabras, «organización científica del trabajo», ha organizado un curso sobre ese interesante tema, y ha llamado para desarrollarle á eminentes especialistas extranjeros.

Por esta razón, los organizadores del curso pudieron llamarle internacional; pero han preferido llamarle nacional, sin duda atendiendo como preferente á su localización en el espacio. No es cosa de discutir por palabras, y lo interesante es que el curso con una ú otra denominación se haya hecho.

Le inauguró el señor Madariaga mismo, que hizo una conferencia verdaderamente magistral por el método y la claridad, examinando el problema en sus aspectos económico y social y en relación con la economía de las naciones; pero el resto del curso se está desarrollando en un terreno más particularmente técnico con la intervención de los profesores extranjeros Lahy, Walker, Mannig y miss Spie'man, y del español, director del Instituto Psicotécnico de Barcelona, Mira.

Gracias á esta colaboración, el público puede conocer las orientaciones generales de la psicotécnica y las especiales en sus dos problemas capitales de selección y orientación profesionales en diversos países de los que más preferentemente se han preocupado de estos asuntos; y si falta alguno, más distante de nosotros, no sólo en el espacio, sino en el modo de concebir y ejecutar la racionalización, ello no será obstáculo para que del curso puedan sacarse muy provechosas enseñanzas. No aseguremos, sin embargo, que se sacarán. En esos problemas técnicos; las conferencias, excelentes para un período de propaganda, pueden, en el caso más favorable, dejar semilla de ideas que ya es algo, pero no es todo. Lo que fundamentalmente interesa son las realizaciones, y, por desgracia,



Un operador y un aspirante ante el tacodrómetro, aparato para medir la apreciación de distancias y velocidades, inventado por el psicólogo español Sr. Mira

en nuestro país, más que en ningún otro, y opuestamente á lo que ocurre en Norteamérica, sobre todo, es muy difícil pasar de la idea al hecho. Por muy instructivas que sean las conferencias, no debe olvidarse el axioma de la pedagogía anglosajona, que dice: «Se aprende haciendo y se aprende para hacer.» Comentándola, podría decirse que cuando se aprende hablando, se corre el riesgo de no pasar de la conversación y aun de quedarse en la mera charla.

En ningún caso menos que en este debería ocurrir tal cosa; aparte el interés práctico de los temas capitales de orientación y selección de los trabajadores, y, sobre todo, por el momento, al menos del segundo, el primero de los profesores extranjeros, Mr. Lahy, los ha expuesto en la mejor forma posible para convencer á los que debieran sentir más directo interés en el mejoramiento de la industria, detallando realizaciones prácticas de gran trascendencia económica.

Hay, además, en la primera conferencia de Mr. Lahy una cifra suficientemente demostrativa: el factor humano, desdeñado en los cálculos industriales antes de la psicotécnica, es, sin embargo, el de mayor importancia económica, ya que su coste medio en la industria en general llega al 62 por 100, contra el 38 que suponen los demás gastos. Todos, el de primeras materias, el de energía, eran siempre aquilatados, menos el que mayor trascendencia tiene, de seguro. La psicotécnica ha venido muy oportunamente á remediar el mal, y los beneficios industriales se han acrecentado donde ha sido aplicada.

El mejor aprovechamiento por el obrero de sus aptitudes y energías, logrado desde el aprendizaje, hecho de manera racional y científica con enorme economía de tiempo y de coste, merced á los elementos que la psicotécnica facilitan, y consiguientemente la mayor economía y eficacia de la mano de obra, quedaron suficientemente demostrados con ejemplos claros y convincentes; pero, sobre todo, con el que Mr. Lahy detalló más, por razones coronológicas y de más completa documentación, según dijo, el de selección de conductores de tranvías y autobuses, el mismo que le sirvió de tema para un trabajo publicado en *L'Anne Psychologique*, de París, y ulteriormente para su obra más completa, *La selection psychophysiological des travailleurs. Conducteurs de tramways et d'autobus*. Esa aplicación, la primera en el tiempo, según Lahy, es también la más difundida actualmente. Aparte las ciudades francesas, como Burdeos, Niza, etc., y la italiana, que no quiso nombrar, se emplean los métodos psicotécnicos para esa selección en otras del extranjero, entre ellas, en Berlín, por

Tramm; en Hamburgo, por Stern, y en Bruselas, por Houdemont.

Mr. Lahy expuso detalladamente el método seguido por él, y que realmente ha servido de modelo á las demás, en el Laboratorio de Psicotécnica de la *Société des transports en Commun de la Région Parisienne*.

Las ventajas principales conseguidas merced á esos laboratorios han sido disminución de número de accidentes; economía de fluido consumido que los conductores seleccionados utilizan mejor, y regularización del servicio, tres fuentes de cuantiosas economías que han compensado con mucho los gastos, crecidos no obstante, que la instalación y sostenimiento del laboratorio suponen.

La seguridad de esos resultados obtenida científicamente ha sido después comprobada en la práctica en un momento en que la administración creyó poder simplificar el servicio psicotécnico; las reclamaciones por faltas atribuibles á deficiencias de los maquinistas no seleccionados formaron pronto un voluminoso expediente, y fue necesario restablecer el servicio en toda su integridad.

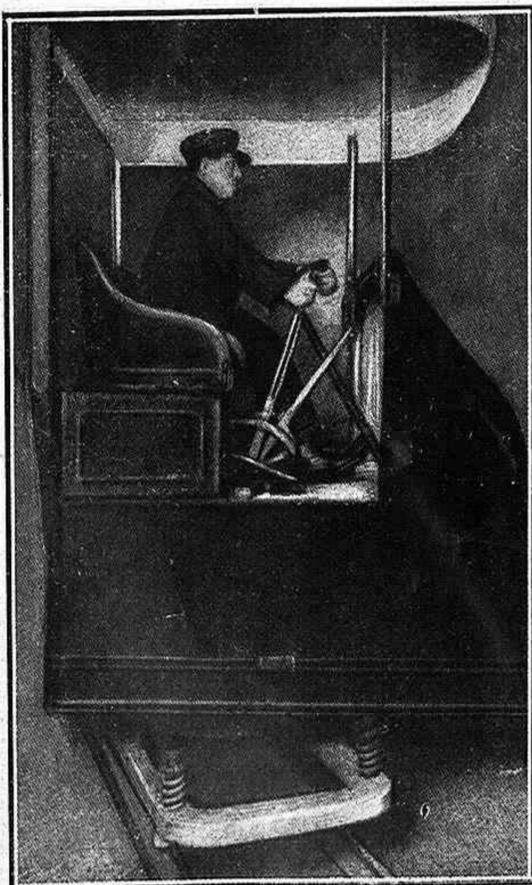
El director general de la S. T. C. R. P., mister Bacqueyrise, en el prólogo que puso á la obra de Lahy antes citada, dice, encomiando los resultados obtenidos:

«He aquí un hecho convincente: antes de la creación del Laboratorio, el número de maquinistas declarados incapaces durante el aprendizaje ó después era de 20 por 100. Desde que se realiza la selección previa, no pasa de 3, 4 por 100. En razón al gran número de aprendices y al coste elevado de su formación, realizamos así una economía anual de 150.000 francos próximamente.

«En otro orden de ideas, hemos comparado el número de accidentes causados durante su primer año de servicio por cien maquinistas seleccionados y otros cien no seleccionados, y hemos comprobado de este modo que el número de accidentes producidos por los primeros era 16,5 por 100 menor que el correspondiente á los segundos, lo que para la S. T. C. R. P. representa una economía anual de 1.300.000 francos.

«Si fuese necesario, podríamos aún sacar argumentos en favor de la psicotécnica de las economías de energía de tracción realizadas por los maquinistas mejor calificados.»

Para lograr esos resultados, el laboratorio somete á los aspirantes á una serie de experiencias en las que sucesivamente mide: el trabajo muscular y la fatigabilidad, la sugestibilidad motriz, los tiempos de reacción, la atención difusa, la apreciación de velocidades y de distancias y la emo-



Medida de la aptitud profesional.—El aspirante en la plataforma de un autobús. Los aparatos de maniobra actúan sobre los registradores



# “LA ORGIA DORADA”

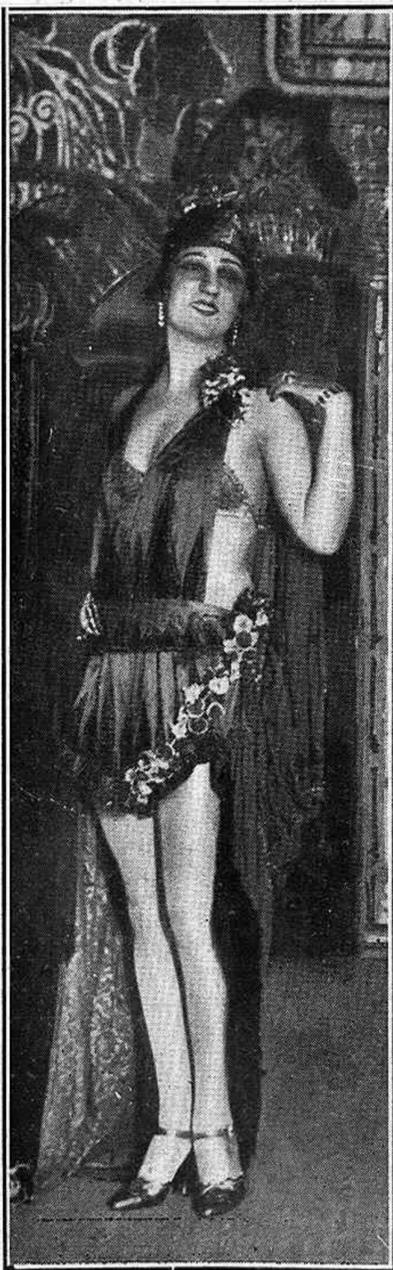


Una escena de la revista «La orgía dorada», estrenada en el Teatro de Price

(Fots. Campúa)

**M**IENTRAS haya ojos ávidos de formas acusadas y colores brillantes y oídos ganosos de ritmos fáciles y alegres, la revista, pese á sus detractores, será

un género teatral que quizás no tenga mucho que ver con la literatura dramática, pero que, en sí, tendrá más que ver que los dramas y comedias con que los dra-



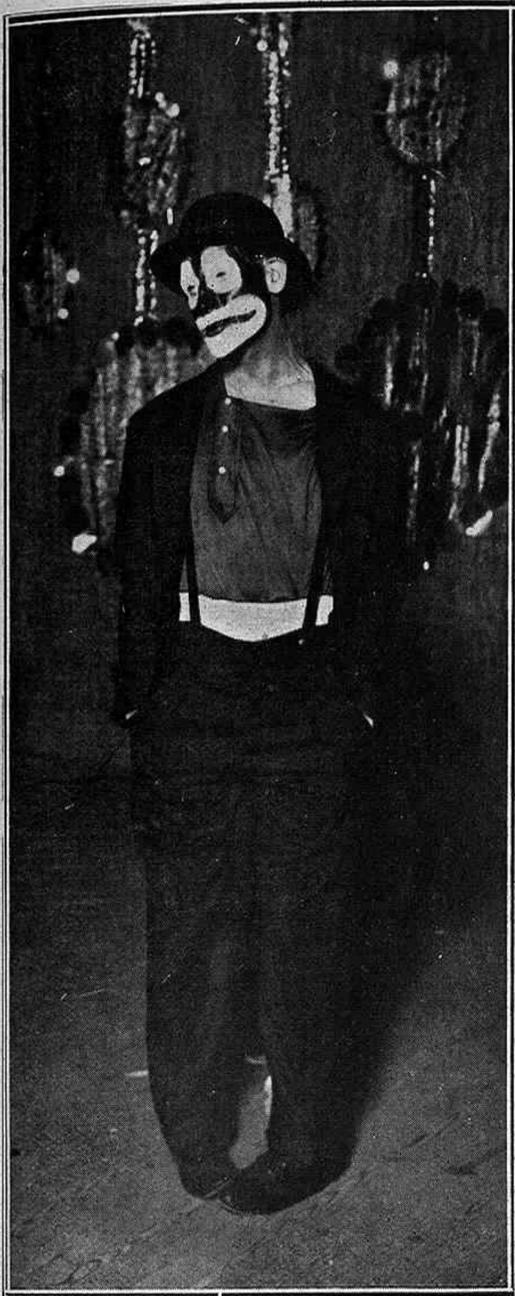
María Caballé en «La orgía dorada»



Miss Dolly y Mme. Lase en uno de los números más aplaudidos de «La orgía dorada»



Tina de Jarque en «La orgía dorada»



maturgos serios pretenden aleccionar al público. Los autores de revistas, buenos conocedores de su público, no pretenden llegarle á lo hondo ni estimularle el pensamiento; se limitan á cosquillearle la epidermis y, cuando más, á conseguir los movimientos reflejos iniciales del baile y del canturreo. La vida suele ser unas veces amarga; otras, sosa y aburrida, y no está de más alegrarla de vez en cuando con alegrías de la vista y del oído, que si no son alegrías espirituales, pueden ser reposo mental.

Bien está que haya un teatro trascendental y filosófico; pero en el mundo, y en el mundo que frecuenta los teatros, los filósofos están en minoría; de ahí la boga de las revistas, que crece y crece tanto más cuanto mayor es la abundancia de gentes que pueden permitirse el lujo de descansar.

*La orgía dorada* puede hacer grato ese reposo. No frunzamos el ceño ante ella, aunque nuestros gustos busquen otros orientes.

El género tiene una importancia extraordinaria en los pueblos de gran concurrencia turística, y en ellos llega á constituir una de tantas «atracciones de forasteros». París, por ejemplo.

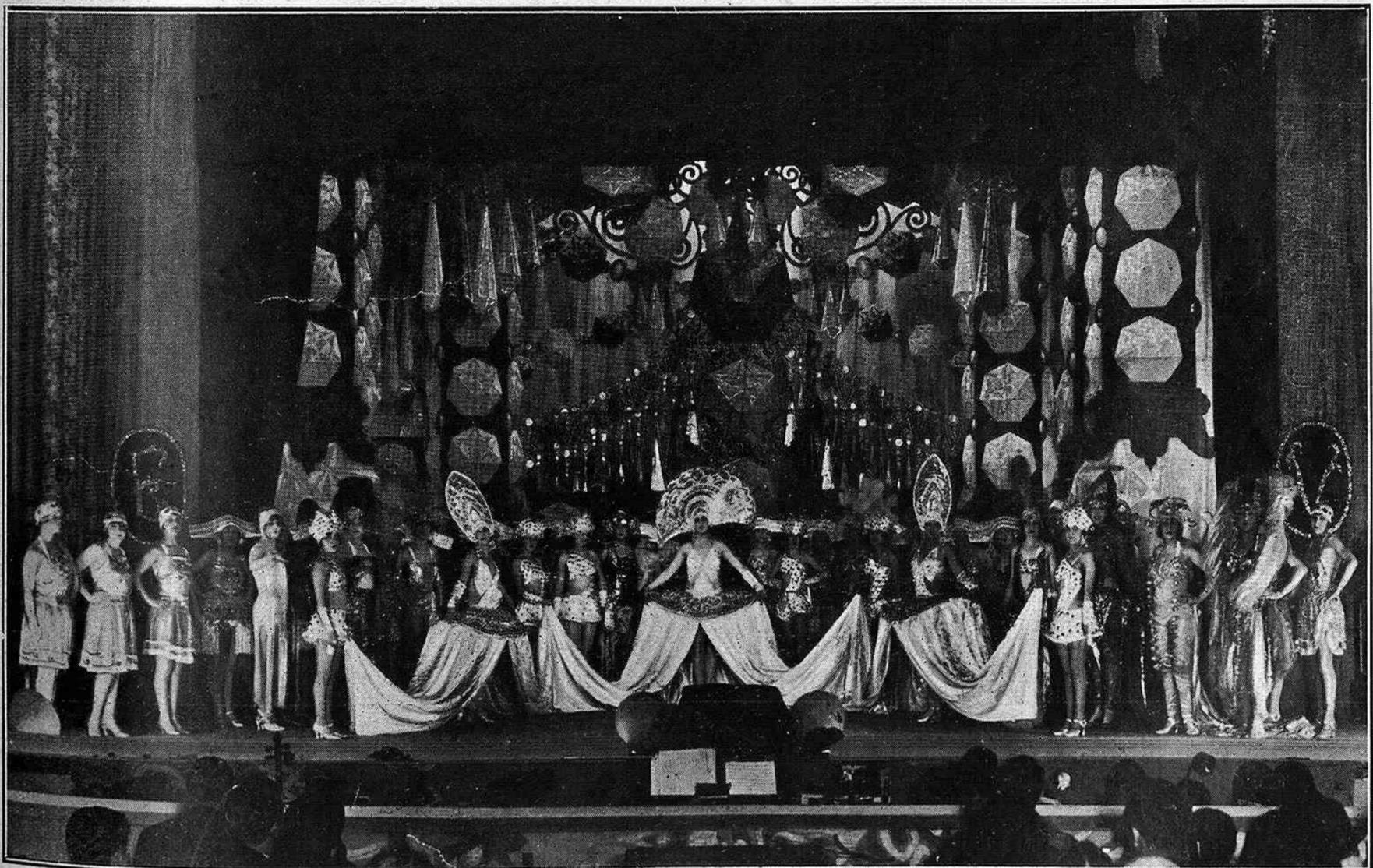
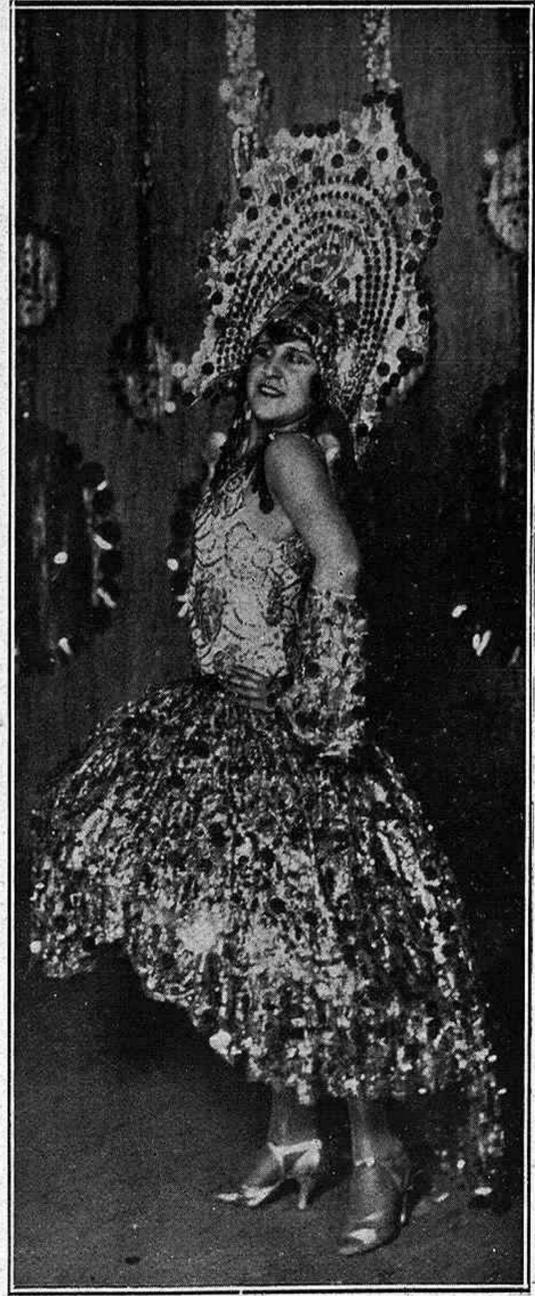
Allí, además, las revistas son más fáciles y, sobre todo, son más «negocio»; las costumbres, más libres, engendran una mayor licencia, que da, naturalmente, más posibilidades á los autores, y la elevación enorme de los precios, que paga fácilmente, sean cuales fueren, una clientela cosmopolita siempre abundante y diariamente renovada, lo que facilita sostener las obras indefinidamente en los carteles, permite montar ese género de obras á todo coste.

En España, esas condiciones faltan generalmente: donde se dan más aproximadas es en Barcelona, y por eso fué allí donde más fácil y más pronto se implantó el género.

A Madrid le trajo, valerosamente, Pepe Cadenas, que si no acertó á enriquecerse con él, supo ponerle un sello de buen gusto.

Luis Bori imitando á «Ramper» en «La orgía dorada»

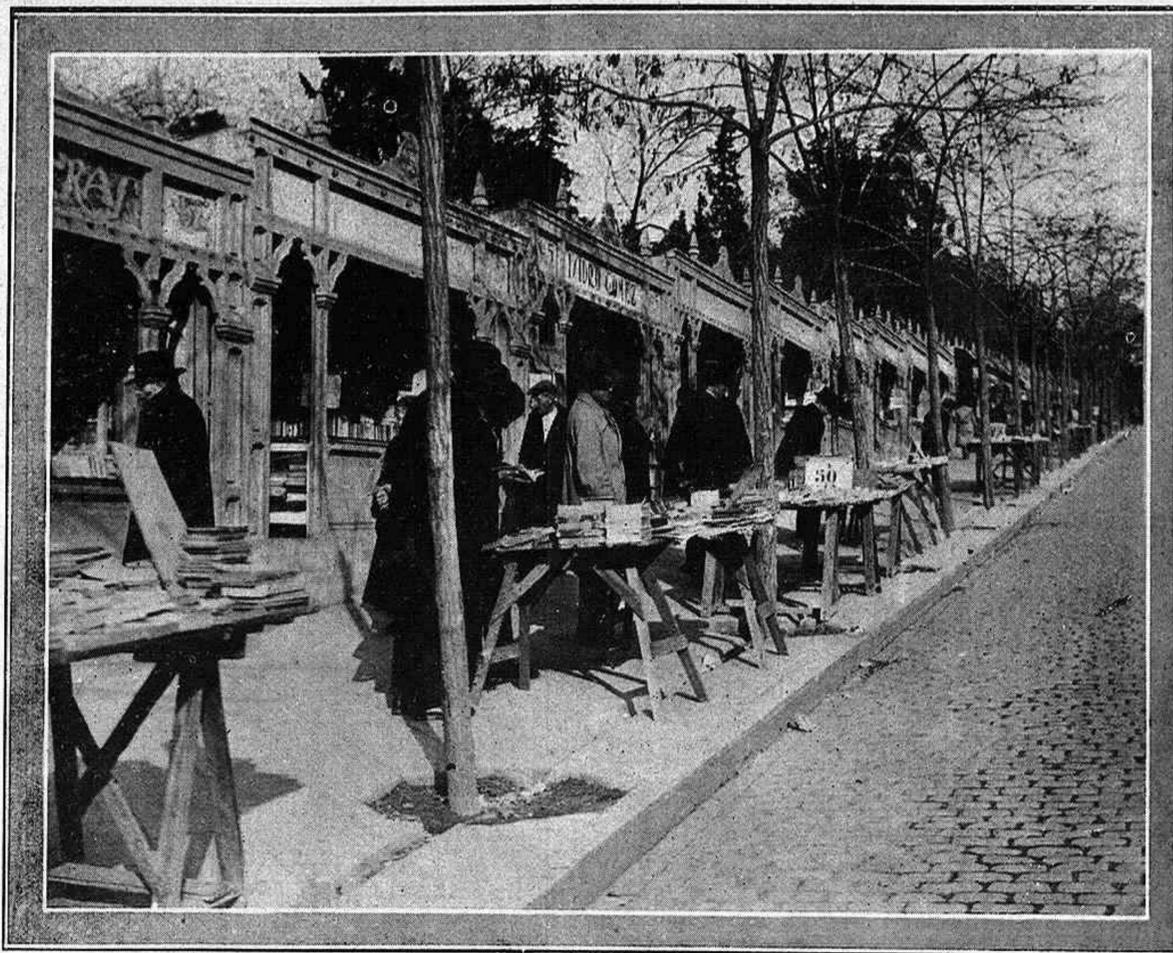
Miss Dolly en otra escena de la revista «La orgía dorada»



Una escena de «La orgía dorada»

Desde Plinio hasta hoy

## Los libros nuevos y los libreros de viejo



Aspecto de la feria permanente de libros viejos, tras la verja del Jardín Botánico madrileño

## UN HOMBRE TRISTE Y ENCOGIDO

PLINIO á su amigo Arriano. Salud. Como preveo que has de tardar en volver, te remito el libro que te anunciaban mis últimas cartas. Ruégote que lo leas y corrijas, según tu costumbre.

«Necesario—añade Plinio—es publicar algo, y si es así, habremos de dar preferencia á lo que ya está hecho. En esto reconocerás al perezoso. Tengo muchos motivos para publicar este trabajo, siendo el principal de todos el de decirme los libreros que todavía se buscan aquellos escritos míos que han sido publicados, á pesar de que han perdido el atractivo de la novedad. Tal vez nos adulan los libreros, pero bien hayan sus engaños si con ellos aumentan nuestro afán á los estudios. Adiós.»

Un poco larga es la cita que pongo en el mástil de este artículo. Y la única disculpa es creerla necesaria. Desde el ilustrado escritor romano Plinio el joven hasta nuestros días, han cambiado tanto los tiempos, que hoy muchos de los libreros—no sería justo decir que todos—aniquilan al escritor con su pesimismo suicida.

—Ahí tiene usted—dice el librero al escritor, señalándole los plúteos, estanterías y sótanos llenos de tomos—. No sé cómo darle salida á esta mercancía. Los tiempos son malos. No se vende un libro.

La cara del librero se torna violácea. Sus ojos pugnan por dar salida á las lágrimas. Su aspecto es de un hombre encogido y desdichado.

Y como habéis escrito un libro, dos ó tres, sentís un hondo remordimiento. Creéis que toda la culpa de que aquel hombre sea infeliz la tenéis vosotros. Y para descargar vuestra conciencia, argüís:

—Perdone usted, señor; yo no sabía el daño tan grande que hacía al escribir un libro. Perdón otra vez. Yo le juro á usted—decís con la mano puesta en el corazón—que no escribiré una línea más. Por mis hijos.

—Gracias, gracias—insiste el triste librero. Y en seguida se desata en una enconada diatriba contra todos los autores cuyos libros llenan los estantes—. Zutano no vale. Fulano no sabe es-

cribir. El público rechaza las obras de Perengano. No se vende nada.—Y, rascándose en un bolsillo, saca unos cuartejos llenos de migas de pan, de trocitos de tabaco y de pelusillas, y exclama: —Esto he vendido hoy.

Y si en aquel momento llega á la tienda un comprador optimista, el dueño sigue plañéndose del mal estado de su negocio. Y agrega que los demás están lo mismo que él. Y el comprador alegre se torna sombrío, cree que si sigue comprando tomos acaba como el librero, y se va sin un ejemplar.

Una noche veis al hombre pesimista en el palco de un teatro; otro día, en las gradas de la plaza de toros ó en un *supertango*. ¡Pobre hombre!

Quiere olvidar, decís. Es una víctima de la literatura ajena. ¡Cómo se divierte el infeliz! ¡Ah, pero yo solo sé la tragedia de ese individuo!

## UNA PUÑALADA Á LA REPUTACIÓN

La curiosidad os lleva un día á una librería de viejo, llena de libros nuevos. En tablas y cajoncillos hay apilados montones de libros sin cortar las márgenes. Cientos de tomos están fajados, como bebés, gritando que acaban de salir de las máquinas ó del sótano del editor. Para demostrar la pureza de vuestra intención, paseáis junto á las ringleras de papel con las manos en las espaldas. Leéis los tarjetones: «Una, una cincuenta, dos pesetas.» La pila de ejemplares llega al techo. En el lomo está el título y el nombre de los autores. Los hay anónimos, bullangueros y exquisitos. ¿Este es el autor que tanto vende? os preguntáis con extrañeza, viendo la abundancia de mercancía. Y á vuestros ojos desmerece el prestigio del novelista. El libro nuevo, amontonado, sin rasgar, en el puesto viejo, es la puñalada á la reputación del escritor, su demérito, el rebajamiento de la obra, la voz de la calle pregonera de que el artista carece de interés para el público. Porque frente á este librero de viejo tiene su tienda el librero de nuevo. Y los dos venden los mismos libros, con sólo una diferencia: la mitad de precio. Y de una tienda á otra ha desmerecido la fama del autor, y se envilece su mercancía. La abundancia de una cosa trae su descrédito, y si para desprenderos de ese objeto lo dais á un precio bajo, ya no es descrédito, sino pérdida completa de la fama, que para el autor es no sólo vanagloria, sino algo más práctico y tangible.

—¿Esto será un resto de edición?—preguntáis al librero de viejo, viendo la pirámide de papel.

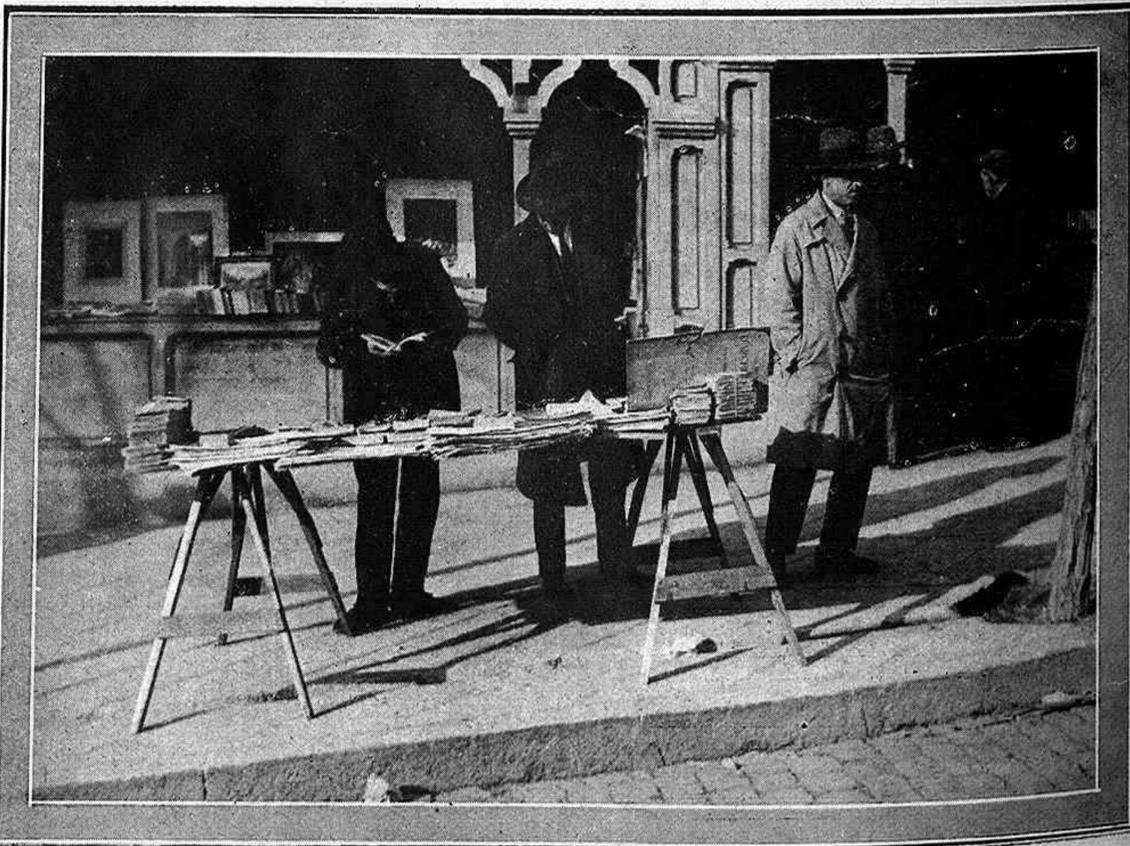
—No, señor; es una edición completa.

—¡Ah!

—Sí. A mi casa traen los libros en carreta. Ya no tengo dónde colocarlos. Algunos libreros, cuando tienen apuros de dinero, bajan á sus cuevas y me traen sus existencias. Claro es que yo compro estos libros por una bicoca, pero aun así...

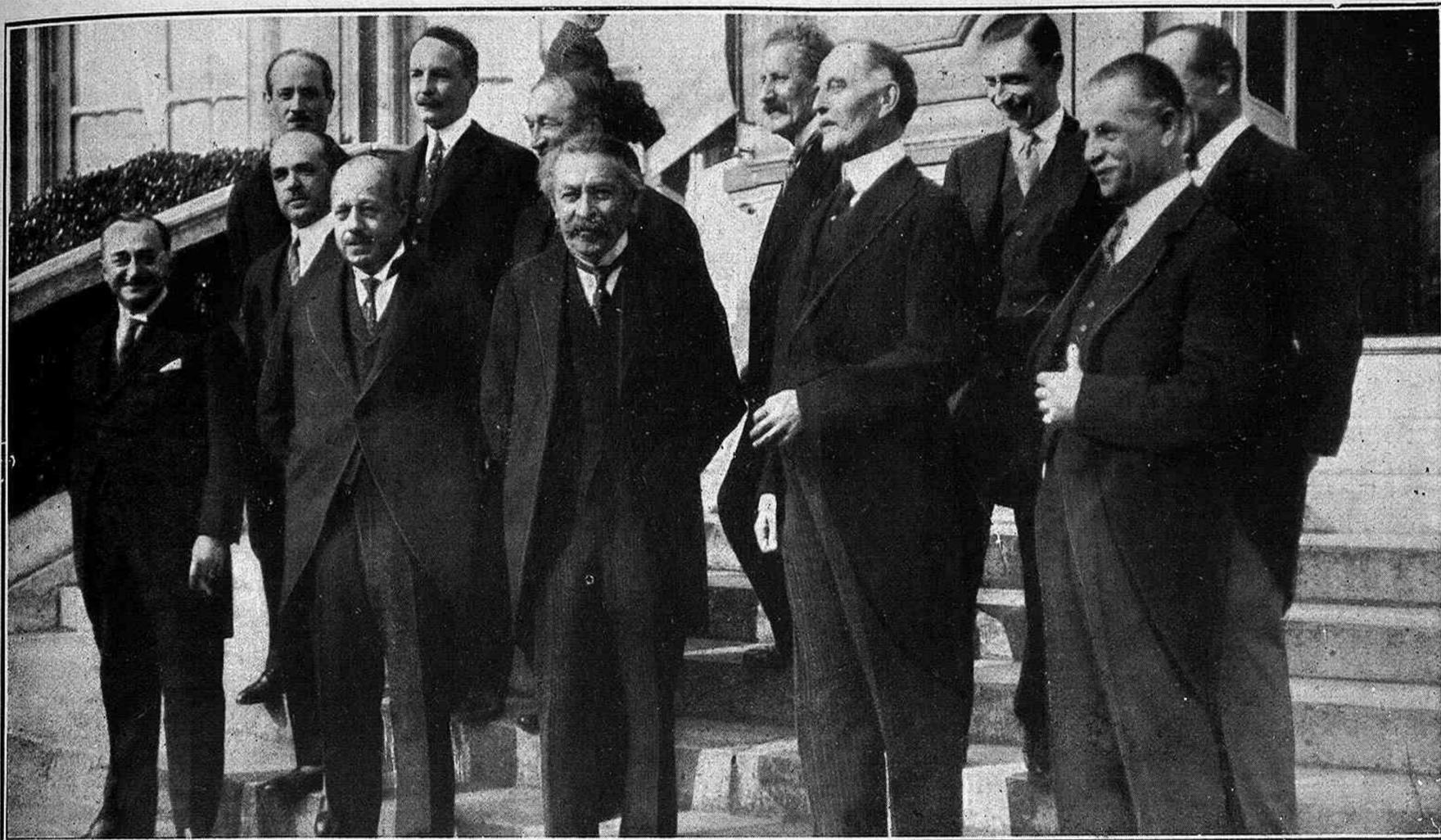
Y ese «vendedor de viejo»—no todos son así—, que tiene varias casas de venta de libros en la ciudad, se desata en improperios contra los autores de los libros, rebajando el valor espiritual de su propia mercancía. Y mientras esto ocurre, el escritor se aprieta la frente en la mesa de trabajo pergeñando otra nueva fábula, de la que piensa «tirar» veinte mil ejemplares.

JULIO ROMANO



Junto al puesto ó tenderete del librero de viejo, el transeunte mira indiferente el montón de papel amarillo ó roto (Fots. Díaz Casariego)

## La Conferencia de los «cuatro» en París, sobre Tánger



Los miembros de la Conferencia que están discutiendo el Estatuto de Tánger, reunidos en el Ministerio de Negocios Extranjeros francés, el día de la primera reunión. De izquierda á derecha: los señores Quiñones de León, Embajador de España; M. Briand, ministro de Estado francés; lord Crewe, Embajador de Inglaterra, y M. Manzoni, Embajador de Italia, acompañados de los agregados y técnicos respectivos (Fot. Henri Manuel)

# Quaker Oats

ALIMENTO EXQUISITO NUTRITIVO Y ECONOMICO

SE CUECE EN 5 MINUTOS.

*Para  
Todos*

Los Hombres de Ciencia recomiendan el Quaker, el único alimento que contiene los dieciseis elementos necesarios para el perfecto desarrollo del cuerpo humano.

El Quaker es muy nutritivo y de fácil digestión. Debe ser el preferido por todos.

Da sangre y músculos a los niños, fortalece su cerebro y sus huesos. Reconforta a los estómagos débiles; es preferible a la carne para los estómagos fuertes.

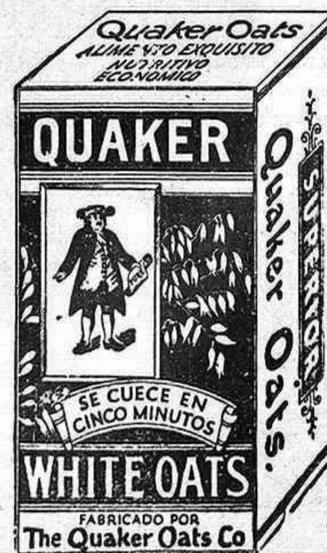
“Quaker” es maravilloso para los caldos a los que dá una ligazón y una consistencia aterciopelada incomparables.

PIDA NUESTRAS RECETAS EN ULTRAMARINOS.

*Para más detalles, dirigirse a  
Apartado de Correos 357, Barcelona.*



SE VENDE EN  
ULTRAMARINOS  
EN PAQUETES  
DE ESTA CLASE.



## Un vino añejo que no tiene par



El *Antikenhalle* ó Museo de Antigüedades romanas de Espira, la histórica ciudad del Palatinado bávaro, acaba de adquirir, procedente de las excavaciones que se llevan á efecto en los alrededores de la población, un objeto único en el mundo. Trátase de una ánfora romana del siglo III de la Era Cristiana, que aún contiene vino de las famosas viñas del Palatinado, ya explotadas en gran escala en tiempos de los emperadores Constantino y Juliano.

Es claro que este líquido, viejo de 1.700 años, espeso y negro como la brea, no posee hoy condiciones de potabilidad. Mas aún careciendo de ellas, y por ser el vino más añejo del mundo, constituye una curiosidad enológica de primer orden.

### Libros nuevos

*Relato inmoral*, por Wenceslao Fernández Flórez. Editorial Atlántida. 1927.

Prosigue el autor en este divertido libro, al estilo de *Las siete columnas*, amparado en la fuerza de esa vena satírica que caracteriza la prosa actual del genial escritor, un ápice apartado de aquel humorismo tierno y sentimental que le elevó espontáneamente á los favores del público.

En este, como en todos sus libros, joyas de nuestra literatura, Fernández Flórez hace gala de un estilo sobrio y elegante, como ajustado al léxico—sencillo, diáfano, sin caer en la expresividad demasiado retozona ó asaz almibarada—al ritmo y la pauta de las ideas y de los conceptos, en las más de las veces esmaltados con sa-

**TOS**  
PASTILLAS del Dr. ANDREU  
**TOS**

brosos ejemplos, narraciones que brotan á lo largo del libro para deleite del lector, prendido con un interés creciente de la primera á la última página.

—*Peregrinos de calvario*. He aquí un libro con el que Luisa Carnés—su autora—aparece en el mercado de las letras á engrosar por propios merecimientos—sagacidad instintiva para interpretar los conflictos de alma adentro; imaginatividad y fuerza descriptiva para relacionar el marco con las sensaciones; amenidad y, sobre todo, un estilo claro, flúido, señorial, sin empaque ni afectación, pero sumamente literario, no al igual de los que escatiman el matiz al léxico y hacen de éste un estribillo cándido y monótono—el cada vez más reducido grupo de los buenos novelistas.

Que novelar está al alcance de muchos; pero de contados aquellos que aciertan á «dosificar» con los necesarios ingredientes—ó como no incurrir en defecto ni exceso—los materiales que integran una novela.

En el presente volumen, cuatro narraciones cortas—*Peregrinos de calvario*, *El pintor de los bellos horrores*, *El otro amor*, *La ciudad dormida*—señalan una tras otra el don de consumada novelista en la pluma de Luisa Carnés.

Pero hora es ya que cedamos la pluma á nuestro querido compañero D. José Francés, quien ha prologado el presente libro:

«En Luisa Carnés—dice hacia el fin de sus interesantes páginas del prólogo—hay una infinita sed de idealismo, un deseo indomeñable, infalseable de felicidad discreta, de bienestar puro. Sin embargo, no por ello se alfeñican ó empalagan los relatos, sino que conservan vibrantes un fuerte valor de realidad incruenta. Tampoco el estilo pierde su justeza sonora, ni la armonía rítmica de su construcción. Pero el espíritu creador está dentro vigilante. Es como si detrás de toda las siluetas dolorosas, de todos estos ilusionados peregrinos que ella evoca ante nosotros con tanta vitalidad literaria, siguiese la silueta de la autora, esta muchacha humilde, tímida y con talento, que hoy comienza su calvario de novelista.»

—*Los nuevos novelistas*. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1928.

—Ediciones Biblos. Madrid. Presenta esta llana y deliciosa vida de *Goethe*, por Margarita Nelken, que es de esperar acrecentará el ya caudaloso prestigio literario de Margarita Nelken, descubriendo una nueva fase de su cultura universal.

*Goethe* (Historia del hombre que tuvo el mundo en la mano) es un hermoso libro de divulgación literaria.

**MAJESTIC HOTEL INGLATERRA**  
BARCELONA. Paseo de Gracia. Primer orden. 200 habitaciones. 150 baños. Orquesta. Precios moderados. El más concurrido

### NOTA CÓMICA



La señora segundo término á su amiga.—Crea usted, amiga mía, que esa familia de Gordillo debe gastar un capital en naftalina.

**TOS**

desaparece con las  
**PASTILLAS PECTORALES**  
de G.F. MERINO é hijo  
**LEÓN**

Exito creciente desde 1827

La máquina que enseña  
\* \* á seguir pistas \* \*



En la actual Exposición Agrícola de Berlín, y en su sección canina, figura el curioso aparato que muestra la fotografía. Cual puede observarse, consiste este aparato en una rueda provista de piezas de madera talladas en forma de zapatos de diversas medidas, ajustables por medio de un tornillo á dicha rueda, y que, al moverse ésta á lo largo de un cable, van señalando en el suelo una serie de huellas.

No se comprende á primera vista la relación que pueda guardar con las prácticas del cultivo la máquina productora de huellas. Explicaremos esta aparente disconformidad entre el objeto de la Exposición y el de la rueda á que nos referimos, diciendo que está destinada á adiestrar los perros policías en la persecución de pistas en el campo.

Peluquería y Academia de Belleza  
**J. MARCOTE**  
Carrera de San Jerónimo, 34  
Teléfono 13963  
Tinturas - Ondulación Permanente y Marcel  
Permanente, desde 50 pts.